

A photograph of a couple's lower bodies and hands as they walk on a sandy beach. The woman on the left is wearing a light pink, short-sleeved dress with a lace hem. The man on the right is wearing a light green t-shirt and white shorts. They are holding hands, and their feet are visible on the sand. The background shows a clear blue sky and a turquoise ocean.

*Quiéreme  
hasta  
el infinito*

JENNY DEL

*Quiéreme  
hasta  
el infinito*

Primera edición.  
Quiéreme hasta el infinito.  
©Jenny Del.  
©Junio, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1



Me asomé por el cristal del escaparate de la tienda donde trabajaba mi amiga Daniela, la saludé con la mano y me hizo un gesto para que entrara.

Realmente era la dueña y tenía tres trabajadoras.

—Hola —le di un beso en la mejilla.

—Hola, guapa, que sorpresa.

—Estoy de lo más agobiada —casi rompo a llorar.

—No, por favor, dame cinco minutos que ya cierro y vamos a tomar algo.

—Vale, tranquila, te espero fuera, necesito que me de el aire.

—Claro —me acarició la mejilla.

Me encendí un cigarrillo mientras la esperaba, necesitaba contarle la verdad que le llevaba mucho tiempo ocultando.

No tardó en salir, me echó la mano por el hombro para transmitirme el cariño y nos fuimos a una terraza a tomarnos algo.

—Cuéntame, te veo una tristeza en los ojos que no es normal.

—Me va a matar, me va a matar —rompí a llorar.

—¿¿¿Quién te va a matar, Judith???

—Enzo —me levanté la camiseta por el costado y se puso las manos en la boca.

—¿¿¿Eso te hizo Enzo???

—No te lo he querido contar, pero llevo así un año —cogí el móvil y le enseñé videos que yo había grabado.

—Hijo de pu... ¡Hay que denunciarlo!

—Tengo miedo, me advirtió de muchas cosas.

—No te advirtió, te amenazó y te juro por mi vida que no vas a estar sola en esto, pero a esa casa no vuelves.

—Si no vuelvo me va a matar.

—Pasará por encima de mi cadáver.

—Tiene mucho favoritismo...

—Tiene una mierda, Judith, no, no va a hacer contigo esto nunca más y no te lo deberías de haber llamado ¿No has hablado con tus padres?

—No me creerían, por muchos vídeos que les enseñara, serían capaces hasta de justificarlo. Ya sabes como son.

—Hoy te vienes a mi casa.

—No puedo, tengo que volver.

—¿¿¿Volver??? ¡Ni de coña!

—Tengo que pensar bien las cosas.

—No tienes nada que pensar, es más, no te lo voy a permitir, vas a denunciarlo.

—Es abogado, te lo recuerdo.

—¿Y? ¿Por eso ya tiene inmunidad? ¿Eres tonta?

—Lo debo de ser, pero no quiero que las cosas se compliquen más.

—Tienes que salir de esa casa ya, no vas a dormir con esa bestia, jamás pensé que Enzo fuera así.

—Tiene una doble cara.

—La tiene, no me lo podía imaginar, pero con esos videos lo puedes hundir.

—No quiero hundirlo, es mi marido.

—Hablas como una víctima, bueno, es lo que eres, pero vas a ir a por él y yo te llevaré de la mano.

—Tengo mucho miedo.

—Pues no lo tengas, nos vamos a mi casa ¿Dónde está él?

—En Madrid, salió esta mañana después de darme unos puñetazos y advertirme, llega mañana.

—¡Amenaza! Joder deja ya de decir advertencia, deja de justificarlo, al final vas a ser como tus padres. Ahora mismo vamos a tu casa, coge todas tus cosas y te vienes a la mía.

—Me buscará cuando regrese y será peor.

—Judith, vamos a ir a por las cosas, mañana te vas a buscar un abogado y no solo uno cualquiera, piensa en algún compañero de él, que no pueda verlo y que estaría feliz de hundirlo.

—Pues tengo dos de un mismo despacho en mente, pero eso sería una guerra abierta.

—Pues vamos a la guerra, te acompañaré en todo momento, así que ahora vamos a tu casa, recoge todo lo que puedas y mañana nos vamos a ese despacho.

—No lo sé, tengo que pensarlo.

—¿Y qué te siga dando esas palizas y un día te de un mal golpe y te deje desgraciada para siempre o muerta? ¿En serio?

—Dios es que ir al despacho de los hermanos Ochoa, será ya la crónica de una guerra anunciada.

—Pues vamos a la guerra, ya te lo he dicho y te lo repito, eres muy joven aún, solo tienes veintiocho años y no puedes vivir de esta manera. Llevaba tiempo diciéndote que te veía rara, ahora sé lo que te pasaba y créeme que no te voy a dejar ni respirar hasta que no te separes de él.

—Irás a buscarme a mi trabajo cuando terminen mis vacaciones.

—¿Las has comenzado hoy?

—Sí.

—Tienes todo el verano y nos dará tiempo a que alguien le pare los pies, para empezar te vienes

a mi casa, allí puedes estar todo el tiempo del mundo, lo sabes —soy profesora por eso de las largas vacaciones.

—Sí —me eché a llorar de nuevo y nos abrazamos.

Y no sé de donde saqué fuerzas o fue simplemente que me dejé llevar por primera vez por alguien que tiraba de mí y en este caso lo hacía Daniela, así que fuimos a mi casa y con todo el miedo del mundo me puse a recoger mis objetos personales y ropa. Terminamos metiendo en mi coche y en el suyo todo aquello que me pertenecía personal, de lo demás no quería nada, simplemente solo quería salir de esa situación que llevaba tanto tiempo atemorizándome.

Cerré la puerta dejando antes las llaves del piso dentro, era de los dos, lo compramos en ganancias antes de casarnos, pero no quería nada de lo que había en el interior y el piso, que fuera un juez quién decidiera si se vendía o me pagaba mi parte, pero bueno, temía que llegara hasta ese momento.

Lloré de camino a casa de mi amiga conduciendo mi coche, ella iba en el suyo delante. Sentía tanto miedo y tristeza, que era la sensación más rara que podía tener una persona.

Fue descargar todo en su casa y el teléfono comenzó a sonar, era él, me puse a temblar de miedo, Daniela me lo quitó de las manos y lo cogió.

—Enzo soy Daniela, escúchame letradillo, tú ex mujer está conmigo y cuando digo tu ex mujer, es porque no va a volver a tu casa ni muerta, se llevó todo. Acércate por aquí si tienes huevos, que vas a aparecer en todos los informativos del mundo.

—Dile que vaya para la casa ahora mismo y me espere a que vuelva mañana —dijo en tono enfadado ya que Daniela, tenía puesto el manos libre.

—Creo que no me has entendido. Que no, que no va a volver más, que no va a ir a las manos de un maltratador como eres tú.

—Cuidado con lo que dices o...

—...¡¡¡O me comes todos mi ovarios!!! Que te enteres que no va a volver y que te prepares, que va a la guerra y no va sola, que no solo estoy yo de su parte, hay mucha gente a la que se lo hemos contado de los Cuerpos de Seguridad del Estado y de los juzgados y créeme, relájate que te viene una muy gorda y están deseando que des un movimiento en falso. Pasa buen verano, leoncito —le colgó.

—¿Cuerpos de seguridad? —pregunté temblorosa.

—Para chulo ese, chula yo, así que, tranquila que de hablar con él me encargo yo.



—Seguro que viene aquí.

—Que venga, antes de abrir ya tiene aquí hasta a los GEOS, a ese le tendrás miedo tú, pero yo no, te recuerdo que el valiente es valiente, hasta que el cobarde quiera, así que espabila, es más, te juro por mi vida que le tengo unas ganas....

Me puse a colocar todo en la habitación que me había dicho que cogiera, tenía tres y vivía sola. Ni diez minutos después, llegó la llamada de mi madre y es que yo la esperaba, sabía que él los iba a utilizar, sabía que ellos se iban a poner de su parte, así de triste, pero cierto.

—Hola, mamá.

—Vete ahora mismo a tu casa y espera a tu marido.

—No, no lo haré.

—Si no lo haces, no solo habrás perdido a tu esposo, nos habrás perdido a nosotros.

—¡Me pegaba!

—De vez en cuando no está mal dar una torta de realidad.

—Mamá...

—Dime.

—Que os jodan —colgué.

Era la primera vez que les faltaba el respeto, pero ya iba siendo hora de hacerlo...

## Capítulo 2



La noche anterior me costó conciliar el sueño, pero al final lo hice y dormí todo el tiempo de seguido.

Me levanté y fui a la cocina donde ya estaba Daniela preparando el desayuno, me recibió con un abrazo y me comió a besos, era mi amiga de toda la vida y más que eso, era como una hermana.

Miré el móvil y tenía mil mensajes de Enzo diciendo que volviera, que me iba a buscar mi propia ruina y diez mil cosas más.

—Bloquéalo ahora mismo.

—Sí, por mi salud mental será lo mejor.

—Pues venga, ya estás tardando.

Y eso hice, lo bloqueé para no tener que seguir aguantando ese tipo de mensajes y leer esas cosas tan feas que me decía.

Tras el desayuno y una ducha, nos fuimos a los despachos de los hermanos Ochoa, los dos abogados de los que peor hablaba Enzo y por lo que sabía se llevaban fatal, así que me santigüé y entré con Daniela por las puertas, justo en ese momento entraba Javier, uno de ellos, lo había conocido en algunas comidas donde iban varios letrados.

—Hola, eres...

—Hola, sí, soy la mujer de Enzo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó un poco escéptico.

—Sí, necesito hablar contigo —dije con tristeza.

—Pasad, me pilláis llegando.

Lo seguimos y le dijo a su secretaria que no lo molestaran.

Entramos a su despacho, le presenté a Daniela y nos sentamos.

—Bueno, sigo en shock, no entiendo esta visita.

—Lo sé, sé que Enzo y tú no sois muy de agradaros, no voy a andar con rodeos, pero necesito ayuda y me acordé de vosotros.

—¿Qué tipo de ayuda?

Me subí un poco la camiseta y le enseñé los moratones.

—Me está matando y tengo muchos videos que conseguí grabar.

—¿Eso te lo hizo Enzo? —La cara se le desencajó por completo.

—Sí, ese mismísimo desgraciado —respondió Daniela.

Le conté toda la historia, respondí luego a unas preguntas que me hizo y que él iba tomando nota de todo.

—Si se acerca, llamas a la Guardia Civil, si te llama, le dices que no tiene nada que hablar contigo y me firmas aquí como que aceptas que llevo el caso. En unos días te llamo para que leas la demanda que le vamos a interponer y que será de separación, además de violencia de genero. No dudes en llamarme para nada.

—Vale.

—Vete al hospital y que te hagan un parte de lesiones.

—Claro.

—Aunque con los videos que tienes, serán pruebas más que suficientes.

Nos despedimos de él y me dijo que no pagara nada, que ya hablaríamos, le insistí, pero no me hizo caso.

—Ese con tal de ir en contra de Enzo no te quiso cobrar —me dijo mi amiga cuando salimos —. Por cierto, me estaba poniendo de lo más cachonda, pedazo de tío.

—No me creo que haya sido capaz de hacerlo.

—Pues claro, vamos a llegar hasta el final. Y te repito ¡Ese tío es un bombón!

—Sí —reí —es muy guapo y su hermano Carlos también, es el otro abogado del despacho.

—Joder con sus padres, eso fue un polvazo y lo demás son tonterías, bueno dos, uno por hijo.

—Estás loca —reí negando.

—Pero feliz y así te quiero ver a ti.

Nos fuimos a tomar un café a una cafetería y luego a comprar al mercado para hacer la comida.

Regresamos a su casa y tras la comida ella se fue a la tienda, me quedé ahí en la casa después de jurarle mil veces que no abriría la puerta.

Preparé una tortilla de patatas para cenar e hice un poco de salmorejo, lo dejé todo listo y compré en Amazon una novela digital, tenía ganas de volver a la lectura, esa que dejé porque no me concentraba con todo lo que estaba viviendo con Enzo.

¿Mi elección? Una novela de dos autores que escribían juntos y eran la caña, Dylan Martins y Janis Sandgrouse “Te esperaré cada día de mi vida”.

Me puse a leer un rato antes de que llegara Daniela y la verdad es que me metí de lleno en la novela, me encanta la pluma tan ágil y fresca que tenían los autores y que te atrapaban desde la primera página.

Daniela regresó diciendo que Enzo, había estado en la tienda buscándola para hablar con ella y que habían terminado mandándose a la mierda.

—Lo he puesto en su sitio, se piensa chulo, invencible y le dije que se prepare que llevas la mejor defensa, pero no le dije nada de a quién recurrimos.

—Mejor.

—Él se piensa que vas a volver —soltó una carcajada.

—No, ya no, pero te juro que estoy más perdida que todas las cosas.

—Normal, pero ya te encontrarás. Fíjate si es sinvergüenza, que me dijo que te dijera que si te pensabas que te ibas a llevar un duro por la casa ibas apañada. Pero vamos, le dije que el que iba apañado era él, que tienes todas las de la ley para la mitad, que ni sueñe que vas a renunciar a ello. No veas la cara que se le puso al letrado.

—La casa realmente me importa poco.

—Pero ahí pusiste dinero.

—Sí, di algo de entrada y obvio que mi dinero fue siempre a la cuenta en común.

—Recuerda lo que te dijo Javier, mañana vas y sacas la mitad del dinero y te lo llevas a una cuenta sola.

—No sé si seré capaz...

—Claro que lo serás, teníais una cuenta en común donde él ponía lo mismo que tú cobrabas, es tan listo que el resto lo tenía aparte, así que mañana vas y sacas la mitad de lo que te pertenece al menos.

—Bueno, ya veremos.

—No hay nada que ver, claro que lo haremos.

## Capítulo 3



Esta noche la había pasado fatal, me desperté en varias ocasiones pensando que Enzo me estaba pegando, lloré en silencio para que mi amiga no se despertara, pero la sensación era de lo más fuerte y triste.

Preparé el desayuno mientras Daniela, se duchaba para prepararse e irse a trabajar, así que tomamos el café juntas y se marchó.

Me daba mucha tristeza que mis padres fueran de esa manera, para ellos la separación era como un delito, eran de mente antigua y de los que pensaban que había que aguantarlo todo, una mente muy deleznable.

Salí al banco y me abrí una cuenta, así que traspasé a ella la mitad del dinero que teníamos en la cuenta en común, yo sabía que eso lo iba a poner de muy mala hostia, pero era mío también, para eso había estudiado y trabajaba desde hacía cuatro años de profesora.

Me fui a un supermercado e hice una buena compra, pedí que un chico me acompañara a llevarla y así fue como llegué a la casa y me puse a vaciar bolsas, había comprado para un regimiento, pero ya que estaba en una casa de prestada que mínimo que aportar, ya que dinero no me quería coger.

Preparé la comida mientras leía el libro que me tenía de lo más enganchada y es que la historia era una pasada, como todo lo que escribían esos autores.

Daniela llegó y tras la comida nos fuimos un rato a la playa, la verdad es que me apetecía tomar el sol, sentir esa brisa del mar y coger aire, estaba muy tocada por todo lo que estaba pasando y lo que se me venía encima.

Quería obtener rápida la separación y alquilarme un apartamento, o comprarlo, en el caso de que me dieran la mitad del valor de la casa que compré junto a Enzo.

Esa tarde recibí una llamada del despacho de Javier, era su secretaria y me pedía que pasara por allí al día siguiente sobre la una.

Ya me puse nerviosa, me pasé el resto de la tarde en esa tumbona hablando por los codos, haciendo preguntas al aire que Daniela me respondía con ese toque que ella solo sabía ponerles a

las cosas.

Esa noche ni leer podía, tenía que releer dos veces la página porque mi mente estaba en otro lado y es que tenía miedo, temía a Enzo, conocía su carácter y como se venía arriba él solo, me daba terror pensar que podría estar tramando algo para joderme la vida.

Me casé muy enamorada, feliz, nos habíamos conocido con diecinueve años. Era un chico genial, amable, simpático, lleno de vida, de sueños y todos en común. Aún recuerdo de esa forma tan especial que me pidió que me casara con él, fue con la rodilla en el suelo y ante la Torre Eiffel, la gente hasta nos aplaudía, fue precioso...

Y fue en la misma luna de miel donde una noche se emborrachó y me llamó de todo menos bonita, que había llevado un bañador que era toda una provocación y que parecía que iba pidiendo guerra a todo el que me miraba.

Fue muy doloroso y violento, cogió el bañador y comenzó a rajarlo con un chuchillo que había para pelar la fruta, estaba ido, fuera de sí y yo no podía dejar de llorar, asustada, mirando con terror esa escena.

Luego me giró, me tumbó sobre la cama bocabajo y me lo hizo mientras me insultaba y reprochaba todo. Esa imagen me persiguió hasta el día de hoy, aún me aparecía en la mente de vez en cuando y me dejaba una tristeza muy grande, fue humillante.

Yo tomaba la pastilla para no quedar embarazada y el me pidió que la dejara, pero como ya se habían sucedido varios episodios las seguí tomando a escondidas hasta el día de hoy, no me la quería jugar quedándome embarazada, que le diera por seguir pegándome pegarme y le hiciera daño al bebé, jamás me lo habría perdonado.

Desde esa vuelta de la luna de miel nada fue como lo había soñado o imaginado, siempre me levantaba rezando para que estuviera de buen humor y es que había días que se levantaba amándome como si no hubiera un mañana y otros odiándome como si le fuera la vida en ello. Esos días eran terribles, me insultaba, empujaba, me cogía del pelo y me pegaba a su cara para llamarme puta o cualquier otro piropo de esos que solo podrían salir de la boca de alguien como él.

Lo peor de todo es que no podía ni rechistar, si lo hacía, comenzaban esas advertencias en la que me dejaba muy claro que no iba a querer ni respirar.

Por la mañana me dirigí al despacho de los Ochoa, a la cita con el letrado Javier, iba temblando.

Ese día no venía Daniela a comer porque tenía un compromiso al que ir, así que no tuve que cocinar y me pasé la mañana leyendo, pero últimamente, con los nervios ni podía.

—Hola, siéntate —dijo sonriente, señalando la silla.

—Hola, Don Javier.

—Por favor, tutéame.

—Gracias.

—Tengo preparadas las dos demandas, tanto la de divorcio como la de violencia de genero —me puso delante unos folios —. Léelas.

Se me ponía los pelos de punta al leerla, iba redactado todos los episodios más fuerte que les conté y añadía que como pruebas iban los videos y mensajes de texto en los que me amenazaba claramente.

Pedía para el divorcio la mitad de su capital, ya que estábamos casados en gananciales y que se procediera a la venta de la casa, o que me diera la mitad de su valor actual.

Me eché a llorar cuando terminé de leerlo.

—No te preocupes, Judith, es la mejor decisión que has tomado en tu vida y él es un ser despreciable, en los juzgados no cae bien, los compañeros no le tienen como tal y por lo que veo no solo es así en su trabajo, también en su casa y con su mujer, a la que se supone que debía de proteger. No tengas miedo y te recomiendo que te vea un psicólogo, lo necesitas, se ve que vives con culpabilidad y es algo normal en las víctimas de violencia.

—Cuando le llegue todo esto se va a volver loco y encima cuando compruebe que vine a ti...

— Le dará una patada en los huevos, lo sé, se lo comenté a mi hermano ayer, pero, ¿sabes una cosa? El karma, ese es el que está actuando en estos momentos contra él y ahora la vida y nosotros, lo vamos a poner en su sitio.

—¿Qué pasará si pierdo?

—No tienes nada que perder y menos con esos videos, no habría juez en el mundo que no lo condenara por ello.

—¿Y qué le pasará a él?

—No debería de preocuparte eso, deberías de preguntarte a ti misma que hubiera pasado contigo de seguir con él más tiempo, quizás en un año no podrías contarle.

—Me voy a volver loca...



—Tienes apenas sin cumplir los treinta años, no es para volverse loca, es para pensar que donde estaba no te hubiera llevado a ningún lado y que ahora, tienes toda la vida por delante, tu trabajo y mil cosas por hacer.

—Ya, pero es difícil digerirlo todo, una no está preparada para esto.

—¿Y sí para seguir permitiendo que te siga maltratando?

—Tienes razón.

—Bueno, pues relájate, cualquier cosa, llamas a la Guardia Civil o Policía y a mí, sea la hora que sea, aunque no creo que se le ocurra hacer nada cuando le llegue la documentación, sabe que no me voy a andar con chiquitas y que conmigo no comenzó la guerra ahora, lo hizo muy atrás, se lo ganó a pulso.

Estuvimos charlando casi una hora y media, salimos del despacho y ya se habían ido todos, era la hora de la comida y por la tarde no abrían, ya que era viernes y estarían libres hasta el lunes.

## Capítulo 4



Me iba a despedir de él cuando...

—¿Una cerveza y una tapa? —Me señaló una terraza que había de lo más animada.

—Si me ve... —No me dio tiempo a terminar cuando me cogió por el brazo.

—Si nos ve que se joda, no eres propiedad de nadie y menos ahora te tienes que justificar de nada —me hizo un guiño que me ruborizó por completo.

Nos sentamos en la terraza y la verdad es que me sentía rara, jamás me había tomado nada con un hombre, bueno, ni se me hubiera pasado por la cabeza, el enfado que le podría haber entrado a Enzo, no lo hubiera querido experimentar.

Pidió dos cervezas y un poco de pescado frito variado.

—Jamás te vi feliz al lado de él.

—¿En serio?

—Te lo prometo, yo soy muy observador y a aquellas comidas que ibais, él parecía llevar un trofeo.

—Pues decía todo lo contrario, que debía de estar orgullosa de estar con un hombre como él.

—Normal, te tenía manipulada, pero no, tienes una forma de ser muy bonita y vales mucho, nada que ver con él, que es apático.

—No entiendo como se volvió así.

—Lo era siempre, solo que fingió muy bien contigo hasta que llegó a donde quería, casarse y tenerte a sus pies.

—¿Tú no estás casado?

—No ¿Por? ¿Estás intentando ligar conmigo? —bromeó, sacándome una carcajada.

—¡No! Solo era curiosidad —no dejaba de reír.

—Mierda, así no me podré casar en la vida, no conquisto a nadie.

—No me lo creo —seguí riendo —. Seguro que las tienes locas.

—¿Dónde? No veo ninguna desquiciada que me ronde —arqueó la ceja.

Era muy simpático, nada que ver como lo pintaba Enzo, nada que ver con la seriedad que aparentaba, se le veía muy buena persona.

Dos cervezas nos hicieron falta para estar llorando de la risa, era increíble cómo me hacía olvidarme del mundo, tenía un carisma impresionante y era todo un caballero, las soltaba, pero con estilo, como decía mi amiga Daniela cuando un hombre dejaba caer las cosas, pero con galantería.

Nos dieron las cinco de la tarde ahí, charlando, mi amiga lo sabía ya que se lo había dicho por mensaje.

Nos contamos mogollón de cosas, anécdotas, me reí como hacía mucho que no lo hacía.

—¿Y como se te pinta el fin de semana?

—Bueno, en casa de mi amiga, leyendo, quizás iré a la playa un rato mañana o pasado, pero tranquila.

—¿Ahora que comienza tu libertad vas a estar encerrada?

—Salir de fiesta no me apetece, es más, no me veo.

—Sigues con esa culpabilidad que no te pertenece.

—Ya, pero necesito mi tiempo, no sé.

—Yo me voy a la casa de la playa, quiero pasar el fin de semana allí.

—Que bueno, tienes casa en la playa y todo ¡Qué nivel! —murmuré en alto, provocando una risa en él.

—¿Te apuntas?

—Buah, eso sería mi sentencia.

—Claro que no, tú sentencia será favorable y no tendrá que ver con esto —me hizo un guiño—. Ahora te llevo a casa de tu amiga, recoges ropa y te vienes conmigo.

—No me pidas eso —reí.

—Por supuesto que sí, además, seguro que te apetece hacer algo diferente.

—Sí, pero es que apenas no te conozco.

—Soy tu abogado, el hombre en el que se supone que más debes de confiar —se encogió de hombros mientras pagaba la cuenta.

Y me llevó en su coche hasta casa de mi amiga, yo había ido al despacho en el bus, no llevé mi coche porque aparcar por allí era la muerte pelada.

Me esperó abajo, yo iba nerviosa hacia el piso y la llamé por teléfono.

—¿Qué pasa preciosa?

—Te vas a cagar...

—¿Apareció Enzo?

—No, tranquila, comí con Javier.

—¿En serio? Joder el tío está que te cagas de bueno.

—Calla —reí nerviosa—. Me está esperando abajo en el coche para que recoja ropa e irme a pasar el fin de semana con él, a su casa de la playa.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, te lo juro que no.

—Pues ya estás tardando en coger ropa e irte a vivir un fin de semana sin remordimientos.

—Ni que me fuera a acostar con él.

—Si no lo haces eres gilipollas, aunque creo que lo eres.

—Anda, calla, no me pongas más nerviosa de lo que estoy.

—No seas tonta, no estás haciendo nada malo, lo malo te lo hicieron a ti a lo largo de mucho tiempo, así que, disfruta y no pienses en él ¿Me lo prometes?

—Eso será imposible, no se puede borrar todo de un plumazo.

—Pues lo intentas, pásalo bien, no todas tenemos la suerte de irnos a pasar un fin de semana con un hombre como ese que te llevas, maja.

—Se me va a salir el corazón por la boca.

—Normal —se rió.

—Bueno, recojo las cosas y bajo, no lo voy a hacer esperar mucho.

—Pásalo bien y me mantienes informada por mensajes.

—Claro. Te quiero.

—Yo también, mi niña.

Metí bañadores, ropa ligera y algo por si salíamos, las cosas de aseo y lista, bajé lo más pronto que pude y es que me sabía muy mal que estuviera esperando.

—¿Preparada?

—Claro.

Sonriente, así fue como me cogió la bolsa y la colocó en el sillón de atrás, abrió la puerta del copiloto para que pasara y nos fuimos de allí.

Tenía la sensación de que estaba haciendo algo malo, hacia tres días que me fui de la casa en la que vivía con mi marido y ahora me veía marchando a la casa de otro hombre que, para colmo, era uno de sus mayores enemigos.

Llegamos casi una hora después, la verdad es que estaba en un pueblo costero precioso, a pie de playa, salías y ya estabas en la arena.

Un jardín no muy grande, pero precioso con una bonita piscina en forma de isleta y con una palmera a modo de barra en medio y hasta cuatro taburetes alicatados dentro para sentarse, me quedé alucinada.

La casa me sorprendió mucho ya que era de madera, con unos preciosos ventanales, aquello era

lo más cuqui que me había podido imaginar y dentro todo diáfano: cocina, salón y dormitorio, baño independiente... Jamás había visto algo tan coqueto y bonito.

Coloqué las cosas en un lado del armario que me indicó, salimos al jardín y sirvió dos mojitos que hizo en ese momento y que fue probarlo y quedarme en shock.

—¿Tienes sangre cubana? —pregunté por lo riquísimo que le había salido.

—No, pero estuve varias veces en Cuba.

—Y te trajiste bien aprendida la receta...

—Efectivamente —me hizo un guiño y chocó las copas.

Estábamos sentados en el jardín, los asientos de alrededor de aquella mesa de madera eran de lo más cómodos, daba la sensación de estar en un sofá. La verdad es que había tenido un gusto increíble al decorar esa casa frente al mar.

Un mojito llevó a otro y la verdad es que cada vez me sentía mejor junto a él, era una persona con la que podías hablar de todo, era tranquilo, muy gracioso e irónico, a veces no sabía si me contestaba en serio o bromeando.

Javier daba paz, podías hablar con él de cualquier tema que aparte de que era una persona con una cultura muy rica en general, transmitía mucha paz, esa era la palabra y hasta se me olvidaba por momentos todo aquel calvario que venía soportando tiempo atrás.

## Capítulo 5



Justo cuando se dispuso a encender la barbacoa para hacer una carne que había comprado por el camino, le llegó un mensaje...

—Ayer pedí un favor y acaba de llegarme.

—No te entiendo —dije mirándolo, sujetaba su móvil.

—En los juzgados era voz populi de que él estaba con otra letrada...

—¿Me lo estás diciendo en serio? —La sangre se me subió a la cabeza.

—Te voy a enseñar algo y no quiero que te pongas mal, solo lo hago para que abras los ojos por completo y dejes de sentirte culpable. Las dos últimas cenas que hicimos varios compañeros, él no te llevó y sí que se dejó ver con ella sin esconderse, dos compañeros tiraron fotos con las bromas y disimulo, ahora me han llegado.

—Vale —dije con tristeza, giró el móvil y se me descompuso la cara al verlo a él, agarrando por la cintura a esa mujer y mirándola como jamás lo hacía conmigo.

Se me saltaron las lágrimas de dolor y tristeza, había tenido a un ogro en mi vida, alguien que jamás me valoró, que me trató como nadie se merece y encima tenía a otra...

—Ven —me agarró por los hombros y me pegó a él, abrazándome —Suelta todo lo que llevas dentro, pero jamás te vuelvas a sentir culpable.

—Siento decepción conmigo misma.

—Pues eso es un buen comienzo para abrir los ojos.

—No entiendo porque no me dejó y se dedicó a maltratarme.

—Por fin te sale esa palabra.

—Es lo que hacía y no contento con eso, me era infiel.

—¿No lo sospechaste nunca?

—Jamás, aunque estaba tan mal que creo que la mente no me daba a más.

—Vales mucho y nadie tiene que ser manejado y menos maltratado por nadie, solo tienes que creerlo —no dejaba de abrazarme y besar mi frente.

—No quiero que nada te salpique.

—¿A mí? ¿Cuántos como él, tienen que venir?

—Bueno...

—Alegra esa cara, quiero que sepas que desde que me contaste todo me caes muy bien y quiero ayudarte.

—Gracias, Javier. Pienso lo mismo de ti.

—Pues nos tomamos otro mojito mientras se hace la carne y nos olvidamos del tema, ¿vale?

—Vale —sonreí con tristeza.

—No quiero ver más esa tristeza en tu cara, así que, o sonrías, o hago una locura para que lo hagas —puso su dedo en mi costado como para hacerme cosquillas.

—Vale —reí —Poco a poco, las heridas duelen mucho y no hablo de las físicas —lo sé—. Aunque reconozco que cuando te levantaste la camiseta en el despacho y vi tu costado, lo habría matado, solo un salvaje puede hacer eso.

—Dolían más las heridas del alma.

En ese momento agarró mis manos y me abrazó con fuerza, besando mi cuello.

—Te he cogido un cariño tremendo, no estás sola, no permitiré que nadie te vuelva a poner una mano encima, ni te hable mal.

—No quiero involucrarte.

—Ya lo hice solo y créeme que es un placer hacerlo.

—Gracias.

—Las gracias te las doy yo a ti, por estar aquí conmigo.



—Calla que suena raro —reí en su hombro.

—El raro es él, por no haber sabido cuidar a alguien como tú.

—Eso sonó más fuerte aún —volví a reír.

—Anda vamos a cenar que esto huele que alimenta.

Nos sentamos a cenar y descorchó una botella de vino.

Estuvimos charlando y riendo hasta la una de la noche, me sentía tan bien a su lado, que las horas pasaron volando y llegó el momento de meternos para adentro.

—Elige lado de la cama.

—Yo me voy al sofá —reí.

—No, tú vas a dormir a mi lado así te ate a la cama —bromeó, tirando de mí.

Entré al baño y me puse el pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes, me puse a un lado de la cama, pero tan hacia el filo que parecía que me iba a caer.

—Ven, anda, no te voy a hacer nada —sonreía.

Me puse mirando hacia él y acarició mi mejilla, luego puso la mano en mi cintura y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—No va a pasar nada, no tengas miedo.

—No te tengo miedo —sonreí.

Se pegó más a mí y me abrazó, puso mi cabeza en su hombro y acariciaba mi pelo.

—Quiero que duermas tranquila, más nada malo te volverá a pasar.

—Gracias, Javier.

—No me vuelvas a dar las gracias o te doy un bocado en el cuello.

—Vale —reí.

Nos quedamos abrazados un buen rato hasta quedar dormidos...

Desperté notando como acariciaba mi mejilla, abrí los ojos y lo tenía sonriendo, mirándome.

—Buenos días, encanto.

—Buenos días, señor letrado —sonreí y me pegué a él, como por instinto.

—¿Has dormido bien?

—Sí, la verdad que genial, no me desperté en toda la noche.

—Me encanta oír eso, aunque la verdad es que yo también dormí de lujo con semejante preciosidad al lado.

—No me digas eso que me corto —reí.

—¿Te da vergüenza?

—Mucha —me tapé la cara.

—Y eso que no te di un beso.

—Entonces me muero —solté una carcajada de lo más nerviosa.

—¿Sí? Eso quiero verlo —quitó mis manos y me besó.

Fue un beso tierno, dulce, delicado y lo peor de todo es que me encantó y me dejé de llevar pese a la vergüenza que sentía en esos momentos.

Nos miramos y yo estaba ruborizada por completo, parecía que las mejillas me iban a explotar y el corazón se me iba a salir del pecho.

—¿Has visto que has podido dormir tranquila? —Arqueó la ceja sin dejar de abrazarme y mirarme fijamente.

—Sí, pero estoy que me muero ahora mismo de la vergüenza.

—Lo sé, se nota, pero también sé que el que te besara te gustó.

—A nadie le amarga un dulce —me reí.

—Lo tomo como un gran piropo —carraspeó.

Nos levantamos para vestirnos y salir a desayunar a la playa.

## Capítulo 6



Fue salir por la puerta de la casa y sentir que estaba vulnerable de nuevo, la cara se me cambió mientras caminábamos hacia el bar de la playa.

—¿Te pasa algo?

—No puedo evitar sentir que si me ven puede liarse.

—Si te ven lo único que podrán observar es que has vuelto a nacer y que tienes mi apoyo y no permitiré que nadie se te acerque.

—Pero...

—Pero nada —me echó la mano por el hombro y besó mi sien—. Has firmado las demandas y he pedido medidas cautelares, ni creo que se acerque, ni se lo voy a permitir.

—Aún no le habrán llegado.

—Si lo vemos, se lo advierto y ya, pero de todas formas no creo que aparezca por aquí, aunque tampoco me importa.

—Ya, pero me siento mal —dije, sentándome en una de las sillas de una mesa que había sobre la arena.

El chico no tardó en acercarse y le pedimos un café con tostadas.

—Tienes algo que me estremece y es cuando se te dibuja esa mirada triste y llena de miedos —sujetaba mi mano y la acariciaba por encima de la mesa.

—Estoy mal, quisiera decirte lo contrario, pero estoy mal a pesar de sentirme a gusto a tu lado, mi cabeza es una bomba atómica llena de sentimientos feos, esos que espero que pronto comience a salir.

—Te has ido a vivir con tu amiga, me tienes a mí a partir de ahora que prometo ayudarte con todo, no debes de temer nada.

—Ya, pero bueno, una faena todo.

—Una faena no, ahora has conseguido dar el gran paso y oye, yo que me alegro porque sin que tú lo sepas, como que me has alegrado un poco este comienzo de verano —besó mi mano.

Esas palabras me hicieron un nudo en la garganta, no sabía ni que hacía ahí junto a él, estaba empezando a separarme, lo último que habría pensado era estar pasando un fin de semana con otro hombre tan rápidamente, pero reconozco que Javier me había tocado un poco de esa fibra llamada locura y me sentía muy bien a su lado, esa era la realidad.

Desayunamos entre mensajes subliminales que nos sacaban más de una sonrisa y entre gestos de cariño que se encargaba de darme, me hacía sentir muy bien y cómoda a su lado.

—¿Nos damos un baño? —Señaló al mar.

—Vale, pero en aquella parte que no hay nadie.

—Claro —por su gesto entendió que no quería que nadie me viera esos golpes que aún se reflejaban en mis hombros y costados, aunque estos último estaban tapados ya que me puse un bañador.

Anduvimos un poco hasta alejarnos de la gente, realmente había muy pocas personas porque aquella cala era como más privada, de la gente que tenía sus casas ahí.

Me quité el vestido y quedé con el bañador blanco, él miró mi hombro y se le descompuso la cara al ver esos moratones.

—Lo mataba, te juro que lo mataba —murmuró, acercándose a mí y abrazándome.

—Tranquilo, no me duelen mucho.

—Nadie te va a volver a tocar, te lo prometo —dijo con dolor en su rostro, sujetando el mío con sus manos y dándome un beso intenso.

Agarró mi mano y nos fuimos adentrando, el mar estaba en calma y aunque el agua estaba fría era un placer sumergirse en él.

Estuvimos un rato entre besos y charlas, me sentía tan bien a su lado, que me hacía sentir que lo que había vivido antes de él, no era nada de amor, todo lo contrario, era una sumisa dispuesta a hacer lo que mi marido quisiera con tal de verlo sonreír, así de desgraciada había sido.

Nos quedamos toda la mañana en la playa y regresamos al bar a comer, nos pedimos paella y unos pimientos fritos de entrante.

Lo comimos con un tinto de verano, hacía mucho tiempo que no bebía mucho, bueno hacia tanto tiempo que no bebía nada hasta ayer...

En ese momento me entró una llamada con número desconocido, me puse blanca y Javier lo notó enseguida.

—Cógelo y ponlo en manos libres —murmuró, con gesto de que estuviera tranquila.

—¿Sí? —contesté una vez que hice lo que me había dicho.

—¿Se está bien en la playa con mi mayor enemigo? ¿Te crees que no vas a pagar esto?

—Escúchame atento —contestó Javier —. Te vas a cagar y como te acerques a mi chica, te juro que vas a pasar la vergüenza mediática más grande del mundo, porque te juro que pondré tu sentencian en todos los tablonos de todos los juzgados.

—Esa puta que estás defendiendo te la va a chupar unos días, pero luego vendrá a mí como un corderito y negará todo lo que digas.

—Espérala sentado, no la vuelvas a llamar, te vamos a denunciar hasta lo más mínimo, incluido esto que está siendo grabado.

—¿Queréis jugar?

—Por supuesto, el juego ya comenzó esta mañana en la que mandé las dos demandas contra ti, así que comienza a mover ficha, porque ni te tengo miedo, ni mucho menos ella, esa que para ti fue una puta, pero para el mundo es algo que no volverá a ser alcanzable para una mierda como tú.

Le colgó y me miró, acarició mi mano y se la llevó a su boca para besarla.

—He visto a niños de tres años con más huevos que este. Está desesperado, nervioso y utiliza las palabras para intentar amedrentarte.

—No te quiero ver envuelto en esto, es una guerra mía.

—No lo repitas, por favor, si solo el poder acariciar tu mano supone todo, ya me doy por satisfecho —me miró y me lo dijo con una cosa que me estremeció por completo.

—Vale.

—Y ahora dame tu móvil, sabes que estás aquí porque te tiene puesto un geo localizador —puso

su palma bocarriba y le di el móvil.

Y efectivamente, me tenía puesto uno, increíble, pero cierto, cuando pensaba que nada me podía sorprender más, chasca, ahí que llevaba otra bofetada de realidad.

## Capítulo 7



Regresamos a la casa tras la comida, nos metimos en la piscina, ya que hacía mucho calor, él preparó dos mojitos y nos sentamos sobre aquella barra con el techo de paja, junto a la palmera, nos daba la sombra.

Me senté y Javier me abrazó por detrás.

—Quiero que cuando regresemos mañana o pasado, esto no se quede solo en un caso al que llevar y por supuesto ganar a lo grande.

—¿Qué quieres de mí, Javier? —pregunté en voz baja y temblorosa.

—Quiero y te pido que nos dejemos llevar, hacía muchísimo que no me sentía tan bien con alguien —murmuró desde atrás, apoyado en mi hombro.

—No puedo prometerte nada, ahora estoy bien, pero quizás cuando regrese y duerma, me coma la cabeza y tal, no quiera saber ni de mí —respondí desde el corazón y me comenzaron a caer las lágrimas.

Me giró y sostuvo mi cara entre sus manos.

—Estás muy dañada, tienes miedos, hasta a tu corazón le tienes miedo, no crees en ti, no te valoras, no te quieres y eso no puede ser. Te mereces lo mejor, no estás haciendo nada malo y tienes que luchar por salir de ese túnel en el que estás metida y culpabilizándote de lo que otros son culpables.

—Tengo terror, tengo mucho miedo —rompí a llorar y él, me abrazó fuerte.

—Lo sé, pero no estás sola, no permitiré que lo estés y no tienes que tener miedo, el miedo lo debe de tener él, preciosa.

—Me han fallado hasta mis padres, las personas que más deberían de protegerme, me fallo mi marido, el que juró cuidarme, me fallé hasta yo, por permitir normalizar cada bofetada y me convencía a mí misma que me la había merecido, falle a esos valores que siempre entendí como infranqueables —no dejaba de llorar.



—Y lo sabes, eso es lo mejor. Pues ya que lo sabes, lo que tienes que hacer es vivir, sonreír, sacar tus armas de mujer que todo lo puede y condenar eso que hicieron contigo. No tienes que tener miedo, tienes que tener coraje y fuerza, nos tienes a tu amiga y a mí, estoy seguro de que, con eso, puedes sacar a esa guerrera que hay en tu interior. No tengas miedo a nada, ni siquiera a sentir —señaló mi corazón con su dedo—. Te mereces sonreír, ser feliz, vivir y disfrutar de la vida, eres una niña joven que lo que se tiene que estar es comiendo el mundo, no dejando que la coman a ella.

—Joder que subidón me acabas de dar —reí entre llantos.

—Pues eso, ahora mismo voy a poner música —cogió su móvil— y vamos a bailar una bachata.

—¡No! —reí— Hace muchos años que no muevo el esqueleto —y era verdad, a Enzo no le gustaba, un día me vio bailando en el salón por Marc Anthony y estampó mi móvil contra la pared, decía que eso lo hacía para pensar en otros hombres, desde entonces no escuchaba más música que la que él ponía o la que iba escuchando cuando la ponían en la tele.

—Pues ya es hora de frenar esa brutalidad y vamos a bailar por Romeo Santos...

—Me encanta ese hombre, pero no quiero bailar —me levantó y me agarró mientras yo reía ruborizada.

Fue agarrarme y conseguir que me dejara llevar ante aquel movimiento que él iba marcando y de qué manera...

La canción que sonaba era “Una Propuesta Indecente”, esa que me cantaba mirándome a los ojos con esa intensidad del momento y yo le esquivaba la vista, me ruborizaba por completo.

El contacto con su piel, su seducción, el momento, esos sentimientos que eran obvio que se me estaban despertando hacia él, lo era todo, magia, luz, vida, era ese momento en el que yo me dejé llevar...

Dejó música de fondo y nos sentamos en aquella barra donde se estaba genial, con el agua cubriendo mis caderas, de fondo sonaba “Soberbio” también de Romeo Santos.

Apoyó una de sus manos en mi pierna, la otra jugaba con su vaso.

—¿Cómo te imaginabas la vida antes de casarte?

—Pues feliz, siendo madre, disfrutando de mi familia, ver pelis, pasear, salir a cenar, pero dejé de imaginarla así al poco tiempo de hacerlo, demasiado pronto.

—Pues así es lo normal, por eso te digo que lo tuyo no es una separación de hace tres días, es un

sufrimiento continuado en el tiempo, has malvivido y has sobrevivido. Ahora no puedes sentir miedo por hacer las cosas que son normales, lo que no es normal es lo contrario.

—Lo sé, pero, poco a poco, imagino que el tiempo sanará las heridas que hoy están demasiado abiertas, a mí me encantaría, de verdad te lo digo, me gustaría entrar en septiembre en el nuevo curso trabajando desde la tranquilidad, solo pido eso.

—Lo tendrás, pero tienes que aprender desde ya, a no tener remordimientos que no te pertenecen y disfrutar, reír, vivir, dejarte llevar por lo que este te dicte —señaló a mi corazón con su dedo.

—Lo intentaré.

—Lo harás —me acarició la barbilla —, además, he notado que muchas veces andas tapándote como si te avergonzaras de tu cuerpo, cuando eres una mujer preciosa por completo.

—Bueno, es inseguridad, me repitió tantas veces que ya estaba estropeada...

—¿Estropeada? —se rio negando —Eres espectacular, cualquier hombre caería rendido a tus pies, ese hombre no está bien de la cabeza, solo te metió mentiras en tu mente que debes de sacar, debes darte a valer, como te dije, te tienes que querer y no tengas vergüenza por nada, eres un caramelo para la vista.

Eso me sacó una carcajada y es que me encantaba su forma de decirme las cosas, de hablarme, de intentar convencerme...

Javier era todo lo contrario a lo que estaba acostumbrada, antes me sentía desvalorizada y él, me hacía sentir deseada, ese sentimiento que tanto tiempo hacía que no sentía.

El agua estaba genial y su compañía era la mejor de todas, hacía que en muchos momentos no pensara en nada y disfrutara de esos abrazos, caricias y besos que eran constantes por parte de él, y hasta me hacían estremecer.

No dejaba de repetirme lo bonita que era y cuanto valía, me tenía todo el tiempo con los colores subidos y una sonrisa suelta imposible de borrarla de mi rostro.

—¿En qué piensas? —me preguntó en un momento que me quedé mirando a la nada.

—Si te digo la verdad, pienso en que me gustaría alquilarme algo, sé que no me vendrá mal estar un tiempo con Daniela, pero creo que debo también estar sola, tengo un cacao en la cabeza monumental. Es que veo mi vida a pedazos, estoy desubicada, es una sensación extraña y fea.

—Ahora mismo te tienes que quedar con ella, vamos a ver qué pasa y luego ya buscas algo, además, con la mitad que te tiene que dar de la vivienda, te vas a poder comprar un apartamento,

así que no hagas locuras, de todas formas, si te aburres en casa de Daniela, te vienes a la mía — me hizo un guiño y me sacó una sonrisa.

—Ya, el verano lo echaré en principio en su casa, pero bueno, solo era un pensamiento. Me gustaría vivir sola, actuar por mí, tener mis cosas, no sé, tampoco estoy muy cuerda para explicarme.

—Quieres el espacio que nunca has tenido.

—Eso es —sonreí.

—Has vivido con tus padres toda la vida, de ahí te casaste y te fuiste con este ser tan despreciable, es normal que necesites ahora tu espacio, casi no has tenido la oportunidad de encontrarte a ti misma y no por el simple hecho de vivir sola, es porque no te han cuidado ni dado tu sitio, porque incluso viviendo con alguien que amas, puedes ser libre y sentir ese espacio, todo depende de estar con la persona correcta.

—¿Existe la persona correcta?

—Claro, existen personas como tú o como yo, que somos incapaces de hacer daño a nadie y menos a los que amamos, claro que las hay —me acariciaba la cara.

Salimos de la piscina y fuimos a ducharnos, yo entré al baño de la casa y él, al que había en el jardín.

## Capítulo 8



Pidió comida de un restaurante asiático, que nos trajeron de forma rápida y que servimos en la mesa del salón que había entre los sofás.

Unas copas de vino, un brindis y la sonrisa más bonita del mundo...

Y es que era verlo sonreír y me daba paz, hablaba y me relajaba, me miraba y me ruborizaba, me acariciaba y... ¡Caía rendida a sus pies!

Lo mío era directamente de psiquiátrico ¿En qué momento fue en el que de repente Javier, agarró mi corazón y lo volvió de aquella manera?

Tras la cena recogimos la mesa y nos sentamos abrazados en el sofá, yo entre sus piernas, me rodeaba con sus brazos y me besaba el cuello.

—A ti lo que te pega es un hombre como yo, que te cuide, que te respete, que sea el padre de tus hijos —bromeó y yo solté una carcajada.

—En eso estaba pensando, en tener hijos ahora.

—Mira, no es por nada, pero saldrían preciosos.

—Claro, preciosísimos —le seguía la broma.

—Pero antes tenemos que pasar por el altar, tú radiante y yo feliz de la vida.

—Te sentó bien el vino, ¿eh?

—Me sentó bien el conocerte —sonrió y mordisqueó el lóbulo de mi oreja.

—Ya me conocías...

—No, ahora te estoy conociendo, antes eras la mujer del detestable.

—Aún lo soy.

—No te lo crees ni tú, ya con ese no tienes nada que ver y yo me encargaré de que eso sea sentenciado, no sería yo quién te dejara dar un paso atrás.

—Ni yo lo daría —sonreí y me tiré más hacia atrás, buscando el total contacto con él.

Nos quedamos un rato así, abrazados, él por detrás rodeándome por la cintura y sin dejar de regalarme besos en el cuello, luego nos fuimos para la cama.

—¿Te imaginas el día que lo hagamos por primera vez? —murmuró, aguantando la risa y acariciando mi cara.

—¡Vete a la porra! —me reí, echándome en su cuello.

—Es que imagino ese día, tú pidiéndome que te desnude y te haga mía.

—Joder, ese vino es bueno, te sentó bien.

—Y yo te diré que, por supuesto, que quiero acariciar cada poro de tu piel —continuó ignorándome.

—Digo que el vino te sentó de lujo.

—Y entonces tú querrás quedarte conmigo para siempre...

—Javier, para —reí.

—Y yo intentaré que sientas el otro placer de la vida.

—¿Estás cachondo? —pregunté muerta de risa.

—Cachondo cuando solo quiero solo sexo, sensual cuando lo quiero todo.

—Ay mi madre, que al final te sienta el alcohol a ti peor que a mí. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste con alguien?

—Sí, el alcohol me sentó bien —dijo ahora, haciendo caso a lo que antes había ignorado y me tuve que reír más.

—Ahora no inviertas todo, vas y me respondes.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Curiosidad...

—Esa con la que te vas a quedar —mordisqueó mi lóbulo de nuevo.

—¿No me lo quieres decir?

—Tampoco es necesario entrar en detalles de algo que no tiene importancia.

—Eres tú el que se la estás dando.

—Para nada, simplemente hay cosas de las que prefiero no hablar y menos cuando estoy tan relajado y sintiéndome tan bien.

—Pero si es con la última que te has acostado es porque lo deseaste en ese momento, ¿qué tiene de malo?

—Tiene de malo que no lo debí de hacer.

—¿Por?

—Hay cosas que no sabes de mi vida...

—Hombre imagino, no tienes por qué contármelas.

—Amé a la persona equivocada, la esperé creyendo en sus palabras y hace poco di por finiquitado algo que me estaba consumiendo y volviendo loco.

—Lo siento...

—Tranquila, no cambio este momento por nada —me abrazó con más fuerzas y besó mi cuello.

—¿Ella no quería estar contigo?

—No lo sé, todo lo que creía se fue desvaneciendo. La conocí en una fiesta y se suponía que estaba separada, luego me dijo que se estaba separando, luego que si tal o cual. No me dejaba llevarle el divorcio, yo estaba muy pillado por ella, ciego y, poco a poco, me di cuenta de que ni soltaba aquella vida, ni tampoco estaba dispuesta a soltarme a mí.

—Y le dijiste que se acabó.

—Hace tres meses más o menos, después de haber pasado un fin de semana juntos, me dijo que se iba con su familia al norte. La coincidencia fue que sin ella saberlo teníamos un amigo en común y resulta que vi en Facebook que estaba en el Caribe con su marido y más personas, pero en las fotos grupales siempre se la veía a ella en los brazos de su esposo, así que cuando regresó

le puse un mensaje dejándole claro que lo nuestro por mi parte, lo daba por zanjado.

—Entiendo. Pero, ¿ella lo aceptó?

—No, pero le dije que ese era su problema, que si era feliz teniendo una doble vida, que se buscara a otro.

—¿Aún la amas?

—No lo sé, bonita —murmuró acariciando mis brazos—. He sentido demasiada decepción con ella, se me desvaneció todo por completo, no fue limpia conmigo, no te voy a decir que a las personas se las olvidan de golpe y porrazo, pero si te puedo garantizar que contigo ni me acuerdo de ella y siento que ese vaso que tenía completamente vacío por último cuando estaba a su lado, ahora lo tengo completamente lleno.

—No sé qué decir, pero si te hice sentir un poco mejor, me alegro muchísimo. Siento que lo hayas pasado mal, para mí, hasta ahora, lo que he visto en ti es que eres un gran hombre, una gran persona y te mereces ser feliz.

—Tú sí que mereces ser feliz.

—Lo seré y tú también.

—Si no me echas de tu vida, creo que lo seré eternamente.

—Ya empezamos... —reí y lo abracé, ahora quería ser yo la que lo colmara de amor y a pesar de que me dolía un poquito que pudiera amar a otra persona, eso era parte de su vida, de su pasado, al igual que yo lo tenía y él, me estaba apoyando.

Me levantó de golpe y comenzó a caminar hacia la cama mientras yo me lo comía a besos y es que me parecía el hombre más entrañable y buena persona del mundo.

Se puso tumbado encima de mí, entre mis piernas, sonriendo y dándome muchos besos.

—¿Sabes que ahora mismo mi mundo ronda en torno a ti?

—Pues debes sentirte como en una noria —reí—. Mi mundo está más tambaleado que todas las cosas.

—Tu mundo está comenzando a girar en torno al sol —me besó.

—Veremos cuando comience a tronar, de él me espero cualquier cosa.

—Pues se le pone freno, pero no temas por nada.

—Bueno, mejor no perder el tiempo hablando de él —le mordisqueé el labio.

Y comenzamos a besarnos y abrazar, me hacía sentir tan bien que parecía que el mundo se paraba en esos momentos.

Es verdad que yo tenía una sensación de lo más agridulce, era una mezcla de sentimientos que no me dejaban separar el bien del mal y me sentía culpable por todo, aunque valía la pena sentirse así por algo que te hacía tanto bien y es que Javier, en esos momentos me hacía sentir querida.

Estuvimos un rato así hasta que se acomodó detrás de mí y me rodeó con su brazo, se pegó bien y así fue como nos quedamos dormidos.



## Capítulo 9



Lo escuché en la cocina y fui hacia allí, ya estaba preparando el desayuno.

—¿Te han echado de la cama? —me acerqué a él, para darle un beso.

—He tenido un mal despertar... —Me abrazó con tristeza.

—¿Qué pasó?

—Sabrina, me estuvo bombardeando a mensajes...

—¿Es con la chica que estuviste?

—Sí. Enzo sabía de su existencia y fue a buscarla, la puso al día de que estamos juntos y encendió la mecha.

—Ay, Dios, lo siento.

—No te preocupes, ya le dejé claro todo, pero hemos terminado con muchos reproches. Ella es muy cabezona y no entiende las cosas, le importa un pimiento que ella tenga su vida, pero parece que no es suficiente.

—No quiero ser la que ponga tu vida patas arriba, Javier, no te mereces que ahora sea yo un problema.

—No digas eso, deja de pensar en los demás y comienza a pensar en ti, vives para el sacrificio.

—No es eso, es que no quiero ser el motivo de que estés mal.

—Todo lo contrario, créeme que, todo lo contrario —me besó y me señaló la silla para que me sentara.

—¿Y qué es lo que te ha reprochado?

—Qué esté con otra, ella, precisamente ella me reprocha eso y encima me amenaza diciendo que me voy a enterar, que voy a tener que enfrentarme al gran Enzo, cuando ella siempre lo

desvalorizó, vamos que se ha puesto de su parte, pero estoy deseando enfrentarme a él. A mí no me amenaza ni ella, ni él, ni cien como ellos, con bueno han ido a dar...

—Bueno, desayuna tranquilo, no te comas el coco ahora y, de verdad, siempre haz lo que tu corazón te diga, sea lo que sea, te voy a apoyar.

—No, te equivocas, no hay opción en ese sentido, no la quiero y cuanto más hablo con ella, más la detesto.

—Te entiendo...

—Bueno, ¿qué planes tienes? Aunque, hoy nos quedamos aquí, mañana volvemos temprano y voy a trabajar.

—Vale, no tengo nada que hacer —le acaricié la mano y me la agarró para acariciármela él —Y de planes, los que te apetezca, yo soy feliz en cualquier sitio donde esté con personas como tú.

—Eres muy bonita, tienes una personalidad que ya quisieran muchas personas —acaricié mi mejilla antes de coger su taza de café para darle un sorbo.

—Tú eres igual —le saqué la lengua y vi cómo se le tornaba una preciosa sonrisa.

Desayunamos y luego nos fuimos a dar una vuelta por la orilla de la playa, de la mano, charlando y disfrutando de aquel paseo que era un verdadero placer de conexión total con el entorno.

Estuvimos como tres horas, nos dimos varios baños, nos besamos, reímos y disfrutamos como dos niños pequeños que se les nota que son felices con las pequeñas cosas que hacen que tu mundo se vuelva grande.

Nos sentamos en el bar de la playa, en una mesita sobre la arena, nos pedimos unas cervezas y un surtido de pescado frito.

—Hoy pago yo y no quiero replica, me enfado si no me dejas —le advertí riendo, cuando de pronto vi que se le descompuso la cara. Me giré a ver qué pasaba, ya que yo estaba frente a él, y no me lo podía creer, era Enzo de la mano con otra y venía a sentarse en una mesa más allá de donde estábamos, pero que nos veíamos perfectamente. La sangre se me subió a la cabeza, era increíble cómo le gustaba machacar y joder la vida a los demás.

—Pues parece ser que no solo está con la fiscal —murmuré viendo la cara descompuesta de Javier.

—Es Sabrina, mi ex...

—Ay Dios, la que están liando estos —negué incrédula.

—Están provocándonos, pero, ¿sabes qué? —Acarició mi mano por encima de la mesa —Me importa una mierda que aparezca el mismísimo diablo, este fin de semana contigo y este momento, no nos lo va a joder nadie —se llevó mi mano a sus labios y la besó.

—No sé qué decir, me siento...

—Como se te ocurra decir lo siento, me levanto y me lo cargo, no quiero que te vuelvas a sentir culpable por culpa de un desgraciado como él. Que hagan lo que quieran, que se acuesten, follen como locos, que no pasarán a ser más que un polvo sin sentimientos. Ellos me dan igual, quien me importas eres tú y no me da la gana de permitir que sigas con esa culpabilidad ¿No ves lo despreciables que son que están ahí buscándonos?

—Tranquilo, no lo diré más y tienes razón. No te preocupes, estoy bien y quiero, sobre todo, que tú lo estés.

—No hay mejor lugar para estarlo que a tu lado.

Nos trajeron el pescado y actuamos como si nada nos importara. Realmente no sabía cómo se sentía él, porque podría estar aparentando estar bien y por dentro dolerle que la chica a la que amó esté ahí en plan venganza con Enzo. En fin, lo que si tenía claro es que, a mí, me partía el alma esta situación, me la partía porque un día amé a ese hombre con todo mi corazón, lo amé hasta soportar las más asquerosas humillaciones que un ser humano puedo hacerle a otro. Lo amé y no solo me lo pagó con esas vejaciones, me lo pagó con un peaje alto y es que yo sabía que no me iba a dejar en paz en la vida. Algo me decía que ahora se me iban a complicar las cosas, algo sentía que me llevaba a pensar que no iba a dejarme ser feliz en la vida.

Pero eso no se lo podía decir a Javier, demasiado bien se estaba portando conmigo para decirle esos miedos que tenía y es que temía por mi vida, sabía que en cualquier momento me iba a coger a solas y desatar toda su furia, lo sabía, era consciente de ello.

—¿En qué piensas?

—En nada, estaba con la mente ida.

—No, estabas pensando en algo, ¿sabes? La cinésica es mi fuerte —me hizo un guiño.

—¿Estudias el lenguaje corporal?

—Lo estudié y por mi trabajo siempre estoy atento a ello ¿Qué te pasa?

—Nada, de verdad —sonreí—. Estoy bien.

—Estás preocupada, tu gesto lo decía.

—Joder, lo me faltaba es que me analices todo —reí negando y poniéndome la mano en la cara.

—No, mujer, pero te observé cuando estabas pensativa, te notaba triste, tu forma de perder la vista no era en blanco, era de estar pensando algo desagradable.

—Mira Javier, a mí no me asustes con esas cosas porque voy a pensar todo el tiempo que me estás observando de forma analítica.

—No, joder —se rio y me tiró una miga de pan a la frente y yo se la tiré de vuelta.

—Entonces, ¿qué? ¿Ahora nos vamos a dormir la siesta cuando terminemos de comer?

—No, nos vamos a unir a ellos para tomar el postre —dijo riendo y tirándome de nuevo migas de pan que me metí en la boca mientras negaba volteando los ojos, por la gracia que había tenido diciendo eso.

No era fácil, juro por mi vida que no lo era, hasta pensaba que iba a terminar loca por las situaciones que estaba pasando, por ejemplo, esta, riendo a carcajadas por la broma de él, mientras otra parte de mí estaba rota de dolor recordando que el hombre que estaba en la otra mesa, me había tratado de la forma más inhumana. Eso dolía mucho, recordar aquellos golpes era abrirme el corazón con un puñal.

## Capítulo 10



Terminamos de comer, pagó, sí pagó sin lugar a replica y nos fuimos a la casa dejando allí a esos dos tortolitos, fingiendo vivir el romance del año. Era de patéticos, pero, ¿qué se podía esperar de alguien como Enzo?

Dolía mucho, su comportamiento y actos, dolía saber que yo había permitido ver como normal algo que era un horror. Ahora al lado de Javier, descubría como un hombre era capaz de tocar el corazón de una mujer y no la cara de un golpe, ahora sentía que a su lado no me podía pasar nada malo, pero, ¿y cuándo estuviera sola? Eso me daba terror, me causaba un miedo tremendo.

Preparó dos mojitos y nos metimos en la piscina a sentarnos y tomarlos en la barra.

—Has vuelto a perder la vista y convertirla en dolor cuando estaba preparando los mojitos.

—No empieces... —me reí ante su media sonrisa —De verdad, lo tuyo es de mirar.

—¿A qué tienes miedo?

—No lo sé —mentí y me dolió que supiera que tenía miedo a algo.

—Tienes miedo, se puede ver en tu cara, no es tristeza solo es miedo y no hace falta saber cinésica, cualquier persona lo podría apreciar.

—Tengo miedo a que me coja a solas —me sinceré.

—¿Crees que no he pensado en esa posibilidad? —Acarició mi cara —Mañana presentaré todo y pediré las medidas cautelares al juez para que ordene una orden de alejamiento y te la van a dar solo por las pruebas que aportamos, mientras tanto, no andarás sola, no te preocupes por eso.

—¿Me vas a poner un guardaespaldas? —reí.

—No te hará falta —sonrió, se levantó para ponerse entre mis piernas y cogió mi cara entre sus manos —. Confía en mí y piensa que antes de que tú te hayas formulado mil preguntas, yo ya he pensado todas las respuestas —No tengas miedo, tienes personas a la que nos importas —me besó.

—No quiero tener a personas preocupada a mi alrededor.

—Es hora de que te dejes querer —me dio un toque en la nariz y me abrazó.

Me sentía jodidamente bien a su lado, pero también me encontraba como un barco a la deriva, que no sabía dónde iba a terminar naufragando y eso me daba un poco de miedo, todo me daba miedo por mucho que me dijera que no debía de tenerlo, pero ahora en frío miraba hacia atrás y me daba cuenta del ogro que era ese hombre con quien había convivido tanto tiempo.

Por otro lado, disfrutaba de esos abrazos que me daba constantemente Javier, pero es verdad que me costaba dejarme llevar por completo, eso sí, él me respetaba y no buscaba algo más allá que me pudiera incomodar, era todo un caballero.

Estuvimos un buen rato en la piscina y luego nos duchamos, arreglamos y salimos en su coche a otro pueblo a cenar, a una calle de lo más animada llena de restaurantes y bares.

Me llevaba por el hombro, como si fuera su pareja y me sentía feliz así, pero, por otro lado, era como si estuviera cometiendo un crimen, como si la gente me señalara por infiel, por estar casada con un hombre y andar en los brazos de otro.

La mente era muy jodida y me llevaba a pensar cosas que no me hacían nada bien, yo no había provocado esto, esto era el resultado de una decisión que me había costado mucho contar a mi amiga y que, tras esto, me estaba liberando, pero el peso de la culpabilidad me hacía sentir de esta manera.

Nos sentamos en una terraza preciosa, muy bonita, toda en madera y animada a más no poder, se veía que era un buen restaurante.

—Mañana te dejaré temprano en casa de Daniela, no quiero que salgas sola ni le abras la puerta a nadie, ¿entendido?

—Tranquilo —sonreí.

—De momento estaremos así hasta que emitan la orden de alejamiento.

—Vale.

—El viernes nos vendremos de nuevo a la casa de la playa.

—¿Me vas a raptar todos los fines de semana? —le hice una burla.

—Sí, no lo dudes, además de algún que otro día de por medio. Por cierto, en agosto no trabajo así que podríamos pensar en hacer algo.

—Uf, queda un mes para eso, pueden pasar mil cosas.

—Pues espero que no cambien tus ganas de seguir aguantándome —me acarició la mano.

—Bueno, de aquí a entonces puedes que seas tú, quien quizás se haya aburrido de mí.

—No, eso es imposible — me hizo un guiño.

Pasamos una cena muy agradable, charlando sobre cosas de nuestra juventud, de nuestras vidas, pero solo las que nos sacaban una sonrisa.

De allí nos fuimos a dormir, había que levantarse temprano ya que él trabajaba.

Había mantenido informada de todo a Daniela durante todo el tiempo por mensajes y ella, se sentía tranquila a pesar de lo ocurrido con Sabrina y Enzo, pero sabía que estando con Javier, todo estaba controlado.

Esa noche me abracé a él como si la vida se me fuera en ello, algo me decía que los siguientes días lo iba a echar mucho de menos.

Por la mañana sonó el despertador a las siete, él se metió en la ducha después de unos besos que me robó, mientras intentaba espabilarme.

Desayunamos en una cafetería cerca de casa de Daniela.

—Quiero que me mantengas informado de todo y que, a lo más mínimo, me llames.

—Tranquilo.

—Yo voy ahora con la procuradora a presentar las demandas y hablaré con la fiscalía para ver si se puede hacer algo de forma inmediata.

—Gracias, Javier.

—No me des las gracias, lo hago por ti y por mí, quiero verte feliz, pues eso me lo hace a mí.

—Eres muy bueno.

—Tú eres la buena y con personas así, no cabe ser de otra manera.

Nos despedimos en la puerta de casa de Daniela, cuando subí ella estaba tomándose el café para irse a trabajar.

Me recibió con un abrazo y charlamos un rato, se la veía feliz de verme a mí contarle lo bien que me había sentido con Javier y como me había defendido y cuidado.

—Te lo mereces todo —dijo, dándome un abrazo antes de marcharse.

—Gracias, Daniela, por dejarme tu casa.

—Mi casa es tu casa, así que no vuelvas a decir tonterías —me abrazó y se marchó.

Me quedé con una sonrisa triste en la cara, feliz por un lado y mal por otro. Javier había sacado lo más bonito de mí y Enzo, me tenía con el corazón en un puño, a eso me refería cuando me decía a mí misma que estaba viviendo algo agridulce...



## Capítulo 11



Me senté a tomar un café tranquila, en el salón, mientras hacía un viaje mental por aquel fin de semana que había sido asombroso, en todos los sentidos.

En esos momentos me entró una llamada de un número desconocido y me eché a temblar, no sabía si cogerlo o no. Tragué saliva.

—Hola...

—Hola, soy Sabrina, ya sabes de sobra quién, la ex de tu amante y la novia de tu exmarido.

—¿Qué quieres?

—Lo primero advertirte de que con ese que te estás acostando, tiene un montón de mujeres con las que se acuesta durante la semana y lo segundo...

—Lo segundo te lo voy a decir yo ¡Vete a tomar por culo! —grité, colgué y luego la bloqueé.

Solté el aire con mucha rabia. ¿Quién era ella para decirme nada?

Ni dos minutos después entró un mensaje de otro número oculto.

**Desconocido:** *Podrás bloquearme, pero no por eso vas a dejar de escucharme. Como te intentes quedar algo de mi ahora pareja con el divorcio, te van a faltar piernas para correr, de esto me encargo yo.*

**Judith:** *Eso te va a faltar a ti cuando le envié a tu marido todo el material que tengo tuyo.*

Mentí, pero es que no me daba la gana que también ella, se tomara el privilegio de amedrentarme, no, ya nadie más.

**Sabrina:** *Hazlo, que no vivirás más de veinticuatro horas después de que lo hagas.*

**Judith:** *Esta amenaza me la vas a repetir en los juzgados.*

En ese momento la bloqueé, sabía que me podía escribir desde otro móvil, pero no le iba a estar

dando pienso a tales perros.

Ni dos minutos me llegó un mensaje de Javier, preguntándome si estaba bien, le mandé unas capturas de pantalla de lo sucedido y me llamó inmediatamente.

—No te preocupes, a partir de ahora ni contestes, captura y denunciarnos, si ella quiere guerra, la va a tener hasta con su marido.

—Tranquilo, estoy bien.

—Ya estamos en los juzgados para las demandas con el energúmeno. Había pensado en recogerte a las dos y que te vengas a mi casa ¿Qué te parece?

—¿A comer?

—No, no me has entendido, aunque por supuesto comeremos. Quiero que te vengas unos días conmigo, yo solo saldré por la mañana a trabajar, el resto del tiempo estaré contigo, además, vivo en una urbanización que no puede entrar nadie sin autorización, me quedaré más tranquilo de que estés allí.

—No te preocupes de verdad, estoy bien.

—¿No te apetece estar conmigo?

—Sí —reí—, pero no quiero ser una molestia.

—No lo eres, es solo que me apetece estar a tu lado.

—Está bien, te espero luego para que me recojas.

—Gracias, Judith.

—A ti, señor letrado —sonreí.

Llamé a Daniela para contarle y le pareció genial, además, ella quería verme feliz y sabía que esta podía ser la oportunidad para salir de todo aquello por lo que había pasado.

Preparé una maleta con ropa para unos días, bueno para una semana por lo menos, ya que seguro que de su casa el viernes tirábamos para la de la playa.

A las dos en punto me puso un mensaje diciendo que estaba abajo.

Salí con una sonrisa que era imposible quitar de mi boca y es que Javier, era ese soplo de aire

fresco que curaba las heridas de mi corazón.

Me abrazó y dio un precioso beso, nos montamos en el coche y salimos hacia su casa, por el camino paró en un asador de pollos y compró un menú.

Fue alucinante entrar en esa urbanización, era preciosa: parque, bares, supermercados... Aquello parecía una ciudad aparte del mundo al que solo muy pocos tenían acceso, los propietarios y sus autorizados.

Me registró en el control y llegamos a su chalé, otra pasada, si la de la playa era bonita, esto era ya algo de otro nivel.

La casa tenía dos plantas, afuera un garaje, jardín con piscina, zona de barbacoa y una preciosa terraza de lo más bonita y comfortable.

El interior era una pasada ya que su cocina, salón y baño de la planta de abajo lo ocupaban todo, a lo grande, no había visto una cocina así en mi vida.

Arriba estaba su dormitorio y tres más, todos con baño propio.

Dejé las cosas y bajamos a comer a la cocina, él se había cambiado y puesto cómodo, la verdad es que iba a trabajar como un modelo, con esos trajes que le quedaban que ni pintados.

—Ya hemos hablado con fiscalía y tendremos respuesta inmediata, de todas maneras, con el tema de Sabrina hice una gestión, espero que pare o, de lo contrario, va a tener un problema grande.

—Tranquilo, estoy bien.

—No entiendo a las personas que ni viven, ni dejan vivir, pero cada día me alegro más de haberme alejado de esa mujer que no tiene nada bonito.

—Bueno, tranquilo, vamos a comer y olvidarnos de ellos, que no nos rompan el día.

—Bien, me gusta que pienses así —me hizo un guiño y se acercó a besarme.

—Mañana tengo que ir al banco a recoger la tarjeta de la nueva cuenta.

—Bueno, te vienes conmigo y te acerco, desayunamos, te traigo de vuelta y ya me voy a trabajar, mañana tengo menos carga de trabajo.

—Puedo ir sola.

—Aún no, por favor, hazme caso.

—Está bien —sonreí.

Después de comer nos fuimos al sofá a tirarnos un rato, yo me puse a su lado echada sobre él, que me regalaba esos besos y mimos que tanto necesitaba.

—Te he echado de menos esta mañana.

—¿Sí? —pregunté, feliz de escuchar eso.

—Muchísimo, de verdad que sí.

—Yo también he estado pensando en ti en todo momento.

—¿En todo momento? —Se ladeó un poco para ponerse frente a mí.

—En todo momento... —sonreí.

—Eres tan bonita —dijo con euforia, abrazándome fuerte y comenzamos a besarnos con intensidad.

Su mano se deslizó por dentro de mi vestido agarrándose a la nalga con intensidad y apretándome contra él.

Noté como su miembro se venía arriba y casi me quedo sin respiración.

—Ven —apretó mi nalga y se levantó.

—Miedo me das... —reí.

—Vamos, no creo que a mí precisamente me tengas miedo —carraspeó.

—Por supuesto que no —me levanté de un salto.

—Sabes que aquí conmigo estás segura.

—Lo sé —sonreí y le di un beso.

Cogió mi mano y comenzó a andar escaleras arriba hasta su cuarto donde fue entrar y comenzar a devorarme a besos, me hacía hasta cosquillas y algo me decía que había llegado el momento...

## Capítulo 12



Levantó mi vestido sacándolo por arriba, un cosquilleo recorrió mi estómago, se deshizo de mi sujetador y le salió una sonrisa al ver mis pechos al descubierto, por primera vez visibles ante él.

Me dejó caer en la cama, se quitó su camiseta y pantalón antes de colocarse en medio de mí y mirarme con esa media sonrisa tan picara, sensual y enamoradiza y es que él, enamoraba con esos hoyuelos en las mejillas.

—No puedo dejar de desearte, lo reconozco —mordisqueó mi labio y noté el roce de su miembro con mi zona más frágil.

—Me muero de la vergüenza —me reí, tapándome la cara.

—Si quieres que pare, solo me lo tienes que decir.

—No, no quiero que pares, quiero que hagas todo lo que desees.

—¿Todo? —carraspeó.

—Bueno, todo lo normal... —me reí nerviosa.

—Lo normal es desde el punto de vista de la persona.

—Me has entendido —seguí riendo cuando noté su mano entre mis piernas y esos dedos bajando mi braguita.

—Me voy a desmayar de la vergüenza —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

—No lo permitiré —comenzó a besar mi cuello mientras acariciaba mis pechos.

Y cerré los ojos, pero los abrí rápidamente, no quería dejar de mirarlo, fue solo un momento en que los cerré y recordé al indeseable, no porque lo amara, eso no era lo que ya sentía por él, me había quitado la venda de los ojos y como dice aquella mítica frase: “con ella me hice un lazo, lo puse en mi cabello y ahora estaba más guapa, menos ciega”

Nunca me había acostado con un hombre que no fuera Enzo, por lo cual, creo que por eso se me

vino la imagen, pero no iba a permitir que enturbiara ese momento.

Sus labios se fueron desplazando por todo mi cuerpo, sus dedos fueron acariciando aquel jardín que hoy se abría ante una nueva sensación y es lo que yo estaba experimentando con Javier, disfrutando de ello.

Me agarré a las sábanas cuando noté como me los introducía, solté el aire y sentí como mi respiración se agitaba.

Continuó bajando con su lengua hasta quedar entre mis piernas y comenzó a lamer mis partes mientras sus dedos no dejaban de jugar y encenderme por completo.

Me tocaba de una manera que era impresionante, como nunca lo habían hecho, intentaba contener esos gemidos que al final terminaban siendo una explosión de sensaciones de lo más placenteras.

Me faltaba el aire, el corazón se me iba a salir por completo y mis piernas temblaban en ese momento de placer que estaba sintiendo de forma intensa y que me llevó a gritar mientras el orgasmo se apoderaba de mí por completo.

Fue besándome hasta llegar a mi cuerpo y mirarme con esa sonrisa antes de besarme de nuevo.

Se quitó su ropa interior y se puso entre mis piernas, ni preservativo ni nada, él sabía que yo tomaba la píldora y sí, por precaución a enfermedades debían de utilizarse los preservativos, pero en ese momento solo quería sentirlo, un hombre como él, no podía traer nada malo.

Y me penetró poniendo sus brazos por encima de mi cabeza, sin dejar de darme esos besos y regalarme esas miradas que daban a entender lo bien que se sentía junto a mí.

Lo agarré por la espalda y entrelacé mis piernas a sus caderas, lo hicimos mirándonos a la cara, sonrientes, jadeantes y disfrutando de esa primera vez que se sucedía entre nosotros.

Me hizo gracia porque al terminar me echó aire en la cara, me ruborizaba por completo, se quedó un poco abrazado a mí y luego nos fuimos a la ducha.

Salimos a tomar un helado en su coche, dirigiéndonos al centro de la ciudad, donde tras comerlo, paseamos de la mano como una pareja de toda la vida y es que la sensación que estaba teniendo a su lado era lo más parecida a la felicidad.

Pero la suerte no siempre está de nuestro lado y no pudimos toparnos con otras personas que con mis padres que no dudaron en plantarse ante nosotros.

—Por este hombre has roto un matrimonio —dijo mi padre apretando los dientes y con una cara

de enfado que no podía con ella.

Javier supo del tirón que eran mis padres y me hizo un gesto en la mano.

—Con permiso, este hombre al que señala es el que está haciendo el papel que ustedes como padres deberían de haber hecho y esta chica a la que le han roto en mil pedazos y que a ustedes solo os importa el qué dirán, está donde tiene que estar.

—Ella donde debería de estar es con su marido —dijo mi madre, levantando el dedo y con gesto de muchísimo enfado.

—Si pensáis así, me alegro de que no esté ni a vuestro lado, se lo digo desde el respeto que les puedo tener solo por haberle dado la vida, por lo demás, me es triste ver como dos personas toleran que a su hija la humillen, le peguen y la traten como una cualquiera. Me parece lamentable que existan estos tipos de comportamientos y más con la persona a la que más deberían de proteger. Ahora si nos disculpan, me la llevo a ser feliz, cosa que creo que hasta ahora no conoció el sentido de esa palabra.

Tiró de mí y los dejó con la palabra en la boca. En ese momento sentí rabia, dolor, tristeza, pero también felicidad de saber que por fin alguien me defendía, que no estaba sola y que ese hombre les había hablado a mis padres como se merecían y con la educación que él tenía.

—Si lloras, me enfado, no se lo merecen.

—Tranquilo —tragué saliva.

—Me parece que tus padres están a falta de una buena lección de valores y que demasiado bien has llevado la vida para no plantar cara y poner a cada uno en su lugar, pero desde luego que, desde ya, no voy a permitir que te dejes vencer por el corazón, ese que a veces no es justo y contigo no lo está siendo.

—Mis padres, aunque me duela decirlo, son unos egoístas, unos insensatos.

—Unos padres que aprueban la violencia de género, no se merecen más que el desprecio.

—Ya...

Y tenía toda la razón del mundo, pero me dolía porque eran mis padres, aunque no podía permitir que su forma de pensar estuviera por encima del bien y el mal y más, cuando eso me ponía en peligro a mí.

Yo no era madre, pero sabía que el día que lo fuera no iba a permitir que a mis hijos le rozara ni el aire, ni mucho menos, antes me cargaba a quién fuera.

Entramos a un supermercado y cogió un carrito para coger cosas para la casa.

—¿Qué te apetece llevar para tener allí?

—Me da igual, lo que haya, yo soy feliz con un trozo de pan —reí—. Por cierto, la compra la pago yo.

—En carne, esta noche te lo cobro —me dio un apretón en la nalga.

—Te estás pasando, cogiendo cosas —no paraba de meter de todo, helados, chocolatinas, comida también, pero estaba llenando todo y encima compró una paletilla de jamón, decía que era para los desayunos.

—A mi princesa, que no le falte de nada.

—Bueno, eres un exagerado —volteé los ojos.

Salimos de allí y nos fuimos hacia la casa, sin exagerar, diez bolsas de compras hasta la bola, se le había ido la pinza por completo.

Colocamos todo y luego nos fuimos a poner cómodos, eso sí, volvimos a caer en la tentación y terminamos haciéndolo en su habitación, me ponía de cero a diez en menos de unos segundos.

Bajamos para ponernos a preparar la cena, una ensalada de langostinos y unos canapés de salmón ahumado con roquefort.

Javier no dejaba de bromear conmigo, de hacerme gestos, tocarme, abrazarme, mordisquearme... Me encantaba esa forma que tenía de sacarme aquellas maravillosas sonrisas en esos momentos que más lo necesitaba.

Durante la cena me decía las ganas que tenía de que llegara el fin de semana para irnos a la casa de la playa, la verdad es que, a mí, me encantaba aquel lugar.

Nos acostamos temprano, de nuevo esos juegos se sucedieron entre nosotros y terminamos dando rienda suelta a esa pasión que cada día nos unía mucho más.

Dormir entre sus brazos era la calma que necesitaba mi corazón y a pesar de sentirme un poco perdida sin un techo propio, estaba saboreando los placeres de la felicidad, esa que me estaba trayendo Javier a mi vida.



## Capítulo 13



—Buenos días, letrado —me pegué a él y lo abracé con fuerzas.

—Buenos días, preciosa. Hoy te vienes conmigo, hacemos lo del banco y luego vas a pasar la mañana conmigo.

—¿En tu trabajo?

—Ajá.

—No, no tú trabaja tranquilo, yo me doy una vueltecita o me vengo para acá.

—Una vueltecita te voy a dar yo —mordisqueó mi labio.

Nos levantamos después de unos besos de esos que te dan fuerzas para todo el día y nos vestimos antes de tomar un primer café en la cocina.

Me encantaba verlo tan guapo, con ese traje de chaqueta que le quedaba que ni pintado, ese reloj que resaltaba en su muñeca, tenía una elegancia y porte que eran admirables ¡Estaba de lo más guapo y sexy!

Fuimos hasta el aparcamiento de su despacho, dejó el coche y nos fuimos a desayunar a una terraza, en ese momento le sonó un email y en el...

—Aprobada las medidas cautelares de que no puede acercarse y de que además no puede tocar el dinero que tiene en su cuenta, ya que pertenece a gananciales.

—Pero yo me llevé la mitad de la que teníamos en común.

—Tú lo has dicho, le dejaste su parte, pero la que tiene él solo, no puede llevarse más que su parte, es a medias, aunque tú no estés contemplada en esa cuenta, en un matrimonio ganancial no se mira quién ganó más o menos, los beneficios son de los dos.

—No quiero líos, quiero la mitad de la casa y ya.

—Vas a tener lo que te pertenece, porque así lo pactasteis al casaros y porque así es lo legal.

—Ese me va a hacer la vida imposible siempre.

—Qué se atreva a intentarlo.

—Bueno, yo estoy en tus manos en el tema legal.

—¿Solo en el tema legal? —dijo con su media sonrisa, sujetando su taza de café.

—Sabes que como quieras, ya me tienes a tus pies —dije riendo.

—Yo con tenerte a mi lado, no necesito más —acarició mi mejilla.

Javier me daba una paz que hasta me daba miedo que se enturbiara en cualquier momento, sí, siempre vivía con miedo y es que era una sensación muy difícil de quitar.

Se pasó todo el tiempo tranquilizándome, luego me quiso acompañar al banco y le dije que no, que, por favor, ya que tenía las medidas cautelares quería comenzar a intentar vivir sin miedo y lo entendió.

Me dio un abrazo en la puerta de su despacho y quedé en que más tarde pasaría por allí, así que me fui al banco, recogí mi tarjeta y luego me pasé por la tienda de Daniela, tenía ganas de verla.

Al verme por el escaparate salió inmediatamente.

—¿Pero por qué esperas siempre a que te dé permiso para entrar? —dijo, dándome una colleja.

—No me gusta molestar —reí —¿Un café?

—Por supuesto, me tienes que poner al día.

—Ya tengo las medidas cautelares, entre ellas, la orden de alejamiento.

—No sabes cuánto me alegro —nos sentamos en la terraza que había justo al lado de su comercio.

—Javier se está portando genial.

—Se te nota en el brillo de los ojos y es lo mejor que te pudo pasar en la vida.

—Me da cosa, pues creo que estoy enamorándome como una niña pequeña, me da miedo llevarme otro palo.

—Deja de vivir con miedos y disfruta, lo que tenga que pasar, pasará. Ahora llénate de esos momentos que estás viviendo ahora mismo con la persona correcta. Y cuéntame ¿Cómo es en la cama?

—Joder, hija, vaya pregunta —me reí.

—No me seas más monja, larga —hizo un gesto con su mano para que hablara.

—Te cagas, folla que te cagas —dije, poniéndome la mano en la boca y soltando una carcajada.

—Joder hija, me pones los dientes largos.

—Es un caballero, pero de lo más sensual, además muy generoso...

—Vale, ahora sí que quiero detalles.

—No, no, detalles no, pero del uno al diez le doy un cien —volví a reír.

—Entonces ese hombre es el que tiene que estar en tu vida —rio —¿Has conocido a su hermano?

—No, aún no.

—Si está bueno, le pasas mi número.

—¡No me jodas! Lo que me faltaba de concuñada.

—Oye, que no podrías tener a otra mejor.

—Tienes razón, pero de todas formas no sé, lo mismo en unos días se aburre de mí.

—O te pide que te quedes en su vida para siempre.

—Bueno, me deja caer cosas así, pero estoy con una coraza tan grande, que casi no me lo quiero creer.

—Pues debes de quitarte esa coraza, no todos los hombres son tan bichos como tu ex.

Y tenía razón, pero, ¿cómo se hacía eso cuando has vivido una relación que te robó las energías, la vida y todo lo bueno que tiene una persona?

Me despedí de ella un rato después y me fui paseando hasta el despacho de Javier, pero antes de llegar me paré ante una joyería que vi en el escaparate una pulsera de cuero con un enganche a

modo de nudo marinero de acero inoxidable, era de una marca reconocida, la vi muy bonita para Javier, pregunté el precio.

—Son setenta y nueve euros.

—Me la llevo.

—¿Para regalo?

—Sí, por favor.

Los ojos se me fueron hacia un reloj de lo más elegante y del estilo que Javier usaba, lo vi perfecto para él, pregunté el precio y salía cuatrocientos treinta y cuatro euros, pero él se lo merecía, me estaba llevando un proceso que de los cinco mil euros no hubiera bajado como poco, así que ni lo dudé, él se merecía todo eso y mucho más.

Salí con las bolsitas de los regalos, feliz, me dirigí al despacho de Javier y su secretaria lo avisó y este le dijo que me hiciera pasar.

Llamé a la puerta y un “adelante” me hizo abrir, su sonrisa al verme era lo que más feliz me hacía.

—Hombre, mi niña se fue de compras.

—Bueno, es un regalo para ti —sonreí, poniéndolo en su mesa.

—No debías...

—Ni rechistes —le advertí, señalándolo con el dedo.

Los abrió y me miró con una sonrisa, pero a la vez con cara de riña.

—No tenías que haberte gastado tanto dinero, pero me encanta —se colocó la pulsera y se cambió de reloj para estrenar el mío.

—No es nada, una propina comparado con todo lo que estás haciendo por mí.

—Lo hago porque quiero, porque te lo mereces y porque me estás llenando de vida —me hizo un gesto para que fuera hasta él y me abrazó, sentándome en su falda.

—¿Sabes?

—Dime...

—Quiero que te vengas a vivir conmigo definitivamente, no me hace falta más tiempo para saber que eres todo aquello que siempre esperé tener en una mujer —acariciaba mis pantorrillas.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Te lo juro por mi vida que es lo que más deseo en este mundo en estos momentos.

—Me muero —me abracé a él, con todas mis fuerzas y es que yo quería estar a su lado, me sentía tan bien que disfrutaba muchísimo.

Cogió el teléfono, llamó a su hermano que estaba en su despacho y no tardó en llamar a la puerta, yo me levanté corriendo.

Y me lo presentó.

—Así que tú eres la mujer que está haciendo feliz a mi hermano ¡Quién nos lo iba a decir! —me agarró por los hombros con cariño y me dio dos besos.

—Gracias —sonreí.

—Me alegro de que hayan dado ya las medidas cautelares, tu ex por lo que he comprobado es el mismísimo demonio, no solo un mal compañero, sino una mala persona.

—Ya...

—Bueno, bienvenida a nuestra familia.

—Gracias —me ruboricé.

Se marchó a trabajar, pero me dejó una sonrisa, se le veía tan buena persona como Javier y la verdad es que eran los dos de admirar.

—Ahora iremos a comer a casa de mis padres, les he dicho que les iba a llevar una sorpresa.

—Me muero —me puse las manos en la boca.

—Tengo muy buen rollo con ellos y conocen tu historia, no te preocupes por nada.

—Me da mucha vergüenza.

—Pues que no te dé.

—Voy a dar una vuelta y hago tiempo hasta que salgas.

—No, nos vamos ya, ya lo dejé todo listo.

—Perfecto —sonreí mientras él me abrazaba y salimos de allí.

## Capítulo 14



Me ponía muy nerviosa eso de ir a conocer a sus padres, pero, en el fondo, me hacía mucha ilusión pues era señal de que Javier me daba importancia.

Llegamos y dejó el coche en el jardín en la zona de aparcamiento, sus padres no tardaron en salir, me sorprendió lo elegantes y guapos que eran, me recibieron con mucho cariño.

—Mi mamá Nuria y mi papá Jacobo.

—Encantada, soy Judith.

—Eres preciosa, hija —dijo su madre, que tras dos besos frotaba mi hombro.

—Usted también lo es.

—No me hables de usted, hija —hizo un gesto bromista.

—Vale —sonreí.

Tenían una casa espectacular, me la enseñaron y quedé flipando, ya sabía de dónde venía el buen gusto que tenía Javier.

Sus padres estaban jubilados, él fue un gran abogado de renombre y ella odontóloga, se les veía un matrimonio de lo más feliz y compenetrado.

Nos sentamos en una terraza de cristal en el jardín, era preciosa, además con el aire acondicionado se estaba de lo más fresquito.

—Entonces tenemos una nueva alegría en la familia —dijo el padre, descorchando una botella de vino blanco.

—Eso es, cariño y más bonita, imposible —contestó su madre, acariciando mi barbilla—. Y encima profesora, señal que es una persona de corazón pues hay que tenerlo para trabajar con los niños.

—Gracias —murmuré sonrojada.

La madre se puso a servir el arroz de la paellera que había hecho, además de pescado frito, la verdad es que habían preparado una mesa de esas que llaman por la vista.

Javier les enseñó sus muñecas para que vieran los regalos que yo le había hecho esa mañana.

—Tienes muy buen gusto —dijo el padre—. Esa pulsera me encanta y el reloj también, aunque yo soy de otro estilo, pero la pulsera tiene un punto que me gusta, me gusta —decía mirándola, afirmando y lo primero que se me pasó por la cabeza es que iría a comprarle una y se la regalaría, por supuesto.

—Gracias —sonreí.

—Hija —dijo su madre mirándome a modo de riña—, deja de dar las gracias por todo —rio.

—Mamá, si hasta cuando le doy un beso me da las gracias —bromeó Javier.

—No —reí negando.

—Este hombre es muy exagerado —dijo la madre riendo y haciéndome gesto de que ni le hiciera caso.

—Oye, hijo —irrumpió su padre—. Estamos pensando mamá y yo, en irnos la semana que viene a Cuba.

—Joder, eso no se piensa.

—Ya te digo —respondí, muerta de risa.

—¿Nos vamos? —me preguntó Javier, mirándome.

—¿A Cuba? —pregunté incrédula.

—Ojalá os vengáis —dijo la madre aplaudiendo emocionada como una niña pequeña y esperando a que dijéramos que sí.

—No hay más nada que hablar.

—Javier, ¿seguro?

—Por supuesto, esta semana dejo bien replanteado todo y mi hermano me cubre.

—Claro que sí, hijo, él acaba de llegar de un viaje, así que os toca a ustedes —dijo el padre.



—Pues coge el viaje de los cuatro, papá, y luego ajustamos.

—No hay nada que ajustar, hijo, pasadme luego la foto de los pasaportes y cuando lo tenga te digo que día salimos.

—No me lo puedo creer ¡Qué emoción! —dijo la madre y yo sonreía, mirándola y alucinando porque me iba a Cuba, sí, a ese país que tanto leí en los libros de Ariadna Baker y que me encantaba sus historias, me lo pasaba pipa y me emocionaba leyendo sobre aquel país.

Lo primero que me vino a la mente fue Enzo, por si se enteraba y enloquecía. Mi mente, aunque quería, no podía quitar esos miedos por mucha orden de alejamiento que hubiera.

Estuvimos hasta la merienda charlando con sus padres, su mamá y yo habíamos congeniado muy bien y me sentía con ella muy cómoda, eran muy joviales, tuvieron a Javier con veinticinco años, ahora tenían sesenta y cinco, pero no lo aparentaban ni de broma.

Eran guapísimos, elegantes y dos personas de admirar, pues a pesar de los años se les seguían viendo tan enamorados y se respetaban tanto, que aquello era ejemplo de amor y lo demás eran tonterías.

Lo mismo que mis padres, léase con ironía, esos dos tenían todos los días la cara que les llegaba al suelo, no eran felices, vivían para aparentar unión, pero reflejaban frialdad, esa era la verdad muy a mi pesar.

Terminamos merendando unos helados en una heladería cerca de su casa, luego nos despedimos de ellos, prometiendo volver en estos días antes del viaje y nos fuimos para su casa.

—Me han encantado tus padres —dije montándome en el coche.

—Son grandes personas, como tú.

—Mejor que yo, que ellos te dieron la vida —sonreí.

—Y tú me la estás alegrando —apretó mi rodilla con su mano.

Fuimos a casa de Daniela a terminar de llevarnos las cosas, Javier quería verme ya totalmente instalada en su casa, decía que ahí comenzaría nuestra vida en común.

Yo le había puesto al tanto a mi amiga por mensajes, así que cuando nos recibió, ya nos esperaba con unos aperitivos y unas cervezas.

Estuvimos con ella como una hora y ya nos fuimos para el coche a llevar todo, Daniela nos

acompañó y la verdad que estaba de lo más contenta de verme con esa ilusión, esa gran ilusión.

En su casa me puse a colocarlo todo y a invadir espacios, él se cambió y tras una ducha se fue a la cocina a preparar la cena.

Me duché y me puse una camiseta blanca hasta media rodilla, con la palabra “guapa” bien grande y encima era con brillitos, era de dormir, me la regaló Daniela de su tienda y jamás la estrené, ahora me apetecía, ya que así me sentía al lado de Javier, antes me sentía todo lo contrario, tenía la autoestima por los suelos.

—Estás preciosa —dijo, rodeándome con sus brazos y pegándome a él.

—¿En serio nos vamos a Cuba?

—Eso parece —sonrió mordisqueando mis labios.

—Pero yo quiero poner dinero, no es justo...

—Tú lo único que tienes que poner es ilusión y felicidad, esa que te mereces —me dio un buen beso, dando por zanjado el tema.

Había hecho una ensalada de aguacate y gambas, además de unos huevos rellenos de atún y tomate.

Nos sentamos en la cocina a cenar y luego un rato al sofá donde me quedé frita y él, ni corto ni perezoso me cogió en brazos y me subió a la planta de arriba mientras yo sonreía agarrada a su cuello...

## Capítulo 15



El martes me levanté y me fui con él, le dije que quería hacer algunas compras para el viaje, así que desayunamos juntos y luego nos despedimos hasta más tarde que yo pasaría por su despacho.

Me encantaba ese hombre, su forma de mirarme, hablarme, acariciarme, era como un regalo de la vida para hacerme entender que el amor sí podía ser la cosa más bonita que podía experimentar el ser humano.

Fui a la joyería y le compré la pulsera a su padre, ni siquiera se lo iba a decir a Javier, cuando los viera se la daría y, por su puesto, a su madre le compré otra, pero a ella se la cogí de Pandora, media era rígida con el símbolo de infinito y por debajo suelta donde le caían las dos cuerdas de acero que terminaban en bolitas, era muy fina y bonita.

Paseé por la avenida y de repente me topé con la mirada de Enzo, lo más fuerte fue que al percatarse de mi presencia se giró y cogió por otra calle como alma que lleva el diablo, parecía que eso de la orden de alejamiento le había hecho efecto, al menos eso parecía, aunque de un ser así me podía esperar cualquier cosa.

Solté el aire, ya que me había quedado paralizada, hasta me tuve que sentar en una terraza a tomar un refresco porque sentí que hasta la tensión se me había bajado.

Estaba temblando, me sentía de lo más nerviosa, me encendí un cigarrillo y casi comienzo a comerme las uñas, era verlo y echarme a temblar por mucho que se hubiera quitado de en medio.

Me fui calmando poco a poco y me dije a mí misma tropecientas veces que así no, que los miedos fuera y que levantara mi hermoso culo y siguiera de compras, disfrutando de esos días antes del viaje.

Del estrés que había pillado me metí en una tienda, cogí una cesta y comencé a echar ropa de baño y de playa hasta decir basta, vamos que no me quedé con las ganas de nada, eso de quemar tarjeta me tenía que hacer efecto sí o sí, llevaba modelitos para todos los días de estancia en aquel lugar del Caribe.

Estuve paseando toda la mañana y aparecí por el despacho de Javier de tal forma que se echó las manos a la cabeza mientras sonreía negando.

—¿Habrás disfrutado?

—No lo sabes bien —las puse a un lado y me acerqué a darle un beso y no tardó en sentarme en su falda.

—¿Contenta?

—Pues veras...—le conté lo de Enzo —Así que con el disgusto en el cuerpo me metí en la tienda y la lía parda —reí.

—Mañana vamos a ratificar, han acelerado el proceso por la gravedad de las pruebas.

—¿Y si se celebra el juicio cuando estemos de vacaciones?

—No —rio—. No corras tanto.

—Bueno, tú lo tienes controlado.

—Ni lo dudes —me besó.

En esos momentos llamaron a la puerta y me levanté apartándome, la sorpresa fue mayúsculas cuando entraron sus padres, momento que aproveché para darles el regalo.

La cara de Javier fue de total asombro y le hice un guiño, sus padres me dijeron que no me tenía que haber metido en eso, pero les dije que cuando algo sale del corazón, sale.

Nos fuimos a comer con ellos a una terracita frente a un muelle pesquero, era un lugar con mucho encanto, había ido muchas veces con el energúmeno, pero esta vez era diferente, con ellos se veía todo de otro color.

Su mamá era conmigo increíble, parecía una amiga, además tenía una forma de ser tan bonita, que transmitía una buena onda increíble.

—Pues ya casi que tenemos cerrado el viaje y puede que sea el sábado —dijo su padre.

—Genial, yo ya a partir del viernes soy libre —dijo Javier.

—Qué nervios —murmuré en voz alta, causando una sonrisa a todos.

—Yo no veo la hora de estar montada en el vuelo —dijo Nuria, acariciando mi brazo.

Tras la comida nos despedimos y nos marchamos hacia la casa, fue entrar y Javier cogirme en brazos y llevarme al baño donde comenzó a desnudarme.

Nos metimos en la ducha donde sus caricias me llevaron a un orgasmo y seguidamente lo hicimos, me cogió en brazos y me pegó a la pared, me lo hizo de una forma de lo más sensual y es que a mí, me tenía flotando entre sus brazos.

Pasamos la tarde en el sofá y luego cenamos para irnos a dormir pronto, a Javier le gustaba levantarse descansado para irse a trabajar y yo me adaptaba bien, el caso es estar entre sus brazos.

A la mañana siguiente nos fuimos a desayunar cerca del juzgado, ya que luego entramos para que yo ratificara las demandas.

Sentí dolor, tristeza, rabia e impotencia en ese momento, era agolpar todo en mi mente y recordar lo infeliz que había sido por culpa de ese hombre, bueno más que infeliz una puta desgraciada, había que llamar a cada cosa por su nombre

El padre avisó de que nos íbamos el sábado, así que a menos de setenta y dos horas y yo estaba ya de los nervios ese miércoles que lo pasé junto a él. Del juzgado nos fuimos a la casa y ahí nos quedamos todo el día.

Los dos días siguientes me quedé en la casa por la mañana, él se fue a trabajar y yo desayunaba en el jardín más feliz que todas las cosas, estaba a punto de ir a darme el viaje de mi vida y junto a unas personas maravillosas que solo me sacaban sonrisas.

## Capítulo 16



Agarré su mano cuando el avión iba a despegar, sus padres iban justo delante de nosotros también en ventanilla.

Un cosquilleo recorrió mi estómago y es que en ese momento estaba tan feliz con estas vacaciones, que algo me decía que iba a ser un viaje para no olvidar.

Cuba, ni más ni menos, después de leerlo tanto en los libros de Ariadna, ahora lo iba a vivir en primera persona, estaba alucinando, estaba siendo todo tan bonito que en mi vida pensé que algo así me pudiera pasar, es más, me veía aguantando toda la vida a una persona que no me valoraba para nada.

El vuelo lo pasé de lo más nerviosa, tenía tantos sentimientos encontrados y entremezclados con esa sensación de felicidad, que era algo tan extraño y a la vez placentero e inquietante, era una bomba atómica.

La mamá de Javier se sentó conmigo una parte del vuelo y nos pusimos a charlar, me encantaba escucharla, transmitía buen rollo y mucha paz, además, sabía toda mi situación con mis padres y ex, eso la hacía tratarme con especial cariño, lo notaba, percibía el amor que quería transmitirme y es que esa mujer era de lo mejor que había conocido como madre y persona.

Aterrizamos en La Habana a las siete y media de la tarde, hora local, de allí nos llevaron en un taxi al Hotel Nacional de Cuba, uno de lo más emblemáticos y antiguos de la ciudad, era monumento nacional y además en los jardines estaban los cañones que integraron la antigua batería de Santa Clara, y que están declarados Patrimonio de la Humanidad.

Nos dieron las habitaciones contiguas y subimos a dejar las cosas, nos íbamos a ir a cenar a la calle y es que esa sensación que tienes nada más aterrizar en el país, era para vivirla.

Me asomé por la ventana y vi el Malecón ante mí, una sonrisa se me escapó del rostro y Javier me rodeó por la cintura desde atrás poniendo su cabeza en mi hombro.

—¿Qué piensas? —preguntó, sacándome otra sonrisa.

—Qué me debería de haber casado contigo y no con el indeseable —me reí.

—Bueno, eso se puede solucionar, el tiempo a que te den el divorcio.

—Estoy bromeando —reí negando.

—Vaya, me hice ilusiones —hizo un carraspeo.

—Una persona como tú se puede casar con quién quiera.

—¿Hasta contigo?

—Tus padres nos esperan —me giré riendo para irnos.

—Para, quedan diez minutos —me agarró del brazo y me pegó a él —respóndeme a la pregunta. ¿Me podría casar contigo?

—Te podrías casar conmigo... —sonreí y me eché sobre él.

—Eres el caramelo que cualquier hombre desearía tener para siempre.

—No me digas esas cosas que me da mucha vergüenza.

—Pues entonces, te digo que eres la mujer que cualquier hombre lucharía por poseer.

—¿En qué se diferencia? —reí.

—En nada, pero yo sí que me casaría contigo ahora mismo.

—¡Vámonos, por Dios! A ti se te fue la cabeza por completo — reí, dirigiéndome a la puerta.

—No te vas de Cuba sin prometerme que cuando tengas el divorcio te casarás conmigo —se puso a mi altura, que ya estaba saliendo por la puerta y me apretó la nalga.

—¡Acepta, nuera, acepta! —dijo Nuria, dándome un susto y sin esperarla.

—Tu hijo está gracioso hoy.

—Mi hijo está enamorado, te lo digo yo que soy la madre —me acarició el brazo y en ese momento salió Jacobo.

—Listo, ¿nos vamos? —Cerró la puerta.

Salimos del hotel y un taxi nos llevó a todo el centro de la Habana Vieja, precisamente fuimos a

dar a la Plaza de la Catedral. Javier pidió unos mojitos.

—Ahora mismo, cuatro de los mejores mojitos de toda la isla de Cuba —dijo con simpatía el camarero, antes de marcharse.

—Ole ahí el arte cubano —dijo la madre, sonriendo.

El padre se encendió un cigarrillo y nos ofreció, así que aproveché para fumarme uno, mientras disfrutaba del ambiente tan impresionante que se respiraba en esa plaza. Lo que más me sorprendió fue ver en una mesa al otro lado a una santera que echaba las cartas y describía Ariadna en sus historias.

Nos trajeron los mojitos y Javier estaba de lo más gracioso, era como que había salido de su presión laboral y ahora estaba sacando lo mejor de él.

—Cariño, que el niño cuando estaba sacando de la habitación le pidió matrimonio a Judith —dijo la madre en plan bromista y yo por poco me atraganto.

—Pues cuando quieran, ahí estaremos para apoyarlos y darles la bendición —levantó la copa e hizo un guiño, yo quería que la tierra me tragase.

—Gracias, papá —murmuró sonriente Javier mientras me miraba con esa cara de pícaro.

—A mí, ni mirarme que yo aún ni tengo el divorcio —reí.

—Eso es lo de menos, de eso me encargo yo.

—Di que sí, hijo —respondió la madre acariciándome el hombro, al final me sacaba brillo.

—Bueno — levantó la copa Javier —. Brindemos por que todo se suceda.

Mi cara era de incredulidad, la de su mamá era de más feliz que una perdiz y la del padre, de que todo estaba bien. Aquello parecía una comedia americana, el caso es que la protagonista era yo.

Terminamos la copa después de unas charlas y nos fuimos a cenar a un restaurante que tenía una terraza mirando al Malecón.

Javier no dejaba de meterme mano por debajo de la mesa y yo le metía patadas y de todo con disimulo, me estaba poniendo nerviosa, vamos es lo que quería y lo estaba consiguiendo.

—O te estás quieto o te pongo el plato de gorro —solté de lo nerviosa que me tenía y los padres que se estaban dando cuenta de algo, pero no sabían qué, me miraron riéndose.



—Yo no hice nada —se hizo el sueco.

—Pues las manitas arriba de la mesa —le hice un guiño y sus padres se echaron a reír.

—Menos mal, pensé que era a la única que le estaban metiendo mano —soltó su madre, causándonos un ataque de risa brutal.

—¿Lo ves? Nada anormal.

—Javi —le señalé con el cuchillo.

—Vale, vale —levantó las manos en son de que ya paraba.

Los padres no dejaban de reírse, bien es cierto que estábamos todos agotados, ya que el viaje había sido largo y el cambio de horario nos engañaba, en España ya era de madrugada tirando a cerca del amanecer.

Tras la cena nos pedimos una copa a pesar de no poder con nuestros cuerpos, pero un mojito antes de dormir como que oye, nos sentaría genial.

Además, desde ahí veíamos una noche de lo más bonita, el ir y venir de la gente, los cantos que se escuchaban de algún que otro artista callejero... La verdad es que merecía la pena de vivir el momento.

Me tenía que reír sí o sí, porque Javier estaba que se salía.

—Estaba pensando... —dijo mirando con cara de que iba a soltar una muy gorda —que podríamos tener tres hijos.

—Mira —le advertí con el dedo y llorando de la risa —, a mí no me des el rato de noche que nos queda.

—Pues tres es un buen número —dijo el padre, en ese mismo momento la madre y yo de forma sincronizada nos persignamos.

—Yo solo digo que aún ni estoy divorciada y ya están condenando mi vida —me reí.

—Por favor, cuatro mojitos más y cuatro chupitos de ron —le dijo Javier al camarero y yo, por poco me muero.

—Pero si nos caemos de sueño —le dije y se echó a reír.

—Bueno, aguantaremos otra rondita —dijo la madre de nuevo, acariciando mi hombro.

Javier durante la cena se había bebido unas cervezas, en mi vida lo vi beber tanto, pero bueno, estaba de vacaciones, eso sí, parecía que, para él, acababa de empezar la noche.

Nos trajeron la ronda y se nos puso a hablar de la política de este país, del régimen que desde hacía tantísimos años llevaba el país.

Si algo me sorprendió es que un sueldo en Cuba puede estar en torno a los veinte o treinta euros o dólares, increíble, pero cierto.

Un grupo se puso a cantar cerca de nosotros y nada más y nada menos que una canción de Bebo Valdés y Diego el Cigala “Lágrimas negras”

Y Javier con sus padres se pusieron a cantarla, era para verlos, adorables, pero yo estaba alucinando con la que Javier llevaba encima.

La canción era preciosa, yo la había escuchado alguna que otra vez, pero ver a ese grupo y a esos padres cantando con su hijo, en un entorno de nada menos que el Caribe y una isla como Cuba, pues oye, eso tiene su magia.

Cogí el móvil y comencé a grabarlos en video, aquel momento tenía que llevármelo y no solo en el corazón, también en el móvil.

Y la noche se fue volviendo magia, del sueño pasamos a pedir otra ronda y es que estábamos a gusto, se estaba allí de vicio.

Cantamos, reímos, Javier no paraba de brindar por nuestra próxima boda como si ya estuviera dado por hecho, cosa que me tuvo que reír porque no me quedaba otra.

Me lo estaba pasando genial y este viaje no había hecho más que empezar...

Regresamos al hotel en un taxi donde nos reímos lo más grande, el taxista de vernos iba muerto de risa.

Javier le dio una propina buena al taxista y solo le faltó comérselo a besos, la verdad es que se merecían todo, era un pueblo que luchaba con todas sus garras y se veía en sus gentes.

Nos despedimos de los padres en la puerta de la habitación y entré al baño, cuando salí me encontré a Javier durmiendo bocabajo con las manos en cruz, me eché a reír y salí a la terraza a fumarme un cigarrillo antes de acostarme.

Miré hacía el Malecón y la Luna se reflejada en el mar, era una estampa preciosa, me venían las imágenes de esa cena y copas, esos padres e hijo que tenían una relación de lo más bonita y sana.

Envidiaba de forma sana eso, mis padres eran unos dictadores, llenos de prejuicios y una vida de lo menos favorable, vivían para aparentar la felicidad cuando sus caras reflejaban todo lo contrario.

Javier me había aportado tanto en tan poco tiempo, que era increíble lo que estaba sacando de mí, poco a poco, hasta me sentía guapa, deseada, respetada, amada. La verdad es que le debía tanto, que no podría en una sola vida pagárselo.

Yo tenía ese doble sentimiento tan contradictorio: por un lado, estaba siendo feliz y pensando que me merecía por una vez pasar por un estado de paz como este y, por otro, sentía que estaba fallando a todo el mundo y que lo que estaba haciendo era una deslealtad muy grande. Era para volverse loca, y es que la mente humana a veces se encarga de ponerte entre la espada y la pared, a pesar de ser el bien y el mal, pero una persona cuando se acostumbra a algo, por desgracia, termina normalizando las cosas y es lo que me pasó con Enzo.

Terminé el cigarrillo y me sequé las lágrimas que me habían caído mientras pensaba en todo, lágrimas de lo más agri dulces, así las notaba yo.

Me lavé los dientes y manos para no entrar con olor a tabaco en la cama y me acosté a un lado para no moverlo, pero con sus manos abiertas como que se llevaba tres cuartas partes de la cama.

Me dieron ganas de moverlo y abrazarme a él, pero también me daba pena despertarlo de ese sueño tan profundo que tenía.

## Capítulo 17



Escuché la ducha y abrí los ojos, miré la hora y eran apenas las siete de la mañana, pero como me habían advertido, el cambio de horario te hacía despertar muy temprano.

Me fui hacia el baño y la puerta estaba abierta, él, bajo la ducha con ese cuerpazo escultural. Me miró y me hizo un guiño.

—Buenos días, borracho —me senté en la taza del wáter.

—Buenos días, pero no estaba borracho —cerró el grifo y salió —. Estaba contentillo de estar en el Caribe con unas compañías insuperables —se agachó y me dio un beso.

—Hasta tres hijos querías conmigo —volteé los ojos.

—Los quería, los quiero y los querré hasta que los tengamos —me levantó y me pegó a él, que se apoyó en el mueble del lavabo.

—Estás loco.

—Por ti —levantó mi camiseta y me dejó en braga, literalmente.

Y no tardó en bajarme la braguita y tirarla al suelo.

Solté el aire cuando su mano se colocó entre mis piernas e hizo ese contacto.

Me giró, me pego a él y comenzó a tocarme mientras con su otra mano cruzada en mi pecho jugueteaba con mi pezón y con sus labios mordisqueaba mi cuello.

Era su manera de tocarme, poseerme, esa que me hacía dejarme llevar por esa pasión tan fuerte que sentía por ese hombre.

Gemí hasta quedar sin fuerzas y caer hacia adelante en un orgasmo que me hizo temblar por completo, menos mal que me tenía agarrada, de lo contrario, hubiera acabado en el suelo.

Me giró y me puso mirando hacia el espejo, apoyada en el mueble del lavabo, él detrás, mirándome, con esa media sonrisa, levantando mis caderas y penetrándome.

Lo miraba soltando el aire y es que de nuevo el corazón comenzaba a bombear de forma incesante. Me agarré bien al mueble y disfruté de ese momentazo en que él estaba detrás, pero nos mirábamos de frente.

Y es que, con él, había descubierto que el sexo atrapaba, que podía disfrutar sin miedo al mañana, que había algo más ahí que pura sensualidad, había un baile de sentimientos bonitos que se estaban forjando entre nosotros.

Tras ese momentazo se volvió a meter en la ducha y tiró de mí hacia dentro y comenzó a cantarme la canción de “Mi princesa”, mientras me enjabonaba y yo me estremecía, así me sentía a su lado, como una princesita.

Nos vestimos y bajamos a la terraza del hotel a desayunar, sus padres aún no habían dado señales de vida y no queríamos despertarles, además, Javier le había dejado una nota bajo su puerta diciendo que les esperábamos tomando un café.

—Llevo fatal esta humedad y calor, apenas son las ocho de la mañana y ya me noto pegajosa.

—Poco a poco irás acostumbrándote, el clima es muy diferente al que tenemos allí.

—Bueno, prefiero la humedad a volver —reí.

—No tengas miedo a volver, ya nada será como antes —acarició mi mano.

—No es eso, pero queda un juicio al que no tengo ni putas ganas de enfrentarme, por otro lado, aunque los otros días me vio y cogió otra calle, como que tengo miedo a verlo y que se le vaya la olla.

—Escúchame, ese no tiene cojones de ponerte una mano encima, porque lo reviento.

—No quiero que te metas en nada de eso.

—¿No? Pues te recuerdo que soy tu abogado y el hombre que te piensa cuidar toda la vida —hizo un gesto de lo siento, pero es lo que había.

—Bueno, esperemos que se olvide de mí.

—Más le vale —apretó mi mano por encima de la mesa y sonrió.

No tardaron en llegar sus padres mientras tomábamos el primer café y ya pedimos el desayuno completo para todos.

Su mamá al final me hacía un boquete en el hombro y es que no dejaba de acariciármelo, pero a mí me encantaba, esa mujer me transmitía tanto amor y cariño que me abría en canal.

Jacobo no dejaba de buscar a su mujer y nos reímos un montón y es que cada mulata trabajadora del hotel que pasaba por allí, decía que se la iba a llevar a la habitación.

—Pues nada, tú llévatelas a todas que no te creas que me voy a quedar llorando, porque tremendos mulatos y negros hay aquí, a cada cuál mejor y, además, dicen que una vez que pruebas a un hombre de color, ya lo único blanco que te comes es el arroz con leche.

—No podrías meterte en la cama con otro que no fuera yo.

—Ponme a prueba —le respondió Nuria y yo estaba muerta de risa.

—¿Tú también quieres probar a un hombre de color? —me preguntó Javier.

—No, a uno no, por si viene con defecto de fábrica, yo una docena directamente —dije negando y se echaron a reír los tres.

—No serías capaz —me hizo un guiño.

—Como dice mi querida amiga Nuria, ponme a prueba —le devolví el guiño.

—Yo encantada de ser tu amiga, pero tu suegra también —se rio.

—Te voy a decir una cosa mamá, pero que ella no se entere —se refirió a mí y se puso la mano como para que no le leyera los labios, pero vamos habló en alto —. Está loca por casarse conmigo y hoy buscamos el hijo y todo.

—¡Pero Javi! —le dije riendo y con ganas de matarlo.

—Sí, por Dios, quiero un nieto ya, prometo cuidarlo cada vez que queráis.

—¿Lo ves?

—Lo único que veo es que Cuba te cambió por completo ¿Dónde está Javi? —pregunté bromeando.

—Mi hijo es así, solo que el resto del año vive sumergido en su papel de abogado —dijo la madre aguantando la risa y el padre afirmaba.

—¿Y ahora no lo es? —pregunté.

—Ahora va de libre, este niño me tiene su personalidad según la época del año, pero siempre es adorable.

—¿Y tú cómo me prefieres?

—¿¿¿Yo??? Calladito, calladito —reí, provocando una risa en todos.

—Ya no digo más nada —otro guiño de regalo.

—No me creo yo eso... —dijo el padre, anticipándose a lo que yo iba a decir.

—Bueno, ¿y cómo se nos plantea hoy el día?

—Mamá, yo creo que lo mejor es pasarlo tirado en una hamaca con un coctel en la mano y dándonos unos baños en la piscina y a la noche con la fresquita —hizo un entrecomillado con sus dedos —salimos a la calle a cenar y tomar algo.

—Me gusta esa idea —contestó el padre.

—Y a mí —dijimos la madre y yo, a unísono.

Y eso hicimos, tras el desayuno subimos a ponernos los bañadores y bajamos a tirarnos en unas hamacas que pillamos al borde de la piscina y junto a una barra de bar donde nos pedimos cuatro mojitos.

Solo eran las diez de la mañana y ya teníamos una copa en la mano, todo por la sensación que daba ese clima, ya que en España como que lo último que me tomaría allí sería algo con alcohol y aquí sin embargo el cuerpo te lo permitía perfectamente.

Un rato después nos metimos Nuria y yo en la piscina, los hombres se quedaron en la barra tomando otra copa y charlando.

—Me encantas que seas la que está con mi hijo —me abrazó con mucho cariño.

—Y a mí, que tenga una madre como tú.

—Yo también te cuidaré como si fueras mi hija, te queda por aguantarme tela —sonrió acariciando mi mejilla.

—Ojalá, de verdad.

—Estoy segura, mi hijo tiene una luz en sus ojos que parece otro, le has devuelto la sonrisa.

—Y él, a mí —sonreí.

Pasamos todo el día en la piscina, inclusive en la terraza de allí comimos, así que a las ocho de la tarde subimos a cambiarnos y ducharnos para irnos a perdernos por la ciudad.

Nos fuimos directamente a La Bodeguita del Medio, estaba deseando probar ese mojito que decían que era el mejor del mundo y que tanto había leído en las novelas de Ariadna.

Había un grupo cantando y animando el ambiente, me llamó mucho la atención las paredes firmadas en el interior de personas que pasaban por allí y de muchos famosos del mundo.

Sí que estaba rico el mojito, pero los que tomé en el hotel por la mañana y en la Plaza de la Catedral el día anterior también lo estaban, aunque ya se sabe que la fama de esto era algo mítico que atraía a todo el mundo a probarlo.

Luego nos fuimos a cenar a un restaurante donde pedimos una langosta que estaba riquísima. Esa noche se nos veía mucho más cansado y es que entre que nos levantamos temprano, que no habíamos dormido mucho y el viaje, el cuerpo se nos vino abajo y nos fuimos a dormir pronto.



## Capítulo 18



Cinco días llevábamos en La Habana, recorriendo la ciudad y conociendo todos los lugares, cinco días en los que puedo decir que bailé, disfruté y me sentí la mujer más querida del mundo, tanto por sus padres, como por él, que se había convertido en mi príncipe azul...

Esa mañana nos recogió un taxi y nos despedimos del hotel que nos había alojado en esa primera etapa del viaje, ahora nos tocaba irnos al corazón del Caribe, a Cayo Santa María, una joya de las grandes joyas de Cuba.

Paramos un par de veces antes de llegar a aquella maravillosa isla donde nos alojamos en un hotel “todo incluido”, que era una verdadera pasada.

La habitación daba al mar y era grande, nueva, no faltaba detalle y es que me sorprendió gratamente ese lugar tan paradisíaco.

Nos pusimos los bañadores y salimos a la playa a tirarnos a una hamaca, no tardó en aparecer un camarero para tomarnos nota, pedimos dos, ron con cola.

Sus padres se habían echado a dormir una siesta, así que ahí estábamos los dos solos frente a ese bonito mar turquesa y con unas vistas de lo más bonitas.

—¿No te das cuenta de que todo lo hacemos al revés?

—No te entiendo, Javi.

—Nos venimos de luna de miel antes de la boda.

—¡Tonto! —me eché a reír.

—Además, estamos buscando un hijo sin cesar.

—Tomo la píldora —me reí.

—¿Y quién te dice que no te cambié las pastillas en el pastillero?

—Te puedo matar —me reí sabiendo que era imposible y que estaba bromeando, de sobra

conocía yo mis pastillas.

—Por supuesto que estoy bromeando, de ti debe salir cuando quieras dejarlas —se levantó y se sentó detrás de mí en la hamaca, dejándome en medio de sus piernas.

—¿Crees que puedo pensar en eso? —sonreí.

—¿Qué te lo impide?

—Mi vida...

—Tú vida es algo que está recomponiéndose y va en la dirección perfecta ¿No lo crees?

—Tengo miedo... —me sinceré y se levantó. Se colocó frente a mí sentado entre mis piernas.

—No me gusta que vivas con esa sensación, así no puedes vivir, ya te lo he dicho muchas veces y, creo que deberían de irse esos miedos, los miedos lo deben tener las personas que hacen daño, porque créeme que tarde o temprano lo pagaran, pero tú no debes de tener el más mínimo miedo —agarraba mis manos y las acariciaba con su dedo pulgar.

—Lo sé, poco a poco.

—Lo de los hijos rapidito —bromeó, acariciando mi cara y luego dándome un abrazo.

—No me digas esas cosas —dije en tono sensible e intentando reír.

—¿Niño o niña?

—¡Javier! —reí apartándome un poco y mirándolo mientras negaba.

—¿En serio le quieres poner Javier?

—No puedo contigo —me eché a su hombro a reír y aproveché para abrazarme de nuevo y besar mi cuello.

Nos levantamos y fuimos a darnos un baño. Era emocionante pisar esa agua que no estaba fría como en España, entrabas y veías tus pies bajo esas aguas cristalinas y no sentía esa sensación que te da cuando entras allí.

Javier había llevado su copa en la mano hasta el agua, se la quitó y di un trago.

—Estás jodidamente sexy —se pegó a mí agarrándome por las nalgas.

—Tú copa está menos fuerte que la mía ¿Me estás intentando emborrachar?

—Obvio —mordisqueó mi labio.

—Muy gracioso.

—Todo por buscar el hijo.

—A ver —me separé sin soltar su copa ya que esa me entraba de lujo, además el mar era un plato y nos llegaba el agua por las caderas — que digo yo una cosa, que ya está bien con la bromita de los hijos —me reí poniendo cara de enfado.

—No es ninguna broma —se agarró a mis hombros sonriente.

—Pero, ¿cómo le puedes pedir un hijo a alguien que aún apenas conoces?

—¿Crees que no te conozco? —arqueó la ceja.

—Es muy poco tiempo, yo creía conocer a Enzo y mira...

—No me compares con él —se separó y se dio un chapuzón.

La primera vez que le vi el malestar, dolor o lo que quisiera que fuera, pero no le había gustado para nada ese comentario mío.

Volvió y pese a mi asombro comenzó a andar hacia fuera, vamos que ni un gesto, ni una palabra, ni nada por el estilo.

Me salí y él se había sentado en su hamaca con la copa que yo había dejado allí.

—No quise decirte eso, Enzo — la madre que me parió ¡la había liado más!

—Mira, ya —me hizo un gesto con su dedo de que me callara.

—Perdón, joder, es que estoy nerviosa.

—Vale ya —murmuró mirando hacia el agua.

—Pues nada, me callo, pero no es justo que un comentario quizás infortunio nos joda el día y vale que ahora me equivoqué de nombre, pero joder.

—¿Vale ya? —me miró muy enfadado y me tiré en la hamaca un poco incorporada cruzada de brazos y con la cara que me llegaba al suelo.

En Cuba, con éste enfadado y yo cagándome en mi boquita de oro que la había cagado a base de bien.

—¿Te puedo preguntar algo? —dije girando la cabeza para mirarlo.

—Dime —su rostro seguía igual, ni gesticulaba, eso sí, los morros le llegaban por lo menos a Jamaica.

—¿Me vas a seguir llevando el divorcio, aunque no me hables? —aguanté la risa porque no sabía si estaba empeorando las cosas.

—Sí —murmuró sin reírse que era por lo que se lo había preguntado, por intentar sacarle alguna sonrisa, pero nada, estaba muy enfadado por lo que podía ver.

—Los siento, de verás, no quiero verte así, me siento culpable.

—No quiero que te sientas culpable de nada, pero entiende que no estoy para bromas ni me apetece en estos momentos —ni me miraba.

—Pues cuando entiendas que no lo hice con maldad y que pedí perdón de corazón, me buscas.

Cogí mi bolsa con la toalla y el neceser con las cosas y me fui. Ni se levantó ni hizo el más mínimo intento.

Me iba a ir para la habitación, pero me recordó cuando me encerraba cuando Enzo estaba enfadado y no, no lo iba a hacer, más que nada porque con Javier sabía que eso no iba a suceder y no lo había comparado, fue un maldito y desafortunado comentario.

Entré con la bolsa a la piscina y la puse a un lado de la barra acuática, sonaba salsa en ese rincón y me apeteecía tomar algo.

—¿Qué le puedo poner a semejante belleza? —me preguntó el cubano que estaba dentro de la barra.

—Un poco de todo, por favor —murmuré en voz alta y le causó una carcajada.

—Muy bueno, pero te recomiendo comenzar con el mejor mojito de Cuba —me hizo un guiño el muy zalamero.

—Todos tenéis los mejores mojitos del mundo ¿no era el de La Bodeguita del Medio? —pregunté bromeando.

—Eso es para los guiris —se rio.

—Gracias por la parte que me toca —volteé los ojos.

—No, no quise decir eso, era solo una broma, pero eso de La Bodeguita lo decía Hemingway y se corrió la leyenda por todo el mundo, pero el mejor te lo voy a hacer yo ¿Estás sola?

—No, no, vengo con mi pareja y sus padres.

—¿A quién se le ocurre traer a ellos a Cuba?

—Bueno, me trajeron a mí —reí.

—¿Y dónde está tu pareja?

—Aquí y que sean dos Mojitos, por favor —escuché la voz de Javier y vi que se estaba sentando a mi lado.

—Marchando otra para el señor.

Ni media, él miraba a su móvil, tomaba la copa y ni media, el camarero me hacía caras bromeando cuando él no miraba como diciendo que lo notaba enfadado y yo con los gestos le hacía ver que no sabía cuánto.

Se llamaba Samuel y es que lo llevaba en su plaquita en la camiseta, bien es cierto que era un tremendo mulato, de esos que cualquier turista soltera se lo rifaría, pero vamos, que como mi Javier ninguno.

Pero claro, es que ni me atrevía a hablarle porque los morros delataban el estado en el que se encontraba.

Se dio un chapuzón y comenzó a nadar por la piscina momento en el que me habló Samuel.

—Cuando esté él aquí, pídemle dos chupitos de Volcán, eso es mano de santo, lo tendrás riendo en un rato.

—Gracias —reí.

Y eso hice, me puse a mirar la carta de licores y cuando Javier se sentó...

—Dos Volcanes, por favor —le pedí a Samuel.

—Ahora mismo —sonrió.

Le puso uno delante a Javier y otro a mí.

—Salud —Choqué mi vaso contra el suyo que estaba en la barra.

Me miró un segundo y cogió el vaso y se lo tomó de un trago.

Viendo que me seguía ignorando, cogí mis cosas y me tiré en una hamaca....

## Capítulo 19



No sabía el tiempo que había pasado, pero de que me había quedado dormida, me había quedado. Vi que hasta los padres de él estaban en las hamacas contiguas, la cara de Javier seguía siendo la misma.

—Hola —dije incorporándome para sentarme y sonriendo a sus padres.

—Has dormido poco a gusto —dijo Nuria sonriéndome.

—Me he quedado frita, literalmente —murmuré mientras miraba a Javier que tenía la vista en la piscina.

Le pregunté a Nuria si le apetecía meterse en la piscina, me dijo que sí y nos adentramos cogiendo uno de los asientos de la barra donde Samuel me sonrió y le pedí dos mojitos.

—¿Qué le pasa a mi hijo? —me preguntó en voz baja y con cara de que algo intuía, pero por supuesto sin dejar de sonreírme, ella era un amor de mujer.

—Hice un comentario desafortunado y me la juró, no me habla —me morí el labio y puse cara de preocupación.

—Se le pasará, necesitará su tiempo, pero luego se le pasa, te lo digo yo —acaricié mi hombro.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté causándole una carcajada.

—Poco, unas horitas o mañana, pero no le dura mucho.

—Jo, pues eso para mí es mucho.

—Bueno, esperemos que sea poco —me dio un beso en la mejilla y cogió los dos mojitos para ponerme uno en la mano y brindar —Por esta bonita familia que acaba de aumentarse.

—Veremos, que ese tiene la cara con pinta de mandarme a España de una patada.

—No, sí está así es porque le importas mucho, seguro que sea lo que sea se le pasa, ahora necesita su espacio.

—Ya, por eso me vine para acá de la playa, pero apareció.

—Él necesita su espacio, pero a tu lado.

—Vamos, luego dicen que somos las mujeres difíciles de entender.

—Tienes razón —se rió.

Estuvimos por lo menos una hora en la piscina y ya luego nos fuimos todos a ducharnos, por supuesto Javier seguía con su cara de Sargento.

—¿Quién se ducha primero? —pregunté al entrar.

—Me da igual.

—A mí también —me encogí de brazos.

Cogió la ropa y sin contestar se metió en la ducha, pues sí que le había afectado, madre mía la que yo había liado.

Me quité la ropa y me metí en el cuarto de baño directa para la ducha, quizás al verme así un abrazo me caía, no sé, algo, pero joder así sin hablarnos no me gustaba estar.

Siguió duchándose, obviando que estaba frente a él, así que me entristecí más aún y sin pensarlo lo abracé.

Y comenzó a enjabonarme, sin decir nada, sin darme siquiera un beso y yo me dejé llevar a pesar de sentir que seguía en su mundo.

Enjabonó mis pechos mientras los acariciaba, estaba detrás de mí en ese momento que me había girado, pegado a mi espalda y bajando su mano hasta meter sus dedos en mi vagina.

Solté el aire y no sabía si reír, llorar, disfrutar, o ponerme como me estaba poniendo, como una moto y es que comenzó a jugar con mi clítoris y fue que mis piernas comenzaron a temblar con aquel contacto.

No me besó, llegué al orgasmo y siguió duchándose.

—¿No lo vamos a hacer? —pregunté en tono un poco enfadada.

Me giró, puso mis manos en la pared, levantó mis caderas y me penetró.



Así, tal cual, sin hablarme, dirigiéndome como si fuera un Playmobil, yo lo deseaba ese momento, pero no así, pero disfruté, no niego que a pesar de su enfado sabía tratarme bien, esa era una de las diferencias abismales, que él si sabía cómo tocar mi cuerpo.

Terminamos y se salió de la ducha cuando se terminó de enjuagar, se puso una toalla por la cintura y vi cómo se iba a la terraza.

Me duché triste pero esperanzada de que se le pasara pronto. Salí, rodeé una toalla por mi cuerpo y salí a fumarme un cigarrillo junto a él.

—¿Me vas a hablar?

—Deja que se me pase —murmuró sin mirarme, lo hacía hacia el mar apoyado en las rejas del balcón.

—Hoy no tengo ganas de cenar, me acostaré ahora, ve al restaurante donde estarán tus padres —murmuré. No me contestó, me ignoró por completo —¿No me vas a contestar, Javier?

—¿Me tienes que decir donde debo cenar o donde no?

—Tranquilo, lo anoto.

Entré hacia dentro, me junté la crema hidratante, me puse las bragas, una camiseta, cogí un cojín y una sábana del armario y me tiré en el sofá.

—¿Vas a dormir aquí? —buena pregunta, a huevo me lo había puesto.

—¿Me tienes que decir tú donde debo o no dormir? — se la devolví por completo.

—Entendido —dijo marchando a cambiarse y bajo mi asombro se tiró en la cama.

Eran apenas las nueve de la noche y ya estábamos cada uno en un lado para dormir, impresionante, en Cuba y de esta guisa...

## Capítulo 20



Abrí los ojos y me eché hacia el lado del sofá, no sabía ni a la hora que me había quedado dormida, pero creo que fue rápido.

Me asusté al mirar al suelo y ver a Javier, no me lo esperaba, había puesto el colchón pegado al sofá para dormir a mi lado, vamos ni que la cama estuviera a cincuenta metros.

Le sonreí cuando me miró, pero cuál fue mi asombro que esos morros seguían intactos en él, ni siquiera contestó a mis buenos días, solo un gesto con la cabeza.

—Si vas a seguir enfadado, me lo dices, recojo las cosas y me pago una habitación, no pienso estar con este mal rollo ni un día más —dije, pasando con cuidado por encima de él, para ir al baño.

Ni me contestó, me quedé de piedra ¿Tanto le había dolido? ¿No entendía que era una forma de relatar lo que sentía y no que le estuviera señalando con el dedo?

Me puse un bañador blanco, un Kafta por encima de hilo blanco cortito y caído de un hombro, cogí el neceser con mi tabaco y salí por la puerta.

Sí, me daba pena porque había sido muy bueno conmigo, pero joder que yo no me merecía ese enfado, que no iba a volver a tragar por donde lo hice una vez, que sí, que no era igual y este no me pondría una mano encima, pero tampoco me iba a imponer nada, que cada día me daba más a valer y me quería más a mí misma, ya no quería volver a permitir ser la sumisa que era antes.

Me senté a desayunar en una de las mesas que había frente al mar en la arena de la playa, además sobre un puf grande blanco, se estaba de muerte.

El camarero vino con la cafetera y varios platos con tostadas, frutas, yogurt, huevos, no faltaba detalle.

Le hice una videollamada a mi amiga, allí en España era ya mediodía, me lo cogió de lo más feliz y alucinó cuando le hice una visual con el móvil, de mi alrededor, además, le conté lo sucedido.

—Pues te digo una cosa, ese hombre es muy buena persona y, además, está sacando lo mejor de

ti, pero te digo algo, no dejes que se te ponga por encima, ahora ponte tú con dos pares y que termine meneando la colita porque si le lames el culo al principio, te tendrá a sus pies hasta el final.

—Pero no me nace ser así —puse cara de puchero.

—Pues aprendes, así que sonrío y dale celos, haz algo, mueve el culo.

—¿Te quieres esperar que me acaban de traer el desayuno?

—No digo ahora, imbécil —nos echamos a reír —, luego, cuando aparezca y siga callado, haz algo que lo haga cantar.

—¿Cantar de cantar una canción?

—Madre mía, sabía que tenías el pavo, pero no creí que hasta ese grado —volteó los ojos.

—Ahhh, que lo haga hablar.

—Eso es, aunque sea reventando.

—Pues nada, tengo el gancho perfecto, el camarero de la piscina, Samuel —me reí con las manos en la boca como una niña de cinco años.

—¿Está bueno?

—Sus padres hicieron una obra de arte —solté una carcajada, pero yo no podría hacerle eso de darle celos, es muy buena persona y le debo mucho.

—Calla, niña, que solo será un poquito. Le pides una copa, ríes y te tiras un selfi con él.

—Me parece una falta de respeto, ni loca hago eso.

—Para ti es una falta de respeto hasta tirarte un pedo al lado de un perro, venga ya, por Dios, haz que ese hombre hable y si dando vueltas no lo consigues, pues a darle celillos con Samuelillo.

—Estás loca.

—Pero vivo feliz y es lo que quiero que hagas, que tirarte una foto con alguien no es faltar el respeto.

—Bueno, ya veré —mordisqueé la tostada.

—Vaya cara de asco se te quedó.

—Joder, me vino a la mente la escena de anoche en la ducha, me folló sin besos, pero joder, hasta así lo hace bien — a mi amiga le entró un ataque de risa y a mí, otro.

—Pues eso es lo que vale, menos besos y más sexo, pero ya sabes, que cante —se señaló a la lengua y le hice un gesto al ver que por el lado venía Javier.

—Bueno preciosa, ya hablamos —me hizo un guiño porque me había entendido.

—Claro, hablamos —dije, apagando el móvil y mirando a Javier que se sentaba a mi lado.

Lo miré y vi cómo se servía un café, de nuevo ese puto silencio que me estaba poniendo de lo más tensa.

—Te voy a decir algo, Javier, si no me vas a hablar, deja de perseguirme, no es agradable estar aguantando esa cara que llevas.

Me miró serio y no me contestó.

Siempre se dice que un silencio es la mejor respuesta, así que me di por contestada y es que entendí, que no me iba a hacer caso.

Le agarré la barbilla y lo hice que me mirara a los ojos.

—¿Quieres dejar ya de estar con esa cara que no te pega nada?

—Es la que tengo.

—Obvio, pero podrías gesticular un poco. ¿Me das un beso?

Se acercó y me besó, pero sin quitar esa cara, me tuve que reír.

Me levanté del puf y me agaché, apoyándome en sus piernas.

—Quiero un mundo contigo, quiero esos tres hijos, quiero verte sonreír, pero entiende que no fue fácil mi vida y que a veces me llegan temores. No dudo de ti, sé que no eres igual que ese bicho, ni lo más parecido, me expliqué mal, pero no era como lo entendiste o percibiste. Solo quiero que sepas que me duele estar así contigo y creo que estamos perdiendo el tiempo en disfrutar de estos momentos que luego echaremos de menos.

—Ya, pero a ver, no es como lo entendí o percibí, es que eso es generalizar y más en el contexto que lo dijiste, soltaste como que no te podía fiar de mí porque mira lo que te pasó con el otro.

—Que sí, que tienes razón, pero tampoco es una razón de peso para ponerte como un niño de diez años.

—Pues mira, que me digas eso me gusta.

—¿Ironía?

—En absoluto, un niño de diez años al menos es más inocente, no puede actuar con la maldad de un adulto, excepto en algunos casos, pero son los menos.

—¿Mejor?

—Te amo —en ese momento me miró fijamente y se notó que pasaba del enfado al dolor —. Jamás, bajo ningún concepto, pase lo que pase, no pienses que yo podría hacerte daño.

—Me has follado sin beso y eso... —me di dos puñetazos, pero sin apretar en el corazón.

—Te hice el amor, porque follar es hacerlo con cualquiera y tú para mí eres eso que quiero para crear mi familia.

—¿Cuándo nos casamos? —pregunté, bromeando para sacarle una carcajada.

—Cuando quieras, en cuanto tengas el divorcio, tú decides —carraspeó y acarició mi mejilla.

—Pues ahora vas a desayunar conmigo encima —me tiré de lado sobre sus piernas.

—Será el mejor desayuno de mi vida... —me besó la mejilla.

—Es broma, que así es muy incómodo, solo quería ese beso, aunque fuese en la mejilla.

Me rodeó con sus manos y me dio un beso en los labios, uno largo, tierno, lleno de corazones que se dibujaron por fin en su sonrisa, besos que esperaba con tantas ansias.

—Pues te iba a dar celos con el de la barra acuática —le dije, sentándome en mi puf y cogiendo mi taza de café.

—Yo también te podría dar celos con la mulata del bar de delante de recepción...

—Ya le echaste el ojo —abrí la boca porque yo la vi y era impresionante, todo sea dicho.

—Solo te digo que hacer daño es fácil, ser fiel a los valores es lo difícil y yo moriré teniendo los míos intactos.

—¿Me estás llamando mala persona?

—No, solo te estoy diciendo que no hagas, lo que no te gustaría que te hicieran.

—Ya lo sé, pero yo solo iba a tirarme una foto con él.

—Eso no me da celos.

—¿Ah no? ¿Entonces me puedo llevar una de recuerdo con Samuel?

—Os la haré yo —me hizo un guiño.

—Verás que al final vas a ser buena persona y todo —bromeé y lo primero que pensé es que, por Dios, no se lo tomara a mal.

—Judith... —Me advirtió con el dedo.

—¿Qué? —Volteé los ojos.

—No me busques... —se rio.

—Con esa risa me gusta que te tomes las cosas, no diría nada que supiera que te puede hacer daño, no soy así, además, me puedo indignar ahora por lo mal pensado que fuiste y yo no me lo merecía —le hice una mueca.

—¿Ves el mar?

—Obvio, delante de mí.

—Vas a tragar agua.

—Bueno, pues no voy a bañarme, siempre me quedará mi amigo Samuel, poniéndome copas en la piscina.

—Allí como bien dices, es una piscina, también puedes tragar agua —sonreía.

—¿Y no es mejor que trague ron?

—Es mejor que comas y calles que te la estás buscando muy temprano —rio.

—Está bien, señor letrado —le hice un guiño.

—En el fondo tengo que reconocer, que me encanta tu jodido sentido del humor y lo fuerte que te vas haciendo.

—Me acabas de derretir —suspiré.

—No me vuelvas a comparar el sol con los relámpagos —mordisqueó mí labio.

Y tenía razón, como se dice, las comparaciones son odiosas y no procedía aquel comentario, pero bueno, ya estaba todo arreglado y como en toda relación de dos, no siempre todo tiene que ser de color de rosas.

## Capítulo 21



Nos fuimos para la piscina donde de nuevo estaba tras de la barra Samuel.

—Hola —sonreí y Javier también.

—Hola, amigos, hoy traéis mejor cara, sí señor, eso lo podéis celebrar con dos de los mejores mojitos del mundo.

—Marchando —respondió Javier.

Mientras lo ponían aparecieron sus padres, habían desayunado en el buffet del hotel.

Nuria se me acercó y acarició mi hombro mientras besaba mi mejilla.

—¿De buen humor ya? —preguntó en voz baja en mi oído.

—Sí, le costó, pero sí —sonreí.

—Genial, necesitaba su tiempo.

Se pidieron dos mojitos también y nos pusimos a charlar mientras tomábamos ese coctel disfrutando del agua.

Me sentía en ese momento bien de ver las miradas y gestos de complicidad que se volvían a suceder entre Javier y yo.

Sentía cosquilleos por el estómago cuando su mano me hacía una caricia o me regalaba uno de esos tiernos besos.

Estuvimos en la piscina hasta la hora de la comida en la que nos fuimos a la playa, a comer a la barbacoa, ya que había un restaurante del resort de especialidades a la brasa.

Esa tarde la pasamos entera con los padres en la playa, es más, hasta cenamos allí y no fue hasta cerca de las doce de la noche que nos fuimos a la habitación directos a ducharnos, y ni tiempo me dio llegar al baño cuando ya estaba desnuda por el pasillo.



—¿Ahora sí me besas? —sonreí, arqueando la ceja.

—Ahora sí te beso ¿Algún problema?

—Ninguno —me eché en su hombro, ya que me había cogido en brazos e íbamos directos a meternos bajo el grifo.

Y lo hicimos como dos personas que se desean hasta la saciedad, como dos personas que comienzan a vivir una historia de amor que va sin frenos, como dos personas que saben que esto no hizo más que empezar.

Los tres siguientes días fueron de lo más bonito y relajantes, playa, piscina, comer, tomar copas y escaparnos a la habitación en infinidad de ocasiones para dar rienda suelta a eso que ardía entre nosotros.

Y llegó el día de regreso donde me daba mucha tristeza salir de ese mundo que había sido tan especial, un viaje que no solo marcó mi amor por ese rincón del Caribe, sino una alianza de amor que se forjó entre nosotros y en la que sabíamos que volvíamos para estar juntos y con la ilusión de formar una vida en común.

Llegar a su casa lo hice con fuerzas, a pesar de esos miedos que existían en mi cabeza, esos que, poco a poco, iban desapareciendo, pero la sombra de todo lo vivido estaba ahí, las cicatrices de los golpes no solo en la piel, sino en el alma, a lo que había que añadir el dolor de saber que mis padres me habían dado la espalda. Aquello era otra cosa que me dolía hasta la saciedad.

Llegamos antes de comer, así que compramos comida en un asador y nos quitamos de problema, veníamos agotados del vuelo que, aunque había sido nocturno y casi todo el tiempo lo pasamos durmiendo, regresábamos con el cuerpo por los suelos. Ahora tocaba coger fuerzas, era sábado y el lunes se incorporaba Javier al trabajo.

Esa tarde la pasamos revoleados en el sofá, viendo fotos y videos del viaje, momentos de esos que los veías y te sacaban mil sonrisas.

El domingo a media mañana, él salió a comprar el pan y recoger de casa de su madre una tortilla grande rellena que nos había hecho. Yo me quedé en la casa, me preparé un refresco y salí al jardín, momento que aproveché para hacer una videollamada a Daniela.

—Hola, petarda mía —me dijo nada más verme, pero en la cara le vi algo que no me gustó nada.

—Hola, mi niña, ¿Todo bien?

—Sí, ¿y ustedes?

—Genial, ahora salió a recoger a casa de la madre comida y yo estoy aquí reponiéndome de la buena vida que me pegué.

—Me alegro mucho, pero ahora que no está, necesito hablar contigo.

—Te he notado algo, dime.

—¿Tú confías en mí, plenamente?

—Por supuesto, ¿lo has dudado en algún momento?

—No es eso, pero tengo que decirte algo y no quiero que le comentes nada a Javier, hasta que hablemos mañana.

—¿Pasa algo?

—Quiero hablar contigo, frente a frente, te pido que estés en mi casa mañana a las diez, pero, por favor, no le digas más que quedaste conmigo para desayunar.

—Claro, pero no me gusta tu cara, te veo triste, ¿Mañana no trabajas?

—No, me he cogido el día libre.

—Perfecto.

—No empieces a dar vueltas a la cabeza y menos, que Javier note algo y sospeche.

—Me estás asustando...

—No, de verdad, no te asustes, es algo que quiero contarte y que solo quiero que lo sepas por ahora tú.

—¿Estás embarazada?

—Espérate a mañana —sonrió.

—Me muero, ¿estás embarazada? —pregunté riendo.

—A las diez nos vemos —sonrió, me tiró un beso y colgó la videollamada.

Algo le había pasado y gordo, esa posibilidad como que podía estar, pareja no tenía, pero de vez en cuando terminaba en las sábanas de Raúl, un ex.

Javier llegó y yo disimulé, solo le dije que había quedado en desayunar con Daniela, ya que tenía el día libre.

—Claro que sí, así de paso le das los regalos que le has comprado.

—Se va a volver loca con las figuras y cuadro.

—Seguro que sí —Por cierto, yo tengo una comida con mi hermano y un cliente.

—Pues entonces como con ella, así que, asunto solucionado.

—Podéis veniros aquí, si queréis.

—Ya veremos, pero seguro que nos quedamos por su zona.

—Vale, cuando yo termine te avisaré.

—Más te vale —sonreí.

Estuve todo el día comiéndome el coco, hasta cuando me fui a la cama Javier me preguntó si me pasaba algo, pero sonreí y le dije que solo era la nostalgia del viaje.

—Es el primero de muchos que haremos, quiero recorrer el mundo de tu lado y pronto, conseguiré llevarte de luna de miel, pero de verdad.

Y lo decía de forma que parecía que todos aquellos planes de los que me habló de futuro, los tenía más que claro y, quieras o no, a mí, me enamoraba la vida.

## Capítulo 22



Llegué a casa de mi amiga con una bolsa grande llena de regalos para ella, abrió y su cara estaba pálida.

—No tienes muy buena cara —le dije preocupada, mientras la abrazaba.

—Pasa, te preparo un café.

—Te he traído estos regalos, eso que viene en el tubo es un cuadro que hay que enmarcar a tu gusto, buscas el marco que yo te lo pago.

—Tranquila, gracias, luego lo miramos —lo dejó encima de la mesa del salón.

—Me estás asustando.

—¿Tú confías en mí?

—Joder, es la segunda vez que me lo preguntas en veinticuatro horas.

—Tú sabes que yo no permitiría que nadie te hiciera daño.

—Lo sé, ¿Qué pasa?

—Tengo que enseñarte algo, pero prométeme que lo leerás y no saldrás corriendo.

—Daniela, me estoy sintiendo mal.

—Tú solo prométemelo.

—Te lo prometo.

—Está bien —cogió el móvil y puso un mensaje, en ese momento no me lo podía creer cuando la puerta se abrió y apareció Enzo.

—¿Qué cojones es esto? —pregunté mirando a mi amiga, incrédula.

—No me voy a acercar —levantó un poco las manos con unos folios que llevaba en la mano—. Es más, tranquila, solo te queremos enseñar algo y me iré automáticamente.

—No puedes estar aquí y lo sabes, hay unas medidas cautelares —le dije con rabia y miré a mi amiga, queriéndola matar.

—Sabes que si no supiera que es importante no te haría esto. Enzo vino a buscarme, me lo enseñó todo y le pedí que te lo tenía que enseñar a ti —se acercó a él y cogió los papeles, los puso en mi mano.

—El primer folio —dijo Enzo, mientras yo comprobaba que era una resolución judicial — es de hace un año en el que el juzgado condenó a Javier, obligándolo a pasar una pensión alimenticia al hijo que tiene con Sabrina.

—Sabrina está casada con otro hombre.

—Al que le hizo creer que era su hijo y este aun sabiendo después por el tribunal que no era el padre, siguió a su lado —murmuró y pasé a la segunda página.

—En la segunda página, es una condena de hace cuatro años por maltrato a una expareja suya, fue condenado a no ejercer durante dos, momento en el que el hermano firmaba todos los casos por él. No quiero quitar mi culpa de cómo te traté, la tengo y apechugaré con lo que me caiga, pero él, él tampoco está limpio.

—No me hables de nada, no quiero saber nada —dije pasando la tercera hoja.

—Eso es una condena por saltarse las medidas cautelares y buscar a su expareja y acosarla de nuevo, entró tres meses en prisión, cuando salió fue cuando se fue con Sabrina. Y en la siguiente página, unas prostitutas lo denunciaron por meterles drogas en una orgía que él había contratado.

Me senté en la silla, eran documentos originales, sellados, sentencias en firme...

—¿Tienes algo más que decirme? —pregunté sin mirarlo.

—No, solo he querido por una vez en mi vida protegerte...

—Vete, por favor, quiero estar a solas con ella.

—Vale —cogió los papeles, me miró con una tristeza que no creí y se marchó.

Rompí a llorar sin consuelo, era el varapalo más grande que me había llevado en la vida y al que creí que era el hombre que había debido de encontrar antes...

Y encima llevaba mi caso, había personado a la procuradora y yo había ratificado. ¿Podía ser más desgraciada?

—No llores bonita, creí que lo tenías que saber.

—Sí, joder, pero, ¿no entiendes en el problema que estoy yo ahora?

—Ninguno, lo primero es sacar las cosas de casa de Javier y te regresas aquí, hoy dices que no volverá hasta después de comer, podemos ir ahora.

—¿Y qué pasará cuando descubra que me fui?

—Pues le dejas una nota diciendo que luego lo llamarás y le dices algo que inventemos.

—¿Y el juicio que me tiene que llevar?

—Se le puede pedir traslado con otro abogado.

—Te juro que no quiero ni vivir, no quiero, esto no me puede estar pasando a mí.

—Judith, vamos ya en tu coche a recogerlo todo.

—No sé si es lo correcto.

—¿Vas a esperar a que te vuelva a pasar lo mismo?

—No —dije llorando y levantándome—. Vamos.

Con el corazón roto y sin dejar de llorar, fuimos a casa de Javier a coger las cosas. Me dolía en el alma esa decepción que me había llevado y que no me hubiera contado lo del hijo, ya era para morir de pena mucho más.

Le dejé una nota sobre la mesa diciendo que me había tenido que ir urgente, que luego hablaríamos.

Le pedí el favor a una compañera mía de que me dejara su casa del pueblo en alquiler hasta septiembre, unas semanas, yo no quería estar en la ciudad y menos, decirle a nadie donde estaba.

Por supuesto no la habían alquilado porque la habían acabado de reformar para su hermano que estaba fuera y regresaba en octubre por traslado. No dudó en decirme que recogiera las llaves, a ella la tenía al tanto de todo también, no a la perfección, pero sí que le había contado algo por encima este tiempo y es que Eva, era mi mejor compañera de trabajo, toda una amiga, aunque no la veía como a Daniela.

Dejé a ella en su casa, con Eva había hablado por mensajes, ni siquiera quería que Daniela supiera donde iba a estar, solo le dije que me habían dejado una casa y que quería desconectar por completo.

Sé que le dolió que no le dijera nada, pero en esos momentos no quería ni que ella lo supiera, simplemente eso.

Me aseguré de que nadie me seguía y fui hasta casa de Eva, para que me diera las llaves, la puse al día de todo y me dijo que no me preocupara por nada.

En ese tiempo buscaría una casa de alquiler cerca de la escuela donde daba clases.

La casa estaba a una hora de donde vivíamos, así que hice el camino con el teléfono en silencio, ese que no quería mirar hasta llegar.

Era una casa de campo, aislada, en plena naturaleza, había más, pero separadas unas de otra, además tenía una terraza dónde podías mirar la sierra y perderte en ella.

Había parado a comprar un poco de comida y cosas para el desayuno, me temblaba todo el cuerpo.

Cuando llegué me encendí un cigarrillo antes de entrar y tenía un montón de llamadas y mensajes de Javier, preguntándome que había pasado y porque me había ido, que se estaba volviendo loco, que qué había pasado para que todo de repente cambiara.

Estaba en línea y había visto que lo estaba leyendo, se puso a escribir más rápido, se le veía realmente nervioso.

Me puse a escribirle un mensaje...

**Judith:** *Querido Javier, te doy las gracias por todo lo que hiciste por mí este tiempo, por ese viaje al Caribe, por ese cariño con el que siempre me has tratado. Llegué y tuve una noticia que nada tiene que ver con todo lo que conoces de mi vida, es algo que pensé que estaba enterrado y ahora me di cuenta de que no, me he tenido que ir a buscar respuestas y necesito, ahora más que nunca, hacer esta etapa de mi vida sola. Sé que te pareceré egoísta o mala persona, pero todo tiene una explicación y algún día te la daré. El tema de las demandas quiero que lo paralices todo, lo retomaré cuando tengas fuerzas. Espero que me comprendas y que me des ese espacio que ahora necesito.*

Le mandé ese mensaje lleno de mentiras, no sabía ni que decir, pero lo que estaba claro que no podía hacer, era decirle que sabía qué clase de persona era y que se parecía a Enzo, eso que un día sin decirle contra él, se lo tomó muy a pecho, ahora casi que entendía esa reacción. No tardó

en contestarme.

**Javier:** *El proceso no te lo van a parar, está en manos de fiscalía y con medidas cautelares. No entiendo que pasó y que te llevó a dejar todo eso bonito que pasaba entre nosotros. No comprendo cómo me sacas de tu vida de repente, sin importar los sentimientos que nacieron entre nosotros. Me voy a volver loco, solo te pido que tengamos una conversación cara a cara.*

A la mierda, no sabía que eso no se podía frenar, ahora solo me tocaba la alternativa de buscar un abogado y que le pidiera el traslado de expediente.

**Judith:** *No es el momento, de verdad que no lo es, no me pidas algo que me puede causar más daño del que ya tengo encima, si de verdad me quieres un poquito pónmelo fácil, te lo pido por favor.*

**Javier:** *Creo que estás siendo muy injusta conmigo, creo que se me escapa algo de las manos, pero llegaré hasta el final, me estás llevando a pensar que estás en peligro.*

**Judith:** *¡No joder! No es eso, tengo algo del pasado que es importante para mí y que necesito reencontrar.*

**Javier:** *¿Es otro hombre?*

**Judith:** *Sé muy feliz...*

Le mandé eso y seguidamente lo bloqueé.

Metí todo en la casa, mientras lloraba a mares.

Coloqué la compra, mis cosas y luego me puse a buscar un abogado, conseguí uno de otra ciudad que encima me atendió telefónicamente y me citó a la mañana siguiente.

Daniela me escribía preocupada y yo le contestaba, pero no le quería mantener informada de nada, quería por primera vez ser yo sola quién tomara las decisiones de mi vida, sola...

El día fue duro, me salí varias veces a los escalones de la casa a mirar el infinito, la naturaleza, allí había mucha paz y, sobre todo, me sentía alejada de todos, aunque reconozco que el temor de que supieran donde estaba, me ponía de lo más inquieta.



## Capítulo 23



Esa mañana me levanté muy temprano y salí a fumar un cigarrillo con el que acompañar el café.

Había dormido poco, estaba llena de sentimientos muy feos, maldecía mi suerte y le preguntaba a la vida, ¿qué cojones había hecho yo para merecer tanto dolor?

Me duché y me fui hacia la dirección que tenía del despacho de abogados, iba nerviosita perdida.

La chica me hizo pasar inmediatamente, era un despacho antiguo en unas oficinas, pero se veía que ese señor llevaba grandes casos.

Se llamaba Lorenzo y me recibió con mucho cariño.

Me senté y comencé a contarle todo, pero todo, absolutamente todo, desde que me fui de casa de mi marido hasta que volví de Cuba y me fui de casa del letrado Javier Ochoa, cosa que él conocía a los dos de haberse enfrentado a los casos.

No dejé de contarle ni lo que vi de Javier y que me llevó a irme de su lado de esa manera.

Obvio que yo, a por Javier no iba a ir, solo quería solucionar y disolver mi divorcio y que se celebrara el otro juicio de malos tratos que no tenía vuelta de hoja y que también Lorenzo me dejó claro.

Él preparó el documento para que le pasaran el expediente, estaba claro que lo tenía que autorizar Javier, pero normalmente debía tener una razón de peso para no hacerlo, eso, o como me advirtió Lorenzo, pedirme su minuta y, por supuesto, si lo hacía, yo se la pagaría.

Pasé veinticuatro horas de lo más nerviosa hasta que recibí la llamada de mi nuevo abogado, con la noticia de que le habían ya pasado el expediente y que no había pedido nada, ni se había opuesto, cosa que me sentí más relajada y es que ya estaba desvinculada por completo a él.

Hablaba con Eva y con Daniela a todas horas, ya sabían que tenía nuevo abogado, no di nombre y Daniela no sabía dónde me encontraba, por ahora no se lo quería decir a nadie.

Eva me dijo que me había encontrado un apartamento precioso, nuevo, de una prima suya cerca de la escuela, me mandó las fotos y le dije que sí, que lo quería, a él me iría en septiembre, por

ahora me quedaría aquí las semanas que faltaban para entonces, además, con agosto por delante como que los juzgados estarían de lo más parados.

Los días pasaban lentos, pero pasaban, no tuve noticias de Javier esa primera semana que ya llevaba en la casa, obvio que lo bloqueé, pero tenía infinidad de opciones de llamarme desde otro móvil.

Mi abogado me pedía datos y cosas de vez en cuando y me decía que ya estaba constatado el cambio de letrado y procurador en el juzgado, cosa que tenía que ir a firmar los poderes de este en unos días y que yo temía.

Y fui con Lorenzo una mañana, a Dios gracias que no me encontré a nadie, le firmé los poderes al apoderado y me marché de allí como alma que lleva el Diablo.

No sabía que me pasaba, pero hasta había dejado de confiar en Daniela, no sabía por qué, pero no quería que supiera más que lo justo y es que creo que me estaba volviendo una desconfiada. Algo me decía que la vida se había empecinado en complicarme las cosas y que no acabaría aquí.

Entró agosto y yo era feliz en esa casa pese al dolor de todo, pero allí me sentía libre. Reconozco que no podía quitarme de la cabeza a Javier, y es que me había enamorado hasta las trancas, pero claro, me había enamorado de una mentira, de alguien que no era la persona que creí, de otro monstruo de sentimientos carecidos.

Tenía ganas de comenzar en la ciudad las clases, mi nueva vida en ese alquiler que ya había señalado y firmado el contrato que me enviaron, por ahora sería por un año, luego ya pensaría en comprar algo con la parte de la casa de mi divorcio.

Daniela se fue distanciando, le dolió que yo no quisiera decirle mi paradero, que no le informara de mi proceso judicial ni de lo que había hecho con él, sin embargo, a Eva sí que se lo conté.

En ese mes me leí un montón de libros de los autores de La Tribu, esa en la que Ariadna, mi favorita, era una de ellas.

Apenas salía más que para comprar comida en cantidad y no tener que ir continuamente.

Llegó finales de agosto y con esa fecha, llegó mi cambio a la casa que sería mi hogar a partir de ahora.

Me encantó el apartamento, es verdad que llegué y se me cayó el mundo encima, me había sentido tan libre en ese tiempo en aquella casa, que ahora era como si estuviera vulnerable a este lado, en la ciudad, donde vivían los dos hombres que más dolor me había causado.

El apartamento era nuevo, su prima resulta que heredó una casa antigua y la reformó para hacer

un edificio de dos plantas con cuatro viviendas para alquilar, era nuevo y lo estaba estrenando yo.

Me gustó que fuera todo blanco, paredes, muebles, todo, le daba una luz y una amplitud bastante grande a pesar de solo tener dos cuartos, dos baños, uno estaba en el dormitorio principal y otro en el pasillo, un salón, cocina y una terraza pequeña, pero perfecta para salir a fumar un pitillo con un café.

Faltaba aún una semana para comenzar las clases y comencé a salir a desayunar o comer con Eva, la verdad es que estaba ahí y se notaba muy pendiente a mí, a estas alturas el contacto con Daniela era nulo y me dolía, pero es que me costaba la vida estar como antes. Sé que es de locos, que ella había sido buena conmigo, pero algo no me cuadraba y eso de que hubiera permitido que Enzo se acercara a mí y que se hubiera liado, pues como que me echaba para atrás.

Una mañana iba andado para comprar unos zapatos y me encontré a Nuria, me quedé paralizada, no sabía ni cómo reaccionar, pero ella tomó el control rápido y se acercó a mí, bajo mi asombro me acarició el hombro y luego me dio un abrazo.

—Nuria, lo siento —dije, mientras las lágrimas comenzaron a caer.

—No lo sientas, es mi hijo, sé lo que me contó, pero arriba hay un Dios y a ese le pido que seas feliz.

—Gracias.

—Todo en la vida tiene respuestas, solo hay que saber llegar hasta ellas. En mi casa siempre tendrás las puertas abiertas para lo que necesites.

—No te entiendo —murmuré sin dejar de llorar.

—El tiempo pone todo el mundo en su sitio y yo espero que a ti te pongan donde te quieran bien y mucho.

—Nuria...

—Me tengo que ir, pero tranquila, siempre tendrás un lugar en mi corazón.

—Y tú en el mío —murmuré viendo cómo se marchaba.

Aquello me dejó marcada, era su madre y ante todo lo tenía que defender, pero sin embargo me deseaba lo mejor y, no sé, había algo en sus palabras que me dejaron inquieta, pensativa.

Comenzaron las clases y con ellas comencé a descansar un poco la mente, al menos por las mañanas, donde esos diablillos adorables me ponían la cabeza como un bombo, pero gracias a ellos me evadía de los sentimientos tan contradictorios que tenía.

Me sentía perdida en la vida, sola, esa era la realidad, por mucho que Eva siempre estuviera ahí, yo me sentía como que no encajaba en ningún sitio y que mi vida era un barco a la deriva esperando atracar en algún puerto algún día, un puerto que me diera la paz y tranquilidad que deseaba.

No pedía más, inclusive había renunciado a enamorarme de nuevo, a abrir mi corazón a nadie más, quería estar sola, pero sentirme en paz conmigo misma...

## Capítulo 24



Era una mañana de octubre, esa a la que tanto temía que llegara el día, pero llegó, ya tenía la sentencia de divorcio por parte del juzgado y Enzo, me había abonado la mitad de la casa, yo renuncié al dinero que tenía, sí, solo quería aquello que compramos entre los dos.

Pero ahora tocaba el juicio penal que era esa mañana en la que no había ido a trabajar para acudir a él, por supuesto, me dieron el día de asuntos propios.

Llegué muy nerviosa al juzgado junto a Lorenzo, ya habíamos preparado todos los días anteriores, pero esa mañana me dijo algo que me puso peor.

—Veas lo que veas, pase lo que pase, confía en mí y no pierdas los nervios.

Me daba terror que se liara algo, pasar algún mal trago, mil cosas que me venían a la cabeza.

La jueza comenzó a hablar con las pruebas de malos tratos y él, se declaró culpable de todo, pero ahí no acabó la cosa, mi abogado había añadido una causa que yo desconocía y era falsedad documental y algo más en contra de mi persona que yo no entendí y entonces Lorenzo hizo pasar a mi amiga Daniela, que contó cómo Enzo, le hizo ver unos documentos y le ayudó a que yo los pudiera ver, ella estaba llorando, nerviosa y no era capaz de mirarme a la cara.

Para mi asombro más grande Lorenzo pidió que entrara el siguiente testigo y perjudicado. Casi me caigo al ver entrar a Javier, prácticamente no lo reconocí, estaba delgadísimo, pálido, triste y me miró con un dolor desgarrador ¿Qué hacía mi abogado pidiendo que él estuviera?

Pues muy fácil...

Mi abogado cuando le conté la historia tiró de documentación e información para descubrir lo de esas denuncias que Enzo me hizo ver y que, no eran ciertas, eran todo un montaje para separarme de Javier e intentar conseguir algo, así mismo.

Cuando Enzo se reconoció culpable también casi me caigo al suelo, me agarró a lo justo Daniela, que se había puesto a mi lado.

Comencé a llorar cuando tras hablar Javier, se marchó de allí al escuchar que Enzo reconocía su delito de falsedad.

Ahora entendía a Nuria, eso que me dijo que a todo el mundo la vida lo pone en su lugar, pero yo me había quedado con el culo al aire, sintiéndome la peor persona y descubriendo que la vida me había puesto a un ser maravilloso en el camino y yo me había encargado de tirarlo por los suelos, abandonarlo como a un perro y, lo peor de todo, es que mi amiga, sin maldad y queriendo hacerme un bien, había contribuido a terminar de joderme la vida.

Escuché a la jueza como mandaba a Enzo a prisión mientras resolvían la sentencia, pero se le imputaban delitos de malos tratos continuados, falsedad, saltarse las medidas de alejamiento y no sé qué más.

Salí de allí sin despedirme de Daniela y darle las gracias por testificar, pero es que no me nacía, en ese momento quería romper con todo ese pasado que tanto me había marcado y con ella, por muy egoísta que fuera, no la quería ni ver en pintura.

Volví a marearme, así que Eva cuando salió de la escuela vino a mi casa, al verme en ese estado me llevó al hospital, allí me confirmaron algo que no quería ver y que echaba la culpa al calor por ese retraso de regla, pero no, estaba embarazada de aquel viaje a Cuba donde más de un día se me pasó tomar la pastilla y aun sabiéndolo Javier, jugamos con fuego.

¿Y ahora qué? Es lo primero que me pregunté en voz alta.

—Vas a tener que hablar con él.

—Con lo que lo he jodido ¿Con qué cara me presento para decirle que estoy esperando un hijo de él?

—Con la que tienes, pero él tiene derecho a saberlo, luego que haga lo que quiera, pero tiene derecho, es su padre, una buena persona que te ayudó. Fuiste tú la que te creíste lo que te había preparado a maldad Enzo, pero Javier no era esa mala persona, sufrió con tu ida y no tienes derecho de encima decidir si debe saber o no que va a ser padre.

—Tienes razón...

Y la tenía ¿Quién era yo para encima de todo ocultarle algo que le pertenecía? Me quería morir, aquello había sido algo más añadido y que no me esperaba, ahora sí que me sentía sucia y deleznable, ahora me merecía que me hiciera el vacío que le hice yo a él, que lo juzgué sin haberle dado la oportunidad de defenderse.

Necesitaba tiempo, asimilar tanto que no podía ser de un momento a otro. Eva tenía totalmente razón, me había dicho claramente la verdad, a esa que ahora me tocaba a mí enfrentarme.

Los siguientes días me los intenté tomar con calma, quería pensar, no era fácil ahora mi

situación, lo que más me partía el alma era ver cómo estaba Javier, desmejorado, triste, delgado... Parecía otra persona y lo peor, es que me miró a los ojos, pero no de la misma manera que lo hizo un día y era con ese amor con el que él me miraba.

Deje pasar todo octubre, es verdad que tenía a Eva leyéndome la cartilla con claridad, le daba igual que fuera su amiga, pero ella soltaba las cosas con razón y como las sentía, me machacaba mucho para que diera ese paso de ir a hablar con él.

Una noche fría de noviembre era viernes y estaba mirando la chimenea eléctrica embobada, tocaba mi barriguita que ya estaba redonda y es que ya estaba de cuatro meses y dos semanas.

Aún no sabía el sexo del bebé, le pedí al ginecólogo que no me lo dijera, no quería saberlo hasta hablar con Javier, era algo que me hacía sentir culpable.

Cogí el móvil y desbloqueé a Javier, hasta entonces no había sido capaz de hacerlo, después de mucho dudarlo le puse un mensaje.

**Judith:** *Hola, Javier ¿Cómo estás?*

Vi que lo leyó casi inmediatamente, pero no lo veía que escribiera, eso me puso muy nerviosa.

Y no me contestó, me quedé esperando hasta dar cabezazos e irme a la cama con una sensación total de desasosiego.

Lloré de tristeza, de dolor, me di cuenta que Javier no me había perdonado aquello y que ahora lo que menos necesitaba era saber de mí, pero yo quería que al menos tuviera la oportunidad de saber que iba a ser padre, aunque rechazara al bebé, yo lo cuidaría, por supuesto, lo sacaría adelante sola y no le iba a pedir nada, pero quería que lo supiera.

## Capítulo 25



Llegó Navidad, yo ya estaba de cerca de seis meses y era el día de las vacaciones escolares, además, ahí comenzaba mi baja, ya no regresaría al colegio hasta septiembre en el siguiente curso escolar.

No había hablado con Javier, después de aquel primer mensaje le volví a hablar dos veces más diciendo que necesitaba quedar con él, el resultado fue que me bloqueó esta vez a mí.

A Daniela me la crucé un par de veces que yo iba en el coche y me dieron ganas de pararme, pero en el fondo sentía rabia, aunque lo hizo sin maldad, fue la culpable de yo ver a Enzo y romper con todo.

Había sido gilipollas, no le había dado la oportunidad de explicarse, de pedirle explicación de aquello que vieron mis ojos y que di por sentado que era cierto.

Ese día me mudé a mi casa nueva, me había comprado un piso en una zona que era toda nueva, con lo que cogí del divorcio me dio para pagarlo al contado, era precioso, de dos dormitorios, pero para mi niña y para mí, no necesitaba más.

Sí, al final me dijeron el sexo cuando lo pedí días atrás al hacerme otra ecografía, era niña, pero aún no sabía que nombre le iba a poner.

En la casa ya lo tenía todo colocado, los días anteriores me había encargado de ello y una furgoneta me llevó todas las cosas, así que ese día comenzaba mi nueva vida en el que por fin sería mi hogar.

Eva me presionaba mucho con el tema de Javier y decidí que iría a buscarlo al día siguiente, o al despacho o a su casa, en alguno de los dos sitios lo encontraría, pero, aunque no quisiera verme le iba a contar la verdad.

Y eso hice a la mañana siguiente, me colé en sus oficinas y la recepcionista me dijo que iba a avisarlo, yo sabía que le iba a decir que no me pasara, pero fui detrás de ella y cuando abrió me puse delante y le hice un gesto de que nos dejara a solas.

Javier se quedó pálido al verme con mi barriga, entré y cerré la puerta.



—No te asustes que no te voy a molestar, me iré rápido, como te dije en el último mensaje sentía el haber sido tan mala persona contigo, en haber desconfiado y no vengo a que me des tu perdón, no lo merezco, pero tú si te mereces saber lo que llevo tiempo intentando decirte y es que estoy embarazada de esos días en Cuba. No quiero que te echas una responsabilidad que no desees, solo necesitaba decírtelo y tomes la decisión que tomes, la respetaré completamente.

Se puso la mano en la boca y se echó un poco hacia atrás, me miraba con asombro e incredulidad a lo que estaba viendo, pero no decía nada, era como si el hablar conmigo fuera algo que no entraba en su cabeza.

Esperé un poco y vi como negaba con dolor, tristeza y con reproche, eso es lo que sentí, reproche en su forma de mirarme, reproche en su gesto...

Vi que no tenía intención de hablar, se me saltaron las lágrimas y afirmé con la cabeza dando a entender que respetaba que no quería saber nada de mí.

Me giré, abrí la puerta y la cerré, me marché de allí rota de dolor de ver que no había sido capaz de reaccionar a la noticia, pero quizás necesitaba su tiempo.

Pasé las Navidades más tristes de mi vida, no tuve ni la más mínima noticia de él, no había hecho ni el más mínimo intento de interesarse por nada y entendí que le había causado un dolor tan grande, que ahora era incapaz de acercarse a mí ni por esta razón de peso que también le pertenecía.

Una mañana de febrero en la que justamente estaba en la habitación que le había preparado a mi hija, llamaron a la puerta.

Mi asombro fue mayúsculo al ver a un repartidor con una cesta gigante de cosas de primera para la bebé. Pensé que era de Eva, que ya me había comprado infinidad de cosas, pero es que no escatimaba en ello.

La sorpresa fue mayor al descubrir que era de Daniela, una tarjeta diciendo que nos deseaba a mí y a la niña lo mejor y que siempre estaríamos en su corazón.

Lloré como una niña pequeña, yo quería a mi amiga, pero había una parte en la que la culpaba de haber perdido a lo que más amaba.

Ni siquiera le mandé un mensaje para darle las gracias, pero sí coloqué todos esos regalos que le había comprado a mi bebé, esa que aún no tenía nombre.

Con los días Eva se sinceró y me contó que ella le había dado la dirección a Daniela y que le había puesto al tanto del embarazo, pues Daniela la había buscado en varias ocasiones preocupándose por mí.

Lloré de tristeza, no le podía reprochar nada, pero me dolía pues quería a mi amiga y me dolía más porque no podía mirarla como antes.

Mi vida no era como antes, ahora me enfrentaba al reto de ser mamá soltera, con una niña de un hombre al que iba a amar toda mi vida y que había sido la persona más buena del mundo. Así lo iba a recordar siempre y ella jamás tendría una mala palabra de él, esperaba que un día cuando fuera mayor quizás se encontraran y se dieran todo eso que ahora no podía ser.

Los días fueron corriendo y fue un veintiséis de marzo cuando me puse de parto, rompí aguas y llamé corriendo a un taxi, por el camino avisé a Eva, y esta me dijo que iría hacia el hospital de manera inmediata.

Llegué y directamente me pusieron los registros y me dijeron que esperara un poco, pero que en breve pasaría al paritorio, me asignaron una habitación donde apareció Eva.

La gracia es que ella podía entrar conmigo a paritorio, pero era muy aprensiva y se iba a desmayar, así que la tenía llorando por no poderme acompañar y yo intentando tranquilizarla de que no pasaba nada.

## Capítulo 26



Me dio un abrazo cuando vinieron a llevarme para paritorio, no sabía quién estaba más atacada si ella, o yo.

Cuando iba en la silla vi entrar a Daniela, un nudo se me hizo en la garganta y me hizo un gesto con la cabeza desde lejos, diciéndome que tranquila, estaba con el rostro lleno de lágrimas.

Sabía que Eva la había puesto al tanto, era obvio, no tenía otra manera de enterarse, así que entré con una tristeza más grande aún, no sabía si me hacía bien tenerla ahí en ese día, pero no era momento de ponerme a pensar en ello, estaba por nacer mi bebé y que viniera bien era lo más importante en este momento.

La noticia peor llegó cuando me dijeron que no me podían poner la epidural y que tenía que poner de mi parte para que todo fuera lo más rápido posible.

Comencé a llorar de miedo en aquel potro con aquel primer empujón que parecía que me iba a partir en dos, además, estaba sola ante ese médico y dos enfermeras que me trataban con cariño y me iban indicando.

Echaba de menos tener en ese momento una mano a la que agarrarme, me sentía sola esperando a alguien que me acompañaría toda mi vida y que estaba deseando verle la cara, mi hija sería lo que me daría fuerzas para luchar cada día.

Estaba cogiendo fuerzas para volver a empujar cuando se abrió la puerta de la sala y casi me muero al ver entrar a Javier, venía a toda leche.

—Ya estoy aquí, Judith —dijo cogiendo mi mano con mucho cariño.

Y fue el contacto con él, que grité con todas mis fuerzas y empujé dando a luz a nuestra hija, que salió llorando como si le fuera la vida en ello.

Me pusieron la niña en mi pecho mientras yo lloraba de emoción, no sabía si por verle la cara a ella o vérsela a los dos. La verdad es que ver a Javier, era lo último que hubiera esperado en mi vida.

Él estaba emocionado también, se le caían las lágrimas mientras tocaba su manita.

—Es preciosa ¿Cómo se va a llamar?

—No lo sé —me reí entre lágrimas y conseguí que él también se riera.

—Pues tenemos que registrarla, así que necesito nombre —dijo la enfermera sonriendo.

—El que tú quieras —le dije mirándolo.

—Judith —dijo dirigiéndose a la enfermera.

—¿La quieres llamar como yo?

—Eres la que la has llevado este tiempo y no creo que pueda haber nombre mejor —acarició mi pelo.

—Gracias —dije sin poder dejar de llorar.

—A ti, por haberme dado esa hija.

—¿Quién te aviso, Eva?

—No, Daniela me tuvo al tanto todo este tiempo de todo, a ella le hablaba Eva.

—Ya —rompí a llorar más aún.

—No llores, a la pequeña no le faltara amor por ningún lado.

—Gracias.

Se la llevaron a lavarla y a mí me llevaron a la habitación, Javier, no se despegó de mí en ningún momento, lo más emocionante fue al entrar que estaba Eva con Daniela, Nuria y Jacobo, que me esperaban entre aplausos y me fueron dando un abrazo, uno por uno.

Sí, Daniela y yo nos miramos y con el gesto dijimos que, a partir de ahora, siempre estaríamos de nuevo ahí, al igual que Nuria me repitió la frase del día que nos encontramos, esa que decía que a todo el mundo la vida le ponía en su lugar y hoy estábamos todos ahí.

Trajeron a la niña que estuvo todo el tiempo de brazos en brazos, luego se fueron marchando y Javier se quedó allí conmigo, le dije que se fuera a su casa a dormir, pero me pidió que no lo apartara, por supuesto que no lo haría, solo quería que durmiera tranquilo.

Se pasó toda la noche ayudándome con la niña y es que Judith, había venido pisando fuerte,

lloraba cada dos horas por comer y es que lo hacía a gritos pelados.

Por la mañana estaba derrotada, me tenía cansadísima, lo bueno es que no me habían cogido ni un punto y lo mejor fue que pasó el médico dándonos el alta.

Javier nos llevó a mi casa y me preparó un zumo natural y un café para él.

—Me gustaría que me dejaras quedarme a tu lado estos primeros días y ayudarte con todo el tema de la niña.

—Aquí tienes tu casa y a tu hija, puedes venir y quedarte tantas veces como quieras —le dije con cariño y entre lágrimas, estaba súper sensible y no dejaba de llorar.

Él se acercó y me secó las lágrimas con la yema de su dedo.

—No llores, no vas a estar sola en esto...

—Tranquilo.

En el fondo me partía el alma, sabía que como pareja lo había perdido y es que lo podía sentir, era amor de respeto, de ser la madre de su hija, pero si en Cuba le duró el enfado dos días, aquí el volverme a hablar muchos meses, sabía que ese daño me lo había perdonado, pero que en el tema de sentimientos él me había sacado de su vida por completo.

Ese día vinieron sus padres con un montón de regalos, además, Javier aprovechó para ir a su casa por ropa para quedarse unos días.

Por la noche cuando nos quedamos a solas me confesó algo que no me esperaba y es que estaba conociendo a otra persona que lo ayudó bastante con el tema de lo que nos pasó, cuando estaba perdido, totalmente destruido por lo que yo había hecho.

Era una procuradora de los juzgados, precisamente la que había llevado mi caso cuando lo llevaba él.

Aquello me desgarró por completo, sabía que lo había perdido, pero saber que su vida estaba ya junto a la de otra persona, pues como que dolía mucho,

Me dijo agarrando mi mejilla y acariciándola que jamás permitiría que a mí o a nuestra hija nos faltara un detalle por su parte y que ahí estaría siempre.

Esa noche él durmió en la habitación de la niña, ella conmigo en la mía, pero en su cuna. Cada vez que se despertaba llorando yo me ponía de mal humor, intentaba que no se notara, pero estaba tan tocada que sentía un desasosiego muy grande.

Sus padres venían cada día y él, no se separó de mi lado hasta una semana después que regresó a su casa, desde ese día venía todas las tardes un rato a pasarla con nosotras.

Me ayudaba en todo lo que podía y la verdad es que tenía muchos detalles que se veía que le nacían del corazón, a pesar del dolor que me causaba saber que estaba con otra, el solo verlo entrar por la puerta un ratito, ya me producía felicidad.

## Capítulo 27



Pasaron tres meses en los que cada día tuve la visita y apoyo de Daniela, al igual que de los padres de él y de Javier, que no falló en ver a su hija ni un solo día.

Con Daniela había recuperado mi amistad por completo y se había convertido de nuevo en alguien muy importante en mi vida, eso sí, siempre andaba con el remordimiento de que por su culpa mi vida se había ido al garete.

Comencé a aceptar que Javier estaba con otra, aún no le había enseñado personalmente a su hija, jamás me dijo de llevársela ni siquiera un rato, la veía a mi lado o bajábamos a dar un paseo.

Fue a principios de julio cuando una mañana sonó la puerta y aparecieron los que menos esperaba del mundo, mis padres.

Entraron cabizbajos, pidiéndome perdón y no tardaron en ponerse a llorar, reconocían lo egoísta y malas personas que habían sido conmigo, se lamentaban de no haber estado ahí apoyándome cuando más lo necesité y no pude hacer otra cosa que decirles que estaban perdonados. Los abracé, yo también me había equivocado y ahora tenía el apoyo de Javier. ¿Cómo no iba a perdonar a esas personas que me habían dado la vida?

Desde ese día no dejaron de estar pendiente a mí y a mí hija, parecían unas personas diferentes, eran esos padres que hasta ahora no había tenido y la verdad es que los necesitaba, claro que los necesitaba, ¿quién no necesita el calor y cariño de unos padres?

En septiembre entré de nuevo al colegio y mi madre o Nuria, se quedaban con la pequeña en mi casa para no tenerla que mover.

Javier seguía con su relación, pero siempre estaba ahí, no había un día que no viniera a ver a su hija y jamás tuvo la intención de separarme aún ni unas horas de ella, sabía hacerlo para no causarme dolor, un dolor que llegó cuando la niña cumplió un año, tras la celebración y que todos se marcharan, ese preciso día me dijo que en tres meses se casaba y que le gustaría que la niña estuviera en la boda.

Por supuesto le dije que sí, que ni lo dudara y que le deseaba la mayor felicidad del mundo, cosa que se la deseaba, pero esa noche cuando se fue después de esa noticia, lloré como nunca y es que sabía que en cierto modo lo había perdido para siempre.

Yo sabía que él no tenía intención de volver, pero siempre queda esa esperanza a que algo pase de repente y todo cambie, todo vuelva a ser como el punto de partida y que de nuevo nos diéramos la posibilidad de recuperar eso que un día perdimos.

Pasé tres meses que solo Eva y Daniela sabían, ante los ojos de los demás yo fingía estar feliz por eso tan bonito que le pasaba al padre de mi hija, pero no era así, yo estaba muerta en vida.

Para la boda se iban a llevar a la niña un viernes y devolvérmela el lunes, era la primera vez que estaría sin ella, así que Daniela me propuso irnos a una playa de Cádiz a pasar el fin de semana de relax. No dudé en aceptar y es que no quería pasarlo en casa encerrada y llorando por ese momento tan duro que me quedaba por vivir y era saber que el hombre al que amaba y padre de mi hija le daba el “sí quiero” a otra persona.

Se casaba un sábado, pero el viernes a las diez de la mañana le dejé a la niña a su madre y me fui con Daniela en el coche hacia Cádiz, teníamos tres horas por delante.

Llegamos al resort a las dos de la tarde, momento en que dejamos las cosas en la habitación y nos fuimos a comer al restaurante que había al lado de una de las piscinas que me recordaba a Cuba, ya que tenía una barra acuática dentro.

Me costaba la vida sonreír y es que en veinticuatro horas se casaba, a lo que había que añadir que era la primera vez que me separaba de mi preciosa princesa.

Esa tarde me la pasé en la playa tirada en una hamaca y llorando sin parar, mi amiga no sabía si darme dos hostias, dos cubatas, o lo que hacer para que se me pasara ese mal trago que me estaba matando.

Sí, era gilipollas, la culpa fue mía, debí haberle dado la oportunidad de hablar y explicarse, pero no, me fui dejándolo tirado como a un perro y ahora lloraba porque se casaba con otra, pero es que no me merecía otra cosa.

Por la noche nos fuimos a la habitación tras la cena, yo estaba muy mal, solo quería llorar y no me apetecía ni tomarme nada.

Nuria me llamó por videollamada para ponerme a mi hija que, al verme, se puso a reír y aplaudir.

El gesto de Nuria era triste, veía el dolor en mí y ella me quería mucho, jamás me nombró a la otra para no hacerme daño, sabía que lo hacía por eso y yo es que adoraba a esa mujer, la quería con toda mi alma.

Mis padres también me llamaron, sabían que estaba mal y cuando me vieron llorar, ellos también se derrumbaron.



Le prometí a Daniela que al día siguiente lo pasaríamos bien, que iba a levantarme con otra actitud y que nos íbamos a pegar la fiesta de nuestra vida, me iba a beber hasta el agua de los floreros si hacía falta, pero no lo iba a pasar llorando, más que nada por ella, no quería que se pasara consolándome todo el fin de semana.

Me acosté pensando que lo había perdido, pero que no lo había perdido todo, mi hija tenía un padre que la adoraba, se desvivía por ella, y no había dejado de comprarle cosas e inclusive me daba muy buena pensión por la niña, cosa que yo no quería, pero para él, todo era poco.

## Capítulo 28



Me levanté como si el mundo se acabara ese día...

Sí, y eso que me acosté con el propósito de levantarme con mejor actitud, pero, ¿quién era la bonita que lo hacía cuando estábamos a pocas horas de que Javier, el hombre que más amaba del mundo fuera a darle el “sí quiero” a otra mujer?

Daniela me sacó por la coleta de la habitación directa a darnos un chute de café en la playa, en el restaurante del hotel, donde desayunamos mirando al mar y donde recordé esos días en la playa de aquella isla de Cuba.

Desayunamos relajadas no, lo siguiente, con decir que nos sentamos a las nueve y media, eran las once y ahí seguíamos a base de café, comiendo bollos y pan, sí, además, con los nervios me dio ese día por comer.

El camarero se acercó y dejó un sobre pequeño delante de mí, no dijo nada, solo lo dejó y se marchó sonriendo.

—Ese te dejó su número de teléfono, has ligado Judith —me dijo muerta de risa.

—¿Ligar yo? Antes me coso eso — señalé a mis partes, riendo.

—Pues bien, guapetón que es.

—Pues para otra —reí.

—Ábrelo, salgamos de dudas.

—Qué vergüenza, por favor —reí abriendo aquel sobre y sacando una nota que había doblada.

*“Quiéreme hasta el infinito”*

La nota estaba escrita a máquina, sí, como antiguamente. Solté una risa que debió escucharse en toda la playa, pero que arte había tenido el chaval, ese no pedía un número de teléfono, una cita o algo, no, que lo quisiera hasta el infinito, había que tener morro.

Al menos me había sacado una carcajada, lo miré y lo pillé que me estaba mirando, en ese momento me hizo un guiño y me reí negando.

—Ese quiere tema.

—Calla, loca, para tema estoy yo.

—Oye, que románticos son los gaditanos.

—Ya te digo, los autores que yo leo, varios son de aquí y tienen mucho arte, las que lían en el grupo de las chicas de La Tribu, es tremenda.

—¿Y si os enamoráis?

—¡Daniela! —me reí levantándome y me siguió, nos metimos en la piscina y nos sentamos en los taburetes de la barra acuática.

Pedimos del tirón dos cervezas, ya eran las doce la mañana y era hora de comenzar a alcoholizarnos. En ese momento faltaba media hora para que Javier diera el “sí quiero”, así que más valía que en treinta minutos me bebiera el barril y me olvidara hasta de mi nombre.

El camarero nos puso dos cervezas y cual fue nuestro asombro que puso un sobre como el anterior delante de mí.

—Otro —dijo mi amiga, causándome una carcajada.

—¿Tú te estás riendo de mí? Espero que esto no sea cosa tuya.

Abrí el sobre, no sin antes beberme medio vaso de cerveza de un trago, la cara del camarero fue de asombro, es más, cogió el vaso y lo rellenó de nuevo.

*“Yo quiero un mundo contigo...”*

—Hostias, como la letra de la canción de Luis Fonsi —dijo mi amiga y en ese momento comenzó a sonar la canción, miré al camarero y me hizo un guiño como el anterior de la playa.

—Daniela, esto es cosa tuya.

—Creo que es el camarero de la playa, que le gustaste y le pidió el favor a este.

Me bebí la cerveza de un trago y los ojos del camarero eran orbitas al verme así.

—Qué no me falte el vaso lleno, que se está casando el padre de mi hija con otra y necesito pasar

el día alcoholizada —dije, causándole una carcajada al camarero y a Daniela.

—Otra para mí, por favor —escuché tras de mí y en ese momento me quedé sin respiración y casi sin aire ¿Era quién yo creía que había escuchado?

Nos giramos Daniela y yo a la vez y nos encontramos con Javier, sosteniendo a la niña en brazos y mirando hacia a mí.

—Pero... —ni me salía la voz.

—No, no me he casado —sonrió poniendo a Judith en mis manos para que la abrazara.

—¿Te dejó tirado? —preguntó Daniela, sacando su alma cotilla.

—No —Javier sonrió y se sentó en el otro taburete —. Ayer hablé con ella y le dije lo que no me había atrevido hasta ahora.

—¿Qué le dijiste?

—¡Daniela! —la reprendí por curiosa, aunque yo estaba deseando saber que había pasado para que él estuviera ahí y sin casarse, cosa que, aunque suene fuerte y mal, me alegraba que así fuera.

—Tranquila —sonrió quitándome a la niña de los brazos y sentándola en la barra —. Pues que le dije que no la amaba de la forma que debía y que mi corazón estaba bombeando aún por otra persona.

—¿¿¿Por quién???

—¡¡¡Daniela!!! —Levanté las manos como para cogerla y darle una hostia a dos manos, no se callaba y a mí me iba a dar algo, pero joder que disimulara lo cotilla que era.

—Ya me callo —dijo haciendo un gesto de ya no hablar y escuché reír a Javier —. Es más —cogió en volandas a la niña de la barra —, me la llevo a enseñarle que hay un parque de niños sobre arena, creo que tenéis mucho que hablar —se marchó con la pequeña que iba riendo a carcajadas con Daniela.

—Mi amiga... —Negué volteando los ojos.

—Tranquila —cogió mi mano y un cosquilleo recorrió mi estómago.

—Me pone mala cuando se pone en modo periodista del corazón —solté el aire.

—No conocí a Judith...

—¿Quién?

—Ella, no la llegó a conocer —murmuró con media sonrisa.

—Tranquilo, estabas en tu derecho de hacerlo, iba a formar parte de tu vida y de la de ella.

—No podía, no era capaz y eso de saber que hoy sí la tenía que conocer, fue lo que me hizo hablar con ella.

—No entiendo.

—Yo te amo a pesar del dolor que he pasado —acariciaba mi mano mientras me hablaba flojito y miraba hacia ella, le costaba mirarme a los ojos —. Con ella quise olvidarte justo cuando apareciste en mi despacho diciendo que estabas embarazada, ahí me metí en un túnel que no sabía por dónde salir, pero te he amado siempre, jamás dejé de hacerlo y no soy capaz de arrastrar a mi hija a otros brazos que no sean los de su madre.

—A la mierda el rímel, no sé para qué hostias me pinto las pestañas para meterme en la piscina —dije, secándome las lágrimas.

—Estás preciosa.

—Tú ya tienes mejor aspecto —sonreí.

—Poco a poco... —No dejaba de acariciar mi mano.

—Siento todo lo que te hice...

—Bueno, me lo has pagado ya con un ángel, esa niña es lo más bonito que me pasó en la vida, hasta por encima de ti —sonrió y apretó mi mano.

—¿Y tus padres que te dijeron cuando les dijiste que no te casabas?

—Se pusieron a abrazarse saltando como dos niños chicos y luego cogieron a la niña, la sentaron y comenzaron los tres a aplaudir —reí y él, sonreía recordándolo —. Mis padres te aman como a una hija.

—Lo sé.

—Nos has calado muy dentro a todos.

—Mírame a la cara, por favor —levanté su barbilla.

Lo miré fijamente y lo besé, sabía que él lo necesitaba tanto como yo, sabía que había venido a buscarme, que no se había casado por mí y que estaba ahí deseando ese beso que tanto ansiaba, como yo.

Casi nos crujimos el cuerpo del abrazo tan grande e intenso que nos habíamos dado. No sé cuánto tiempo duró, lo que sí sé es que nos transmitimos todo lo que llevábamos en nuestro interior.

—Me alegro de que estés aquí —dije, apretando los dientes.

—No lo digas así, no tengas remordimiento, yo sí que me alegro de estar aquí. Por cierto —besó mi nariz —, nos faltan dos nada más para tener tres —me hizo un guiño.

—Quiero los gemelos ahora mismo —dije, tirándome de nuevo a sus brazos.

—Cuando quieras nos ponemos a buscarlo.

—Esta misma noche —me reí —, que tenemos niñera, por cierto ¿Tienes habitación?

—Claro, mujer, sino no me hubieran dejado entrar —sonrió, acariciando mi mejilla.

—Pues listo, esas dos duermen juntas y nosotros buscamos los gemelos. Te lo voy a hacer con tantas ganas, que van a venir dos de golpe —dije riendo y es que las cervezas me habían subido y encima lo eufórica que me sentía...

Nos volvimos a abrazar y luego fuimos a buscarlas para comer en la playa.

Mi pequeña estaba de lo más feliz, no dejaba de tocar las palmas y reír, eso sí, pasaba de nosotros, ella estaba con su tata, como llamaba a Daniela.

Echamos todo el día en la playa, luego las tres nos fuimos a duchar, ya me despedí de las dos, me iba a cenar a un restaurante fuera del hotel que era una marisquería, ellas se quedarían cenando en el buffet, luego dormirían juntas.

Me despedí de las dos con un abrazo, la capulla de mi hija me decía adiós tan feliz con su mano en los brazos de Daniela, en fin, para lo que quedaba una después de parir.

Los ojos de Javier se iluminaron por completo al verme, me dio un beso fuerte, agarrando mi cara con sus manos.

Me agarré de su brazo y nos dirigimos a las afuera del resort.

## Capítulo 29



Un taxi nos llevó hasta lo que yo creía que iba a ser un restaurante de marisco, pero no, nada que ver con la realidad.

Paró ante la puerta del hotel más lujoso de la costa y no tardaron en acompañarnos hasta lo que iba a ser nuestra habitación.

Me puse las manos en la boca cuando el chico abrió la puerta y nos dio la bienvenida a la Suite Presidencial, esa que era la más imponente de todo el hotel.

Era la última planta del hotel, contaba con todo lo necesario para hacer una estancia de ensueño, a aquella habitación no le faltaba detalle y ni que hablar de aquella terraza, si a los pies de la cama había un alucinante jacuzzi, el de fuera era de ensueño.

La puerta se cerró y quedamos solos, vi la mesa preparada en la terraza con velas, langostas, vino, langostinos, ensalada de mariscos... Todo un banquete con unas vistas al mar y una preciosidad de detalles ante nosotros.

Apartó la silla para que me sentara, luego lo hizo él y levantó su copa para que brindáramos.

—Por nuestra segunda luna de miel, espero que sea la vencida para que la próxima sea la de confirmación.

—¿Me estás pidiendo matrimonio el día que se supone que te tenías que estar casando con otra?  
—me reí.

—Así es —sonrió.

—Brindemos por nuestro próximo enlace —dije riendo mientras chocaba su copa con la mía.

—Te amo —murmuró, acercándose a mí por encima de la mesa y dándome un beso.

—Yo también te amo —me salió con timidez, pero del corazón.

—Eres tú con la que quiero ser feliz el resto de mi vida y que me quieras hasta el infinito, pues yo a ti te quiero así.

—No sabes lo feliz que me hiciste el día que apareciste en el parto de tu hija —sonreí, recordando con melancolía.

—No me lo iba a perder por nada del mundo, pero no me sentía preparado para verte, por eso no lo hice antes. El día que apareciste por mi despacho para darme la noticia, fue verte y saber que te iba a amar toda mi vida, a pesar de no querer hacerlo, en ese momento no quería. Por eso no era capaz de ir a verte, porque removías todos mis sentimientos...

—Bueno, pues ahora te jodes y te casas conmigo —dije, intentando sacarle una sonrisa.

—Quiero joderme toda mi vida a tu lado —puso en mi boca con su tenedor un trozo de langosta.

—Joder, que rica está —gemí.

—Me alegro de que disfrutes con la cena.

—Y con la compañía más, luego me voy a dar el postre de mi vida —dije con la boca llena, causándole una carcajada—. Por cierto, no entiendo para qué pagaste hoy aquella habitación para venimos a esta.

—Bueno, la necesitaba para entrar y, de todas formas, ya la tenemos para mañana.

—Te salió caro el no casarte —me reí.

—Me salió rentable, no te quepa duda, es mucho más lo que gané que lo que pagué por esto —me hizo un guiño.

Me sentía la mujer más afortunada del mundo, había recuperado a mi amor, a mi amiga, a mis padres, ¿podía ser más feliz en estos momentos?

Pasamos toda la cena charlando, riendo, echándonos indirectas, tocando nuestras manos, rozándonos con las piernas.

Nos quitamos la ropa y nos servimos una copa que pusimos al borde del jacuzzi donde nos metimos como Dios nos trajo al mundo, en pelotas y tan felices.

No era momento más que de disfrutar de eso que tantas ganas teníamos, no era otra cosa que ese contacto entre dos personas que, aparte de amarse, se deseaban con todas sus fuerzas.

Me senté encima de él y busqué ese roce mientras lamía mis pechos y comenzaba a excitarme, era fácil, lo deseaba tanto que solo el pensarlo me hacía estremecer.



Encontré ese punto donde el placer comenzó a aumentar y me comencé a mover a gran velocidad, él me ayudaba con sus manos a moverme y no tardé en caer temblando sobre él, tras un intenso orgasmo.

Acarició mi cabello y besó mi coronilla.

—Me tenías ganas —murmuró en mi oído mientras acariciaba mi espalda por encima del pelo.

—No lo sabes tú bien... —sonreí echada sobre su pecho.

—Me alegro, tenía tantas ganas de sentirte así.

—Yo más, te lo garantizo.

Me penetró y lo hicimos así, yo encima de él, que me movía sosteniéndome las nalgas.

A la mierda todo, no tomaba la píldora, pero si tenía que pasar por otro embarazo, pero a su lado, lo firmaba ya. Yo quería a ese hombre y con él, quería construir nuestra familia.

Nos salimos y fuimos directos a la cama donde comenzamos de nuevo la jugada, creo que fue la noche que más lo hicimos, pero es que nos deseábamos con todas nuestras fuerzas y se notaba en el momento, en las caricias, en la forma de tocarnos, mirarnos, besarnos...

Disfruté de un Javier en todo su esplendor, disfruté hasta no poder más, donde el cuerpo ya no reaccionaba, estaba agotado por todo lo que nos habíamos entregado esa noche.

Y nos abrazamos, en esa primera noche que ahora sí, esperaba que fuera el comienzo de toda una vida llena de ellas.

## Capítulo 30



Desperté entre esas caricias que me daba sobre la espalda, yo estaba dejada caer en él. Le sonreí y di un beso con sus correspondientes buenos días.

—Buenos días, princesa —colocó un mechón de pelo por detrás de mi oreja y volvimos a besarnos.

Y como no, nuestros cuerpos reaccionaron y terminó lamiendo cada recodo de mi piel y llevándome a un orgasmo para luego terminar haciéndolo de mil posturas.

Eso era un gran despertar y lo demás eran tonterías.

Llamaron a la puerta y fue a abrir mientras yo me metí en el baño, al salir ya estaba el desayuno en la terraza.

Desayuno de esos que solo se ven en los lugares de lujo y es que aquello parecía la mesa de un museo de lo bien preparada que estaba.

Nos pasamos dos horas ahí sentados de lo más relajados, luego nos vestimos y entregamos la habitación. Un taxi nos llevó de vuelta a nuestro resort.

Fuimos a la habitación, nos cambiamos y bajamos a buscarlas, ya que me Daniela había dicho que estaba por la zona de la piscina de niños.

La niña fue vernos y decirnos riendo que, adiós.

—¡Pero bueno! ¿No nos echas de menos? —le pregunté a modo de riña, mientras ella reía y yo la cogía en brazos para achucharla.

—Nos cambió por Daniela —dijo el padre, echándole las manos para cogerla y también abrazarla.

Pasamos el día con ellas por el hotel y la playa, la verdad es que lo pasamos en grande y Judith, estaba disfrutando como una enana que era.

Esa noche durmieron juntas y yo me fui a la habitación de Javier, no quería volverme a

separarme una noche de él, en mi vida.

A la mañana siguiente desayunamos y ya salimos del hotel en el coche de Daniela, lo bueno es que Javier como buen previsor, bajó a Cádiz en coche alquilado que entregó en el hotel, sabía de sobra que regresaría con nosotras, por eso no bajó su coche.

La pequeña iba atrás con el padre y nosotras delante, la verdad es que nos reímos mucho por el camino.

Llegamos a la ciudad y Daniela nos dejó en casa de Javier, él cogió ropa y se vino para el piso con nosotras, fuimos en su coche.

Mis padres aparecieron por mi casa con dulces para merendar, al rato aparecieron los suyos y aquello fue un día para todos de celebración, tenían a sus hijos con su familia, esa que habíamos creado Javier y yo, esa que a partir de este día íbamos a comenzar a disfrutar.

Al día siguiente nos enteramos que Enzo, ya había salido de la cárcel y se había incorporado a su trabajo, la verdad es que me alegraba por él y esperaba que todo le hubiera servido para cambiar, para darse cuenta de que el mundo no iba en su dirección y que no se podía ir por la vida de la manera en la que lo hacía él.

Esos días los tenía Javier de vacaciones, ya que eran los de su supuesta luna de miel, así que eligió esos y ahora los iba a disfrutar conmigo y con su hija.

Fue en esos días en los que aprovechamos para irnos también a la casa de la playa y en la que decidimos que al regreso estableceríamos nuestro hogar en su casa, por comodidad, amplitud y porque tenía un jardín para que la pequeña jugara.

—¿Por qué no te propones disfrutar este año de tu hija y pedir una excedencia?

—Wow, eso sería perfecto, pero tendría que hacer números, la verdad es que tengo algo ahorrado y el apartamento lo puedo alquilar por un año.

—¿En serio estás haciendo números? —Arqueó la ceja.

—Bueno, no soy letrada y...

—Vas a vivir conmigo, con el padre de tu hija, con el hombre que te ama, ¿crees que tienes que alquilar el apartamento? —mordisqueó mi labio.

—No sé, me da miedo a...

—Como repitas lo de los miedos, te quedas sin nariz —dijo cogiéndola entre sus dientes como

un mordisco.

Y así fue, como después de pasar el verano me vi sin incorporarme al curso, disfrutando de mi hija y de un año sabático.

Mis padres parecían otros y es que llevaban la simpatía en la cara, no se les veía con esos prejuicios que antes tenían de todo y sentían pasión por Judith, al igual que los padres de Javier, que estaban que morían de amor por su nieta.

Ese año fueron las primeras Navidades juntos de verdad, así que esos días las comidas y cenas importantes fueron con nuestros padres, un día en casa de los míos, otro en la de los suyos y algunos en la nuestra.

El Día de Reyes fue alucinante, nadie escatimó en nada, sus padres me hicieron unos regalos preciosos y mis padres a ellos, nosotros entre nosotros y a ellos, vamos, que salimos todos muy bien parados y de la niña ni que decir que fue un derroche de mimos, no le faltó un detalle.

Javier vivía por y para nosotras, tenía tanto amor dentro de él, que podíamos percibirlo cada día, se volcaba por completo en nosotras y siempre estaba pendiente a que no nos faltara ni lo más mínimo.

Antes de que llegara el verano me propuso matrimonio, sí, en un restaurante precioso al que fuimos a cenar un fin de semana después de dejar la niña con su tata Daniela.

Me dijo que se quería casar conmigo ese verano y que quería formalizar esa unión que había tan leal entre nosotros, por supuesto con anillo incluido.

Toqué las palmas, me lo comí a besos, lloré, reí y me sentí la mujer más afortunada del mundo, y es que si algo tenía claro es que yo quería un mundo con él...

## Epílogo



Diez años después de la boda...

Recordé como lloré al verme ante al espejo con mi vestido de novia, ya lista para ir a dar el “sí quiero” al hombre más guapo, sexy y mejor persona del planeta, mi Javier.

Mi padre se emocionó al verme.

—Hija, está guapísima.

—Gracias, papá, tú también estás muy elegante —me acerqué a besarle la mejilla.

Miré por la ventana y vi que ya estaban todos dónde se iba a officiar la ceremonia, en esos jardines del hotel en el que nos habíamos alojado y escogido para ese día.

Javier ya estaba en el altar así que me agarré al brazo de mi padre y bajamos hacia los jardines para hacer el paseílo hasta donde todos nos esperaban.

Recordé el día en que me casé con Enzo y pensaba que iba enamorada, nada que ver, hoy iba completamente llena de amor y felicidad, Javier había dejado el listón muy alto en cuanto a hombre, persona y corazón.

Mi pequeña andaba correteando por ese pasillo, menos mal que no le dimos los anillos para llevarlos, o ahora estarían todos buscándolos por el suelo.

Javier se emocionó a verme y rompió a llorar, al igual que yo, mientras todos los asistentes comenzaban a aplaudirnos al vernos así.

Ese día fue precioso, como también lo fue la luna de miel recorriendo Tailandia, sin la niña a la que habíamos dejado con nuestros padres y Daniela, ellos se encargaron de cuidarla esos días.

Fue un viaje precioso donde recorrimos todo el país para luego terminar una isla del sur.

Y tras el viaje llegó la noticia de que estaba embarazada, estábamos esperando a nuestro segundo hijo y esta vez era niño, claro tuve que decir le iba a llamar Javier como su padre.

Aún no me había incorporado de mi excedencia y ya tenía otro retoño, así que seguí sin trabajar y dedicándome por completo a mis hijos, esos que, junto a Javier, me hacían la mujer más afortunada del mundo.

Luego a los cinco meses de nacer Javier, volvimos a enterarnos de que venía el tercero y lo mejor de todo es que yo estaba feliz como una perdiz. Estaba enamorada de mi vida, de mis hijos, de mi marido, de mi familia y saber que venía otro más, pues me ponía pletórica y más porque en Cuba, en aquel primer viaje me dijo mil veces que quería tres hijos conmigo, pues nada, ahí que venía el tercero, ese que fue varón y llamamos Ezequiel, era un nombre que nos gustaba mucho a los dos.

A Enzo me lo encontré en más de una ocasión por la calle, ni se le ocurrió acercarse y menos quedarse mirándome de forma provocadora, la verdad es que ya no me daba miedo porque antes lo mataría si me volvía a hacer algo a mí o a los míos.

Entre nacimiento y nacimiento, no me volví a incorporar a mi puesto, era muy feliz cuidando a mi familia, disfrutando de ellos y la verdad es que prefería estar así, a meter a alguien en casa para que se encargara de ellos.

Mi piso lo alquilé y eso me reportaba unos beneficios, beneficios que eran lo de menos, ya que Javier era un abogado con muy buena reputación y con él nada nos faltaba. Ni que decir que, para él, lo suyo era de los dos completamente.

Con el tercero ya se hizo la vasectomía, queríamos disfrutar de la vida, de nuestra familia, de viajar con ellos, así que con tres ya íbamos en carreta y habíamos cumplido con lo que siempre dijo, que quería tener tres hijos conmigo.

Daniela se había casado cinco años después con un médico que conoció cuando a ella le dio un mareo en la calle y él la atendió, como ella decía al espabilarse y ver a ese hombre, se mareó de segundas.

Eva también se casó con un compañero de la escuela, siempre le había gustado, pero él estaba casado, así que el día que se enteró que se había separado, fue a por él a destajo hasta que quedaron entre bromas y ahora tenían dos hijas, Marta y Martina.

La vida me puso a prueba en muchos aspectos, me lastimó hasta decir basta, pero luego me compensó como jamás pensé que saldría, con una familia que era el motor de mi vida, donde todos nos cuidábamos, amábamos y nos queríamos con todas nuestras fuerzas.

Y si me preguntas que es el amor...

Es eso que llega un día, te transforma, te recicla y te enseña que la confianza y el respeto está por encima de todo y todos.

Y esa es mi historia, la que el destino tenía prepara para mí...

Puedes seguirme en mis RRSS:

*Facebook:* [Jenny Del](#)

*IG:* @jennydelautora

*Amazon:* [relinks.me/JennyDel](https://relinks.me/JennyDel)